

Vicki Lewis Thompson

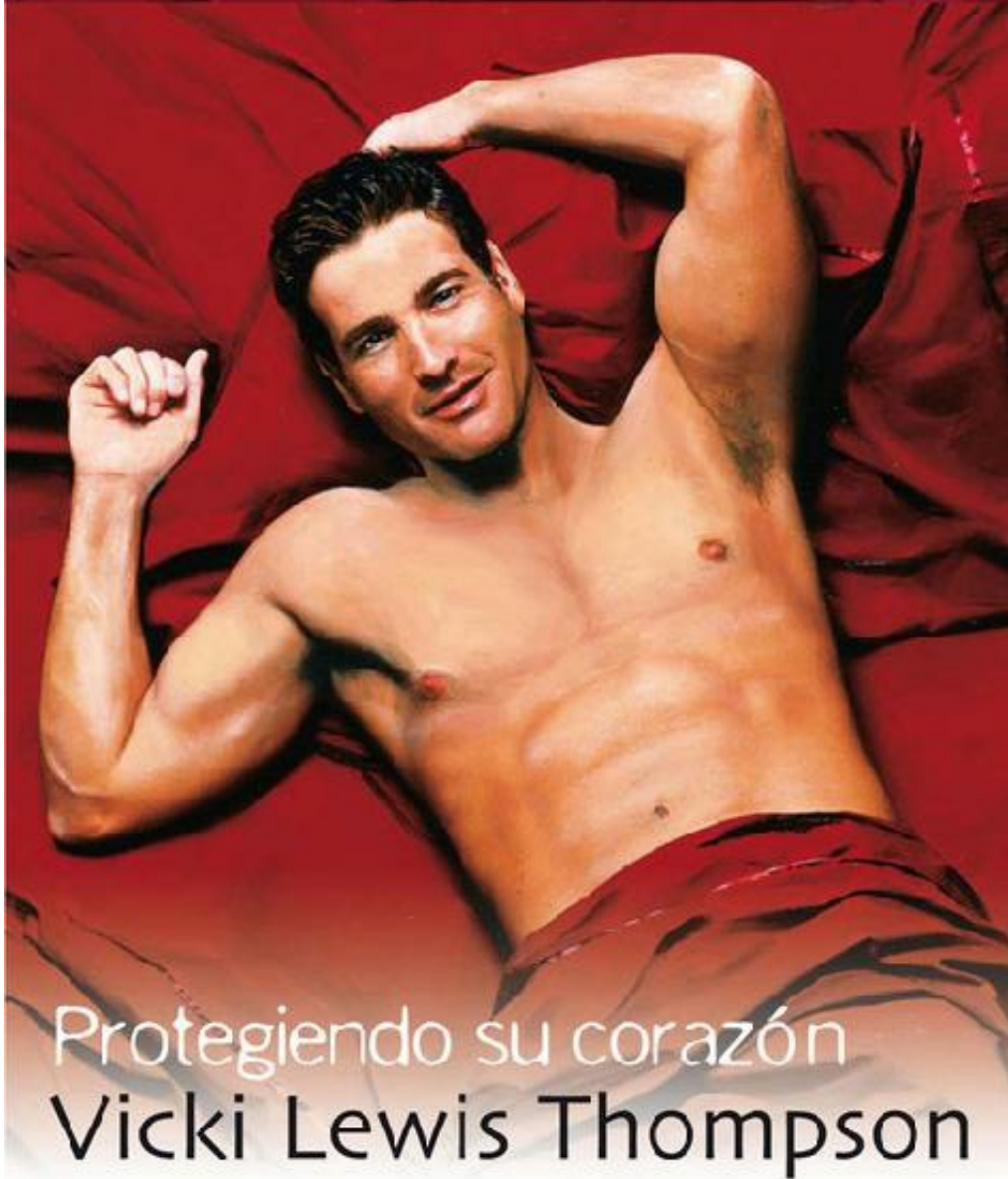
Potegiendo
su corazón

e lit



HARLEQUIN

Tentación[®]



Protegiendo su corazón

Vicki Lewis Thompson

Tentación®

Protegiendo su corazón

Vicki Lewis Thompson



Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Vicki Lewis Thompson. Todos los derechos reservados.
PROTEGIENDO SU CORAZÓN, N.º 194 - Diciembre 2012
Título original: Compromising Positions
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Publicado en español en 2005

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Tentación y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-1284-0

Editor responsable: Luis Pugini

Conversión ebook: MT Color & Diseño

www.mtcolor.es

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Epílogo

1

Si al menos alguien lo necesitara.

Mick Farrell comenzó a girar en su silla de segunda mano para no morir de aburrimiento. El chirrido de la silla era el único sonido del despacho. El teléfono de segunda mano que estaba sobre el escritorio de segunda mano permanecía en silencio. No había exceso de llamadas.

El despacho era pequeño y lo había alquilado por un año. Eso sí, había colocado aire acondicionado aunque costaba una fortuna, sobre todo en mitad del caluroso verano de Phoenix.

Una semana antes había llevado el escritorio, la silla, un archivador vacío y el teléfono. Había colgado los diplomas de karate en la pared y también el título de la universidad de Arizona para demostrar que además de músculos también tenía cerebro.

Su amigo Craig le había sugerido que colgara un par de pósters, pero Mick no estaba convencido. No quería que el arte hiciera que sus clientes pensaran que no era un tipo duro. Craig le había prestado dos sillas plegables y las había colocado al otro lado del escritorio, donde atendería a sus clientes.

Sin embargo, a pesar de toda la publicidad que había colocado en los limpiaparabrisas de los coches de la ciudad y de los anuncios que había puesto en el Arizona Republic, no había ido ningún cliente.

Durante el tiempo que había estado preparándose para empezar el negocio de guardaespaldas, jamás había imaginado que estaría una semana entera sin recibir una llamada. Bueno, ni una llamada de negocios. Las llamadas de Craig o de su hermana Holly no podía tenerlas en cuenta. Incluso su madre lo había llamado una vez para preguntarle cómo le iba. Él deseaba que no se molestaran en hacerlo, porque cada vez que sonaba el teléfono se emocionaba pensando que podía ser un cliente.

Cuando hablaba con sus amigos y familiares, tenía que admitir que nadie lo había contratado. Entonces, ellos trataban de animarlo diciéndole que una semana no era tiempo suficiente.

Tenían razón, una semana no era mucho tiempo. Al menos eso era lo que él pensaba hasta que había tenido que pasar siete días en su silencioso despacho esperando a que sonara el teléfono. Cada vez que salía a comer, regresaba

confiando en que la luz del contestador automático parpadeara. A veces ocurría, pero casi siempre era Craig, Holly o alguien que se había equivocado.

Se había releído todas las revistas de karate que tenía, y todos los días leía el periódico de cabo a rabo. Pero seguía teniendo mucho tiempo libre y, como su vestimenta no le permitía practicar karate en condiciones, se dedicaba a practicar cómo sacar la pistola de la funda que llevaba en el tobillo.

Las pistolas no eran su fuerte y sólo las utilizaba como último recurso, pero sin una no podía ofrecer una protección total.

Deseaba que su negocio funcionara. Todos sus amigos habían encontrado su lugar en la vida, e incluso su hermana pequeña estaba contenta trabajando en una librería. Él era el único que no había decidido lo que le gustaría ser cuando fuera mayor. Aquello podía ser. Pero primero necesitaba clientes.

Después de mirar el reloj y confirmar que eran las once menos cuarto de la mañana, se apoyó en el respaldo de la silla y se quedó mirando el cristal translúcido de la puerta del despacho. Su nombre no estaba escrito en él. Para ello habría tenido que gastarse parte de sus ahorros y había decidido esperar a tener el primer cliente. Entonces, encargaría que pintaran su nombre en el cristal como celebración del principio del éxito en su negocio.

Una sombra apareció al otro lado del cristal.

Mick sintió que se le aceleraba el corazón y se echó hacia delante. La sombra no era muy grande, así que Craig quedaba descartado. Quizá fuera Holly, aunque se suponía que debería estar trabajando en la librería.

Al ver que giraba el pomo de la puerta, Mick agarró el teléfono, un bolígrafo y una hoja de papel.

—Supongo que podría hacerlo —dijo él mientras el tono de llamada retumbaba en su oído.

Se abrió la puerta y él fingió estar concentrado en la conversación mientras escribía su fecha de nacimiento. Percibió un aroma a perfume. No era la marca que utilizaba Holly. Bien.

—Permítame que lo confirme con mi ayudante y volveré a llamarlo —dijo Mick—. Gracias por llamar a Farrell's Personal Bodyguard Service. Adiós.

Sin apartar la vista del papel, escribió: El zorro veloz saltó sobre el perro perezoso. Arrancó la hoja del cuaderno y la dobló por la mitad antes de prestarle atención a su posible cliente.

Al levantar la vista, pestañeó asombrado. Stacy Radcliffe había regresado de la Gran Manzana. Mick no había visto a Stacy desde que, cuatro años antes, ella había regresado a Phoenix para asistir a la graduación de Holly.

—Hola, Mick —dijo ella con una amplia sonrisa.

—Hola, Stacy.

Había muchos motivos por los que Stacy lo hacía sentirse incómodo. Por un lado era un bombón, pero estaba fuera de su alcance porque era la mejor amiga de Holly. Por otro lado, Stacy era hija única y tenía unos padres adinerados. Mientras que Mick y Holly habían tenido que hacer grandes esfuerzos económicos para asistir a la universidad, a ella le habían pagado los estudios en una prestigiosa escuela de Manhattan. Luego, sus padres la habían mantenido mientras trataba de convertirse en una bailarina de Broadway. Mick opinaba que una mujer de veintiséis años debía de ser capaz de ganarse la vida.

Pero el motivo principal por el que Stacy lo hacía sentirse incómodo tenía que ver con un secreto. Una noche de primavera de doce años atrás, ella lo había pillado en el aparcamiento del instituto con una mujer. Puesto que él tenía dieciocho años, la cosa no habría sido tan grave de no ser porque su compañera era la esposa del presidente de la junta directiva de la escuela y ambos estaban en el asiento trasero del coche del presidente.

Nada había sido idea suya. Mick había atraído a las mujeres desde los dieciséis años y más de una vez se había sentido tentado. Si Stacy no hubiera aparecido, probablemente habría cumplido con Cassandra Oglethorpe.

Por aquel entonces, Stacy tenía catorce años. Él había imaginado que ella le contaría a todo el mundo, Holly incluida, que él había estado liado con Cassandra Oglethorpe mientras el marido de Cassandra estaba en una reunión. Ella había salido a fumarse un cigarrillo y se había acercado a la pista de atletismo donde Mick estaba entrenando. Al parecer, los pantalones cortos de deporte le habían dado algunas ideas.

Después de que Stacy los pillara, Mick se había preparado para lo peor. La idea de decepcionar a sus padres lo preocupaba, pero sobre todo odiaba la idea de desilusionar a su hermana pequeña, que tanto lo idolatraba.

Sin embargo, lo peor nunca llegó. Milagrosamente, Stacy había mantenido la boca cerrada. Mick siempre se preguntaba si se habría guardado el secreto para sacarlo a la luz más adelante. Pero el pobre señor Oglethorpe había fallecido de un ataque al corazón unos años antes, así que Mick creía que el escándalo ya no tendría tanta importancia.

Aun así, prefería que nadie se enterara, especialmente Holly. No le gustaba que Stacy conociera aquel secreto sobre él y no ser capaz de saber cuándo lo revelaría.

Se preguntaba si habría ido a verlo para contratarlo como guardaespaldas. Por mucho que necesitara un cliente, esperaba que no fuera así. Custodiar a Stacy sería demasiado complicado.

—¿Dónde está tu ayudante? —preguntó ella.

—¿Qué ayudante?

—Con el que ibas a confirmar la agenda antes de aceptar el caso.

—Ah —sintió un nudo en la garganta—. No tengo ayudante.

Se fijó en lo sexy que estaba con el top rojo de tirantes. Se había cortado el cabello castaño y su cuello quedaba al descubierto.

—¿Te has inventado lo del ayudante? —preguntó ella, arqueando las cejas.

—Sí —no iba a contarle que también se había inventado la llamada—. Me gusta que la gente crea que...

—No me digas más —se sentó en una de las sillas—. Lo comprendo. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Sí. Cuando Holly me dijo que habías montado este negocio, decidí venir a ofrecerte mis servicios —se inclinó hacia delante—. Mick, acabas de decirle a alguien que tienes un ayudante. Estoy de acuerdo en que eso hace que parezcas más profesional. Así que aquí estoy.

—No veo cómo puedes ayudarme. Eres bailarina. Tienes tu trabajo en Nueva York.

—Puede que sea bailarina, pero no tengo mi trabajo en Nueva York —dijo con una triste sonrisa—. Ya lo he dicho. Por fin he admitido la realidad. Estoy acabada.

Mick no sabía qué contestar. Aunque nunca le había gustado la forma de vida que llevaba Stacy, odiaba ver que alguien abandonara su sueño. Además, la mirada de sus ojos marrones se había vuelto tierna y vulnerable.

—Escucha, estoy seguro de que cuesta mucho tiempo abrirse camino en Broadway. Años. Probablemente necesitas...

—Necesito abandonar, eso es lo que necesito. Sí, cuesta años, y yo ya he dedicado seis. No he conseguido nada. Soy buena, pero hay gente estupenda. Soy ambiciosa, pero ellos lo son más. Lo correcto es enfrentarse a las cosas como son y seguir hacia delante.

Aquella no era la Stacy Radcliffe que él conocía. Hablaba como una mujer adulta y no como una niña mimada. Pero era más fácil resistirse a la niña mimada. Mick sentía lástima por todo el tiempo, energía y dinero que Stacy había invertido en hacer realidad su sueño.

—Siento que no saliera bien —dijo él.

—Quizá sea el destino. He regresado justo en el momento en que has abierto tu negocio. Tú necesitas una ayudante y yo un trabajo.

Ésa sí era la Stacy de siempre, llena de expectativas irreales y convencida de que el mundo entero estaba dispuesto a jugar su juego. Probablemente no imaginaba que su presupuesto era tan limitado que no podía contratar a nadie.

Se aclaró la garganta.

—Creo que no cumples los requisitos necesarios.

—¡Por supuesto que sí! He recibido clases de voz, así que seré perfecta para contestar el teléfono. Y eso para empezar. Éste es mi plan: contestaré tus llamadas y haré de relaciones públicas. En los ratos libres, puedes enseñarme karate y, antes de que te des cuenta, estaré preparada para ayudarte.

—Debes de estar bromeando.

—No —dijo ella con una sonrisa—. Creo que seré magnífica.

—No me cabe duda. Estoy seguro de que te imaginas actuando como en Remington Steele o en Moonlighting.

—¡Eh! A ti te gustaban esas series tanto como a Holly y a mí, así que no te rías de ello como si estuvieras por encima de todo eso.

—Sí, me gustaban esas series, pero esto no es televisión. Es la vida real. Dura y peligrosa. El mundo está lleno de locos, y uno nunca sabe lo que van a hacer.

—Como si yo no supiera todo eso después de vivir seis años en Nueva York.

—Pero no ibas buscando situaciones tensas. En eso consiste el trabajo de un guardaespaldas. Llevo años entrenando para dedicarme a esto. Durante los últimos seis meses he estado practicando tiro y puedo manejar un revólver con rapidez y precisión. Me lo he tomado en serio. Muy en serio.

—Lo que imaginaba. Estás haciendo esto porque te parecía demasiado divertido como para no hacerlo.

Era cierto, pero no podía permitir que ella lo supiera.

—Lo hago porque quiero que el mundo se convierta en un lugar mejor.

—¡Bien! Eso está muy bien. Me alegro de que hayas encontrado un trabajo que además de emociones fuertes incluya nobles motivos.

—No me he metido en esto por las emociones fuertes.

—Por supuesto que sí. No olvides que sé mucho sobre ti.

Ya estaba. Chantaje.

—Hmm, respecto aquella noche en el aparcamiento...

—No me refería a tu vida sexual... pero, ya que lo dices, ésa es otra prueba. Es parte de tu personalidad. Siempre buscas emociones fuertes, Mick.

—¡No es verdad!

—Cuando éramos pequeños sólo querías montar en el Colossus. Y después tuviste la época del parapente. Tus padres estuvieron a punto de morirse del susto. No me digas que no te gustan las emociones fuertes.

—No es cierto. He madurado. Vayamos al grano. ¿Piensas utilizar lo que sucedió en el aparcamiento para conseguir tus propósitos?

—¡Guau! Qué gran idea. No había pensado en ello. ¿Todavía te preocupa que eso salga a la luz? No tenía ni idea. Pensaba que era agua pasada, sobre todo ahora que el pobre señor Oglethorpe ya no está con nosotros.

Mick pensó en la posibilidad de contarle a Holly lo que sucedió aquella tarde y desarmar a Stacy. Después de todo, era agua pasada. Lo más probable era que Holly se riera de lo sucedido. Pero Mick no podía imaginarse confesándose ante su hermana pequeña. Era una historia vergonzosa, y también se sentía obligado a proteger a Cassandra.

—Imagino que no es el tipo de cosa que uno quiere que se sepa cuando se acaba de abrir un negocio —añadió ella.

—No, no lo es. Pero no sólo por mí. Si sale a la luz, podría dañar la reputación de Cassandra. Por lo que he oído, hoy en día se mueve en el círculo de la clase alta. Y si contratarte es la única manera de que mantengas la boca cerrada, no puedo hacerlo. En primer lugar, no tengo dinero. Y en segundo lugar, no se aprende karate con un par de lecciones.

—Estoy segura de que aprendería antes de lo que crees. En las clases de baile, he tenido que aprender equilibrio, y tengo las piernas muy fuertes. Estoy en buena forma.

De eso ya se había dado cuenta. Estaba en demasiada buena forma.

—Y aunque tuviera dinero para contratarte, que no lo tengo, ¿qué pensarían tus padres? Jamás lo aprobarían.

—Tengo veintiséis años. No necesito que mis padres me autoricen para aceptar un trabajo. Podemos negociar el salario. No necesito...

Sonó el teléfono y, antes de que él contestara, lo hizo ella.

—Farrell's Personal Bodyguard Service —dijo con tono profesional—. ¿En qué puedo ayudarle?

Mick imaginó que Craig o Holly estarían al otro lado de la línea. Esperaba que fuera Holly, porque desde que Craig había intentado salir con Stacy una vez y ella lo había rechazado, no se llevaban muy bien.

Mick hizo un gesto para que le diera el teléfono, pero ella negó con la cabeza.

—De acuerdo —dijo ella—. Espere un momento señora Oglethorpe y lo confirmaré con el señor Farrell.

Mick estaba seguro de que había oído mal. No podía tener tan mala suerte.

Stacy presionó el botón de llamada en espera y dijo:

—Es Cassandra Oglethorpe.

—No me lo creo —dijo él—. Es Holly y se trata de alguna broma que habéis tramado entre las dos.

—Confía en mí, es la señora Oglethorpe. Quiere contratarte —dijo muy seria.

Mick comenzaba a creer que hablaba en serio.

—¿Contratarme para qué?

—Eso mismo me pregunto yo. Quizá todavía te importa lo del incidente del aparcamiento porque sigues viendo a la señora Oglethorpe.

—¡No es cierto! Aquella noche terminó todo, ¡lo prometo!

—Entonces, a lo mejor ella quiere conocerte mejor.

Mick sintió un nudo en el estómago.

—Éste es un servicio de guardaespaldas, no de acompañantes.

—Ha dicho que te necesita como guardaespaldas. Quiere pasar el Cuatro de Julio y un par de días más en la cabaña que tiene en White Mountains, pero su ex novio la está amenazando y tiene miedo de ir sola —Stacy batió las pestañas—. Aunque sea un poco precipitado, quiere saber si tú podrías ir para protegerla.

—Estupendo —gruñó Mick.

—¿Quieres que le diga que no estás disponible? Después de todo, es la semana que viene. Quizá deba decirle que estás muy ocupado.

—Quizá... o quizá no. ¡No lo sé! ¿Y si es cierto? Ella tiene mucho dinero gracias a las inversiones que hizo el señor Oglethorpe, y es muy influyente. Si realmente necesita un guardaespaldas, es una gran oportunidad.

—Entonces, ¿quieres que le diga que estás disponible?

—Si es una broma, no quiero pasarme tres días quitándomela de encima.

Stacy lo miró con malicia.

—¿Era eso lo que hacías en el aparcamiento? ¿Quitártela de encima?

—No. Entonces era muy joven.

—Y ella también. Pobre mujer. Ya no está en la flor de la vida y a ti ya no te interesa.

—Stacy, ¡maldita sea! ¡Cuando tenía dieciocho años, no era capaz de discriminar! Ahora sí. Así que cúlrame por haber sido joven y estúpido.

—Tengo una solución para tu problema.

—¿Cuál?

—Contrátame como ayudante y llévame contigo a la cabaña de la señora Oglethorpe. Pero no le digas que eso es lo que piensas hacer. Puede ser una sorpresa. De esa forma, si su intención era buena, se alegrará de que haya otra persona. Pero si no, al menos tendrás una carabina. Y no podrá quejarse, puesto que ha contratado un guardaespaldas —dijo Stacy complacida.

Por algún motivo, siempre se salía con la suya. Al parecer había abandonado su carrera de artista y había decidido que sería divertido jugar a los guardaespaldas.

Seguro que Holly era la culpable de que Stacy hubiera aparecido en su despacho.

—No creo que debamos hacerla esperar más —dijo Stacy, mirando cómo parpadeaba una luz en el teléfono—. Y como bien has dicho, tiene montones de dinero. Por cierto, ¿cuánto vamos a cobrar por este caso?

Mick había establecido sus tarifas mucho tiempo atrás, pero contaba con llevarse él todo el dinero. Como tendría que contratar a Stacy, aumentó la cifra en un veinte por ciento.

Ella arqueó las cejas.

—No está mal. Nada mal. ¿Y yo cuánto me llevo?

—No he dicho que vaya a contratarte.

—Lo harás.

Mick suspiró. No le quedaba mucha elección. Por fortuna, si era real, el caso no parecía demasiado peligroso. Sería capaz de mantener alejado al ex novio enfadado y de asegurarse de que Stacy no corriera peligro alguno. Si Cassandra lo había ideado todo para poder estar a solas con él, no le vendría mal tener a alguien cerca para poder mantenerla a raya.

Pero vaya manera de comenzar el negocio. Se sentía igual que doce años atrás, cuando Stacy había abierto la puerta trasera del coche.

—Te llevarás el veinte por ciento —dijo él.

Ella puso una sonrisa triunfal.

—Pero sólo es algo temporal —añadió—. Un periodo de prueba. Nada para siempre.

—Gracias, Mick. No te arrepentirás.

—Ya estoy arrepentido —suspiró y señaló el teléfono—. Será mejor que

cerremos el trato con nuestra clienta.

Después de concretar los detalles con Cassandra Oglethorpe, Stacy decidió marcharse del despacho de Mick. Todavía tenía que sacar algunas cosas de casa de sus padres y llevarlas al apartamento que había alquilado. Le prometió a Mick que iría a las nueve de la mañana del día siguiente, sonrió y se marchó.

Su madre le había suplicado que no aceptara un trabajo de bajo salario rellenando estanterías en el supermercado o despachando en McDonald's. Trabajar para Mick parecería algo que había aceptado porque le gustaba la aventura. Nadie sospecharía que necesitaba el dinero desesperadamente.

Mientras se dirigía hacia la casa de sus padres en su BMW descapotable de color rojo, se preguntaba si podría vender el coche, a pesar de que su madre le había pedido que lo conservara para mantener las apariencias. Su madre creía que la gente empezaría a rumorear si veían que Stacy Radcliffe cambiaba su coche por una chatarra.

Stacy creía que su madre estaba librando una batalla perdida. La fortuna familiar había desaparecido debido a una serie de malas inversiones, y la deuda cada vez era mayor debido a que su madre luchaba por mantener su nivel de vida.

Su padre parecía dispuesto a empezar de cero, pero su madre no, y estaba buscando la manera de que su marido pudiera ganar dinero desde casa sin que pareciera que estaba trabajando.

Stacy había decidido seguirle el juego a su madre, puesto que su padre también estaba dispuesto a hacerlo. Después de todo, les debía mucho a ambos. Le habían dado todo lo que una chica joven podía desear y lo menos que podía hacer era colaborar cuando las cosas se habían vuelto en su contra. Cuando tuvo que regresar de Nueva York porque no podían mantenerla, sus padres habían esperado que se quedara en casa. No eran capaces de aceptar que ya no era una niña.

Stacy decidió alquilar su propio apartamento, pero para ello necesitaba un trabajo y con todas las condiciones que le había puesto su madre no le había resultado fácil encontrarlo. Hasta que Holly le habló del negocio que había montado Mick.

Al pensar en la conversación que había tenido con él aquella mañana, no

pudo evitar sonreír. Era tan guapo. Siempre había sido muy atractivo, con sus ojos azules y el cabello color caoba. Desde luego, cuando ella todavía vivía en Scottsdale, habría salido con él si él se lo hubiera pedido.

Pero no lo había hecho. Según Holly, a él le preocupaba salir con la mejor amiga de su hermana pequeña porque temía que su hermana pudiera enterarse de todos los detalles de sus citas. Si eso era el verdadero motivo, Stacy no podía evitar enfadarse. ¿Es que no le había demostrado que podía confiar en ella después de que nunca hubiera contado lo que sucedió en el aparcamiento aquella tarde?

Aquella tarde había marcado el final de su infancia y el inicio de sus fantasías eróticas sobre Mick. Ella estaba esperando fuera a que su madre la recogiera cuando oyó unos ruidos que provenían del coche del presidente de la junta directiva de la escuela.

No podía ser el presidente porque, al salir, ella lo había visto entrar en una reunión. La curiosidad hizo que se acercara al coche y que aplastara la nariz contra el cristal. Lo que vio hizo que, a sus catorce años, su cuerpo comenzara a sentir todo tipo de sensaciones deliciosas.

Mick y la señora Oglethorpe estaban tan concentrados, que no notaron su presencia. Podía haberse alejado sin más, pero la tentación de hacerle pasar un mal rato a Mick, que llevaba años metiéndose con ella y con su hermana Holly, era demasiado fuerte. Así que después de abrir la puerta trasera preguntó:

—¿Cómo va la cosa, Mick?

La señora Oglethorpe dio un chillido y Mick blasfemó mirándola con furia.

—Lárgate —le había dicho.

—De acuerdo —había contestado ella—. Me alegro de volver a verla, señora Oglethorpe. Adiós, Mick.

Después de despedirse, había regresado a la puerta del colegio para esperar a su madre.

Desde aquel día, siempre que se imaginaba teniendo una aventura con alguien, ese alguien era Mick. Había oído que se suponía que los hombres que se iniciaban en el sexo con mujeres mayores, sabían complacer mejor a sus amantes, y ella siempre se preguntaba qué habría aprendido Mick de Cassandra Oglethorpe.

Stacy aparcó el coche frente a la casa de sus padres y decidió que entraría por la puerta del patio. Si su madre seguía con su horario habitual, estaría bañándose en la piscina aprovechando que su esposo habría ido a jugar al golf

con sus amigos.

Su madre estaba tratando de mantener las cosas tal y como siempre habían sido. Y era comprensible. Evie Radcliffe había estado toda la vida protegida de la realidad y no estaba preparada para enfrentarse a ella. Había nacido en una familia adinerada y se había casado con un hombre adinerado.

Pero Stracy creía que su padre nunca había sido demasiado astuto. Era un soñador y no tenía mucho talento para los negocios. Sin embargo, había heredado tanto dinero, que le había costado muchos años perderlo todo.

Stacy abrió la verja de hierro y entró en el patio. Su madre estaba en la piscina nadando. Quizá estuviera arruinada, pero se negaba a estar gorda.

Stacy se sentó en una tumbona y esperó a que su madre terminara. Evie era una buena nadadora. También sabía montar a caballo y hacer esquí acuático, pero por desgracia, ninguna de esas actividades la ayudaría a superar la crisis.

Era una lástima que tampoco hubiera animado a su hija a estudiar una profesión sensata. Aunque a Stacy le habría encantado ayudar a sus padres, no sabía cómo podría hacerlo, además de cuidar de sí misma por una vez en la vida.

Evie no se percató de que estaba Stacy hasta que no salió del agua.

—¡Cielos! —exclamó con una sonrisa—. Podías haberme avisado de que estabas aquí.

—No quería interrumpirte —le dijo, y le tendió la toalla que estaba sobre la mesa.

—Podría haberlo dejado para mañana —agarró la toalla—. Gracias, cariño. ¿Puedes quedarte a comer?

—Claro. Después, terminaré de recoger las cosas que quedan por llevar al apartamento.

—Ese apartamento me parece algo innecesario.

—Forma parte de los planes de la madre naturaleza, mamá. Si fuera un orangután, a estas alturas ya tendría mi propio árbol. Si fuera un pájaro carpintero, estaría construyendo mi propio nido. Si fuera un coyote, estaría...

—Por el amor de Dios. No eres un animal salvaje, eres mi hija. Y me habría gustado que tu padre y yo hubiésemos visto el sitio antes de que firmaras nada. Puede que no sea el lugar adecuado.

—Es un buen sitio, mamá. Un palacio comparado con lo que tenía en Nueva York.

—¡No me recuerdes ese sitio espantoso! Entra. En cuanto me de una ducha, comeremos la ensalada de cangrejo que Yolanda ha preparado esta mañana.

Un rato después, estaban sentadas a la mesa, comiendo tal y como solían hacer muchos días de verano durante la idílica infancia de Stacy. Ella nunca había apreciado lo valioso que era tener a su madre a su lado, cuando muchas de las madres de sus amigas tenían trabajos que las hacían pasar mucho tiempo fuera de casa.

En aquellos momentos, un trabajo ayudaría mucho a su madre.

Stacy miró con nuevos ojos la espaciosa cocina y recordó las múltiples fiestas que allí se habían celebrado. No podía imaginarse a sus padres viviendo en otro sitio, pero tal y como iban las cosas, no podrían mantener la casa mucho tiempo.

—Por cierto, hoy he conseguido un trabajo —dijo ella.

—¿De qué? —preguntó su madre.

—Voy a ser la ayudante de Mick Farrell.

Evie frunció el ceño y dejó el tenedor.

—¿No acaba de inaugurar un negocio de guardaespaldas?

—Así es. Él es un guardaespaldas.

—¿Y qué tendrás que hacer como ayudante?

Stacy sabía que no debía contarle sus planes. Si todo salía tal y como planeaba y aprendía karate, se convertiría en algo tan valioso para Mick que, tarde o temprano, la consideraría su socia en el negocio. Pero a Evie no le gustaría la idea de que su hija se convirtiera en guardaespaldas.

Así que Stacy sólo le contó parte de la verdad.

—Básicamente, trabajaré en la oficina. Lo he convencido de que parecerá más profesional si tiene a alguien para contestar el teléfono y encargarse de los detalles del despacho.

—Bueno, en eso tienes razón —dijo Evie—. De pequeña, estabas loca por él, ¿verdad?.

Stacy nunca se había imaginado que su madre pudiera haberlo notado.

—No. Por supuesto que no. Quiero decir, es el hermano de Holly. Sería algo muy extraño.

—No estoy de acuerdo. Y creo que sí estabas loca por él. En cuanto te enterabas de que podías verlo en algún sitio, te acicalabas durante horas.

—Las niñas de esa edad hacen eso todo el rato. Mick es un buen amigo, nada más.

—Si tú lo dices. Imagino que no te pagará demasiado, así que ¿por qué no me dejas que te pague el alquiler por el momento?

Stacy agarró la mano de su madre y le dijo:

—Gracias, pero creo que es hora de que me mantenga.

—Mira, sé que no quieres aceptar el dinero porque crees que no podemos dártelo. Puede que sea cierto por ahora, pero estoy segura de que las cosas mejorarán pronto.

—Yo también estoy segura, mamá.

Stacy decidió cambiar de tema y se puso a hablar de un escándalo político para no tener que enfrentarse a la crisis económica por la que estaba pasando la familia.

Más tarde su madre la ayudó a cargar las últimas cajas en el coche.

—En el club van a celebrar el Cuatro de Julio por todo lo alto —le dijo Evie—. Habrá fuegos artificiales y un bufet. Este año asistirá más gente, así que será divertido. ¿Por qué no llevas a Mick?

A Stacy la pilló por sorpresa.

—Mm, a Mick lo ha contratado un cliente ese día.

—Qué pena —dijo la madre—. Supongo que es bueno que tenga trabajo. Y tú, no sé si hay alguien más a quien te apetezca invitar, pero si no, no hace falta que vayas con nadie —le dijo mientras metía una caja de CDs en la parte de atrás.

—Puede que yo también vaya con Mick.

—¿Te irás con él? ¿Para qué?

—No puedo hablar de ello, mamá. Cuando la gente contrata un guardaespaldas, no quiere que la gente vaya contando lo que hace.

—No contaré nada.

—No he dicho que vayas a hacerlo, pero se supone que no puedo contarle a nadie los detalles.

—Lo comprendo, pero como madre me preocupa tu seguridad. Me da que el trabajo que vas a desempeñar conlleva cierto peligro.

—No pasa nada, mamá. Este caso es sencillo. No tienes de qué preocuparte.

—Para ti es fácil decir eso ¿no? Quizá debería hablar con Mick. No me gusta...

—Mamá, ya no soy tu niña pequeña —Stacy trataba de ser paciente—. Me diste instrucciones concretas sobre el tipo de trabajo que tenía que escoger, y ahora que tengo uno con el que no te avergonzaré, tendrás que dejar el tema, ¿de acuerdo?

—¿Me prometes que tendrás cuidado?

—Lo prometo. De todos modos, fue Holly la que me sugirió que le pidiera trabajo a Mick, y Holly no quiere que me meta en asuntos peligrosos.

—Hablando de Holly, estoy segura de que no le importaría saber que estás interesada en su hermano.

—Trabajo para él. Y por lo que he oído, tiene novia.

—Lo dudo. Hace poco me encontré con su madre mientras buscaba un regalo de boda para un pariente y se quejó de que creía que Mick nunca sentaría la cabeza. Así que, si se ve con alguien, no es nada serio.

—Puede ser, pero ya te he dicho que sólo soy su empleada.

—De momento. Mick siempre me ha caído bien. Sé que no es de clase alta, pero creo que algún día llegará a tener dinero.

—Espero que sí. No me vendría mal un aumento.

Evie suspiró.

—Odio que tengas que preocuparte por el dinero, de veras, lo odio.

—Es bueno para mí, mamá —le dio un abrazo y se dirigió al otro lado del coche—. Hasta pronto.

—¿Tendrás mucho cuidado con ese caso secreto?

—Mucho —se metió en el coche.

—Si te metes en un lío, llámame a cualquier hora. Iré enseguida.

—Gracias —Stacy estaba convencida de que sus padres harían cualquier cosa por ella, pero a la vez le hubiera gustado que la consideraran una mujer adulta capaz de solucionar sus problemas.

Cuando arrancó el coche, su madre le dijo:

—¿Cuándo vas a invitarnos a conocer tu apartamento?

—Pronto. Déjame que lo arregle primero.

—De acuerdo. Hasta pronto, entonces.

Stacy se despidió con la mano. No sabía cuánto tiempo podría mantener a su madre alejada de su apartamento, pero trataría de que fuera así el mayor tiempo posible. En cuanto Evie conociera el lugar, pondría el grito en el cielo.

Quizá, si el negocio de Mick saliera adelante, ella podría mudarse a un lugar mejor. Entretanto, tendría que mantener a su madre lejos de su vivienda.

Evie no estaba preparada para llevarse un susto como ése.

Al día siguiente, Mick llegó al trabajo diez minutos antes de tiempo. Con el periódico bajo el brazo y un café helado en la mano, sacó la llave y abrió la puerta. Una vez dentro, miró la luz del teléfono. Como siempre, era verde y no parpadeaba. No había mensajes.

Dejó el café y el periódico sobre el escritorio y se sentó en la silla. Aquella

mañana se había puesto la camisa de seda azul y la corbata que Holly le había regalado por Navidad. Quizá no debía de estar emocionado con la idea de que Stacy empezara a trabajar con él, pero lo estaba.

Teniendo en cuenta de que la llamada de Cassandra había coincidido con la llegada de Stacy, quizá debería sospechar que todo fuera un montaje de Holly y su amiga. Después de todo, él nunca había llegado a hablar con Cassandra, así que al otro lado de la línea podía haber estado Holly.

Si todo era un plan que habían ideado entre las dos, Stacy se había convertido en una gran actriz durante su estancia en Nueva York, ya que lo había convencido enseguida para que la contratara como ayudante.

Para ella, aquello era una manera de entretenerse hasta que decidiera lo que quería hacer con su vida. Era posible que se convirtiera en una buena ayudante, ya que al contestar el teléfono hacía que el negocio pareciera algo mucho más serio. Además, el hecho de que lo acompañara a White Mountains serviría para mantener a Cassandra a una distancia prudencial.

A pesar de todo, le alegraba que Cassandra lo hubiera contratado. El dinero de ese caso le serviría para mantenerlo a flote durante un tiempo, y si conseguía no ofender a Cassandra, quizá ella le permitiera utilizarla como referencia. O mejor aún, quizá ella lo recomendará a otras personas.

Para cuando Stacy decidiera que no quería dedicarse al negocio de guardaespaldas, él ya tendría el negocio en funcionamiento y podría contratar a un ayudante de verdad, a alguien que tuviera currículum y necesitara el trabajo.

Entretanto, sería divertido contar con Stacy, aunque tendría que tener cuidado de no dejarse llevar demasiado. Seguía siendo la mejor amiga de Holly.

Retiró la tapa de la taza de café y le dio un sorbo. Abrió el periódico y comenzó a leer. No quería que, cuando llegara, Stacy pensara que la estaba esperando. En esos momentos, se abrió la puerta.

—¡Ya estoy aquí! —dijo ella al entrar.

—Hola —Mick tardó unos segundos en bajar el periódico, como si estuviera leyendo algo muy interesante. Se alegraba de que ella hubiera aparecido porque significaba que era cierto que estaba dispuesta a ser su ayudante.

Al levantar la vista, se fijó en que llevaba un vestido blanco, corto y ceñido por encima de las rodillas. También una chaqueta a juego.

Estuvo a punto de atragantarse.

Stacy se sentó frente a él y sacó del bolso un cuaderno forrado en piel.

—Creo que cada empleado debe llevar algo especial al trabajo, algo que sólo ellos puedan ofrecer.

—¿Así que te has traído un cuaderno con tus iniciales grabadas en él?

—Muy gracioso —dijo ella con una sonrisa, y abrió el cuaderno—. Anoche escribí algunas cosas. Como sabrás, tengo experiencia en el campo del espectáculo.

—Sí —Mick no sabía de qué iba todo aquello.

—No te ofendas, Mick, pero tu oficina es la más aburrida que he visto nunca.

—Quizá, si tuviera tanto dinero como tú, podría alegrarla un poco, pero sólo podía permitirme comprar cosas de segunda mano.

—No hay nada de malo en las cosas de segunda mano.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Oh, vamos. No te pongas a la defensiva. Deja que te ayude.

—¿Cómo? —claro que se ponía a la defensiva. Pensar que ella llevaba un modelito que probablemente costara más que todo el mobiliario de su oficina hacía que le hirviera la sangre.

—Escucha, Mick. Estás empezando un negocio. Tienes que crear una imagen que atraiga a la gente. Quizá no sepas hacerlo como yo, pero aun así tienes que atraer a los clientes —le mostró uno de los folletos de publicidad—. Holly me ha dado esto.

—Viene todo explicado —dijo él—. Pero me da la sensación de que hay algo que no te gusta.

—Para empezar, es blanco. Además, no hay ninguna imagen.

—Tengo un presupuesto limitado.

—Holly sabe hacer diseño por ordenador y se había ofrecido a ayudarte, pero me ha dicho que tú querías que fuera lo más simple.

—Quería que pareciera profesional —murmuró él.

—Lo profesional no tiene por qué ser aburrido —sacó otro folleto—. Mira esto.

Mick agarró el papel de color naranja fosforito y frunció el ceño.

—Demasiado vistoso. ¡Eh! ¡Si ése soy yo! —miró la foto de sí mismo compitiendo en un torneo de karate. Aparecía con el pie derecho justo debajo de la mandíbula del contrincante. Debajo ponía: Mick Farrell hace bien el trabajo. Después, el nombre de la empresa, la dirección y el teléfono.

—Anoche, Holly y yo estuvimos jugando con varias ideas —dijo ella—.

Ésta es la que más nos ha gustado.

Mick negó con la cabeza.

—No podría anunciarme con algo así. Es demasiado... demasiado...

—¿Emocionante?

—Creo que la palabra que busco es ridículo.

—¡Por favor! —señaló el teléfono—. ¿Acaso ves que ese aparato no deje de sonar?

—No, pero...

—Empezar un negocio es uno de las inversiones económicas más arriesgadas del mundo. En cierto modo, eso era lo que yo intentaba hacer en Nueva York y no lo conseguí. Después de estar seis años allí, te diré algo que es verdad. El sexo vende.

—¿El sexo?

—Por supuesto. Tu primer cliente te ha llamado porque cree que eres un chico sexy.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. Pero uno no puede depender de su pasado para mantener su negocio. Tienes que promocionar una imagen sexy, aquí y ahora.

Mick no podía creer cómo había perdido el control de la situación. De pronto, se encontraban hablando de su vida sexual.

—No trato de vender sexo, ¡maldita sea!

—Por supuesto que no. Estás vendiendo un servicio de protección. Pero hay algo sexy en ello, y si no lo explotas un poco puede que no tengas éxito. Comprendo lo importante que es promocionarse, pero créeme, conseguirlo se basa en gran parte en el atractivo sexual.

—No quiero...

—Tú decides, Mick. Tienes dos opciones. Puedes quedarte aquí sentado esperando a que suene el teléfono hasta que te quedes sin dinero...

—No sabes si eso ocurrirá.

—O puedes dejar que te muestre cómo utilizar tu atractivo sexual para promocionar tu negocio. ¿Cuál de las dos eliges?

Stacy era consciente de que intentar que Mick diera un nuevo enfoque a su negocio podía volverse en su contra. Sin embargo, Holly y ella habían decidido que Mick necesitaba hacer más publicidad si lo que quería era que el negocio saliera adelante.

Stacy y Holly habían utilizado el ordenador para crear un folleto nuevo. Cuando Stacy vio la foto de Mick que Holly tenía en el escritorio, sugirió que la escanearan para emplearla como publicidad. El resultado era espectacular.

Mick no parecía tan impresionado como ella, pero continuaba mirando el folleto que tenía en la mano. Al menos, no había rechazado la idea.

—¿Holly sabe algo del caso Oglethorpe?

—Por supuesto que no. He tenido que decirle a mi madre que iba a irme contigo a solucionar un caso porque ella esperaba que asistiera a la fiesta del Cuatro de Julio que se celebra en el club. Pero no le he contado de qué se trata.

—¿Ni de quién se trata?

—No, no sabe quién nos ha contratado. Y me parece muy mal que insinúes que podría ir contando por ahí los asuntos confidenciales del despacho.

Mick suspiró.

—Lo siento. Está claro que estoy preocupado por tener a Cassandra Oglethorpe como primer cliente. No sé por qué no puedo tener un caso normal para mi primer encargo, como por ejemplo, custodiar al hijo de un rico durante el trayecto a la escuela. Entonces no estaría metido en este lío —dejó el folleto sobre la mesa.

—De eso se trata —dijo Stacy—. Tienes que venderte mejor. Imprimamos algunos folletos como éste. Te apuesto lo que quieras a que el resultado te sorprenderá.

—Lo que sucederá es que mis amigos nunca me dejarán en paz.

—¿Y qué es peor: que tus amigos bromeen sobre ti o ver cómo tu negocio se va al traste por falta de clientes?

Él la miró en silencio.

—No debería ser una pregunta difícil, Mick.

—De acuerdo. Probaré con el folleto nuevo.

—Bien —dijo Stacy—. Otra cosa. Deberías cambiar tu forma de vestir. Mick pestañeó asombrado y miró la corbata y la camisa que llevaba.

—Esta camisa es muy buena. Es más, te diré que Holly me la regaló por Navidad. Y mi madre la ayudó a elegirla.

—Es muy bonita. Resalta el azul de tus ojos, pero cuando te la compraron todavía no eras guardaespaldas. No te queda demasiado bien.

Mick la miró.

—No me mires como si estuviera loca. Sé lo que estoy diciendo. He pasado miles de pruebas y sé cómo influye la ropa en cómo reacciona la gente ante una persona. No importa lo competente que seas, tienes que aparentarlo. Si vas a proteger a la gente empleando tu conocimiento acerca de las artes marciales, tendrás que mostrarles tus músculos. Y quitarte la corbata.

—¡He visto montones de guardaespaldas llevando corbata! —se cruzó de brazos—. ¿Qué me dices de Kevin Costner en esa película que hizo con Whitney Houston? Llevaba corbata en todo momento.

—Eso fue hace años. Además, en esa película él no trataba de promocionar su negocio. Acababa de contratarlo Whitney Houston, ¡por el amor de Dios! Por lo que sé, tú sólo tienes a la señora Oglethorpe y a quien estuviera en el teléfono cuando entré ayer en el despacho. Por cierto, ¿se trata de un cliente que deba conocer, puesto que ahora trabajo para ti?

Mick se puso colorado.

—No era un cliente.

—Ah —así que tenía una novia. Stacy no esperaba sentirse tan decepcionada—. Lo siento. No era mi intención entrometerme en tu vida personal.

—No era nadie.

—Mick, está bien. Supongo que se trata de una mujer de la que ni Holly, ni tu familia, sabe nada ¿no es así? Tu secreto está a salvo conmigo.

—No, es cierto que no era nadie. Cuando vi que alguien estaba a punto de entrar en el despacho, agarré el teléfono y fingí tener una conversación de negocios para parecer ocupado.

—Ah —dijo ella con una sonrisa—. Una jugada inteligente que demuestra que comprendes lo importante que es causar buena impresión.

—Creía que con esta camisa y esta corbata causaría buena impresión.

Ella negó con la cabeza.

—No lo bastante emocionante. Creo que deberías llevar una camisa sin cuello y ceñida. De color negro.

—¿Negro? ¡Ahí fuera hace muchísimo calor!

—Podrías dejarla en el despacho y ponértela cuando llegues. Sólo digo que te la pongas cuando vayas a reunirte con un cliente. Para eso, deberías ir vestido todo de negro. Incluso deberías plantearte dejarte el pelo largo para poder recogértelo en una coleta...

—¡No! Lo de ir de negro, pase. Si te soy sincero, puedo imaginarme lo que quieres decir, aunque creo que es ridículo. Pero no voy a dejarme el pelo largo para hacerme una coleta. Olvídalo.

—De acuerdo. Nada de coletas. A menos que consigamos una falsa que puedas ponerte cuando...

—No.

Al ver que no estaba muy receptivo, Stacy decidió que era hora de abandonar. Tenía otras cosas escritas en su lista, pero decidió que sería mejor dejarlo para otro momento.

—¿Sabes qué? Porque no me dejas aquí contestando el teléfono y archivando algunas cosas mientras tú vas a la tienda y encargas los folletos. Así podremos empezar cuanto antes.

Él se rio.

—Archivando. Claro. No hay nada que archivar. Y el teléfono nunca suena.

—No importa. Si tengo tiempo libre, haré algunas llamadas para ver si puedo mover el negocio por ti.

—¿Sí? —por primera vez parecía interesado en una de sus ideas—. ¿Y a quién vas a llamar?

—Lo de los folletos está bien, pero es algo pasivo. Anoche hice una lista de varios lugares donde se reúne la gente con dinero, ya sabes, esos sitios donde van mis padres y sus amigos. La gente adinerada es la que más va a necesitar tus servicios, así que pienso llamar a todos los sitios que tengo en la lista y hablarles de ti.

—Parece una buena idea, pero ¿no odiarás hacer tal cosa?

—¿Por qué?

—A mí no me gustaría. Una cosa es hacer mailings y poner folletos en los coches. Pero llamar a la gente para pedirles que me contraten me haría sentir extraño. Como si estuviera suplicándoles, o algo así.

A Stacy le gustó oír que Mick admitía lo que sentía. Por fin ella sabía que realmente la necesitaba.

—Al principio, siempre es duro. Yo aprendí a hacerlo en Nueva York. Si no hubiera estado dispuesta a promocionarme, no habría encontrado ningún

trabajo. Y por cómo me fue, creo que no fui lo bastante agresiva. La diferencia es que ahora no tengo que promocionarme a mí, sino a ti. Eso es diez veces más sencillo.

Él al miró y asintió.

—Tienes razón. Voy a ser sincero, Stacy. Ayer, cuando entraste en el despacho, pensé que contratarte sería un gran error. Sin embargo, empiezo a ver que puedes ayudarme de veras.

Stacy sintió un nudo en la garganta. Era la primera vez en muchos años que alguien la consideraba de utilidad.

—Bien —dijo ella—. Me alegro. Y ahora ¿por qué no vas a encargarte los folletos mientras yo trabajo?

—De acuerdo —se puso en pie y se fijó en su café—. Debería haberte traído algo. Estoy tan acostumbrado a mi rutina, que ni siquiera pensé en ello.

—No importa.

—Quizá debería comprar una cafetera para el despacho.

Stacy se rio.

—Entonces discutiríamos sobre quién tiene que hacer el café. De todos modos, yo no tomo demasiado. No hay problema.

—Si tú lo dices, pero siento que voy a dejarte aquí sin ninguna comodidad. Cuando estaba solo no me importaba, pero ahora...

—No necesito nada —dijo ella, agradeciendo su preocupación.

—En cualquier caso, te dejo el periódico por si te hartas de hacer esas llamadas. Y no tardaré mucho.

—Tómame el tiempo que necesites. Es más, me preguntaba si podrías hacerme un juego de llaves, ya que vas a la calle.

—Ah, sí. Claro.

Stacy se sentó en la silla que él había dejado libre detrás del escritorio. Al sentir el calor de su cuerpo, se preguntó cómo sería estar entre sus brazos e inhaló el aroma de su loción de afeitar que todavía permanecía en el ambiente.

—Si entrara alguien, que lo dudo, dile que enseguida vuelvo —dijo él.

—Lo haré —dijo ella, tratando de olvidar las imágenes seductoras que se habían formado en su mente. A pesar de que Mick llevaba una camisa ancha, se podía ver lo bien definido que tenía el torso. En Nueva York había conocido muchos bailarines con cuerpos como aquél, pero la mayoría resultaron ser gays.

Mick agarró el folleto y lo dobló antes de guardárselo en el bolsillo.

—Será mejor que me vaya a la imprenta —la miró dubitativo—. ¿Crees que

debo quitarme la corbata ahora?

«¿Qué tal si te quitas la corbata, la camisa y los pantalones?», pensó ella.

—Si yo fuera tú, me la quitaría —dijo Stacy—. Como bien has dicho, hace muchísimo calor ahí fuera.

—De acuerdo —se quitó la corbata y se desabrochó el botón de arriba de la camisa—. ¿Mejor?

«Oh, sí».

—Mucho mejor —contestó Stacy, tratando de no salivar. Comprendía muy bien por qué Cassandra Oglethorpe lo había contratado para unos días. Sintió que los pezones se le ponían erectos. Tendría que empezar a controlar sus reacciones.

—¿Estás segura de que estarás bien? —preguntó él—. Este despacho es muy aburrido.

—Me las arreglaré.

—Si estás segura —se acercó a la puerta—. Estaré de regreso antes de que te des cuenta —salió y cerró la puerta tras de sí.

Stacy movió las solapas del cuello de su vestido para darse aire. Se había calentado con sólo mirar a Mick. Al ver que la puerta se abría de nuevo y que él asomaba la cabeza, paró avergonzada.

—¿Por qué te estás dando aire? —preguntó él—. ¿Hace mucho calor?

—No. Debería haberme puesto un vestido con más fibra natural.

—Bueno, si tienes mucho calor, el mando del aire acondicionado está en la pared, junto a la puerta.

—Lo recordaré.

—Me olvidé de decirte que la oficina se cierra a la hora de comer, por si tienes que hacer algún recado o algo.

—No, no tengo nada que hacer.

—Entonces, podemos salir juntos y comprar algo para comer.

—Claro.

—Bien —sonrió él—. Hasta pronto.

Oh, cielos. Tras asegurarse de que Mick se había marchado, Stacy se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo varias veces. Daba lástima. Mick le había dicho que podía serle de utilidad y ella había estado a punto de llorar. Después le había sugerido que fueran a comer juntos y ella había reaccionado como si tuviera una gran cita. Al parecer, el encaprichamiento que había tenido con Mick cuando era adolescente parecía estar en pleno apogeo. Y estaba más necesitada de lo que creía.

Era evidente que los años que había pasado en Broadway le habían pasado factura a su autoestima. Tendría que tener cuidado para que Mick no se diera cuenta de lo vulnerable que era.

Desde luego, no quería que sospechara de sus problemas económicos, y mucho menos de que ella no tenía ni idea de dónde encajaba en el mundo.

Para sorpresa de Mick, el folleto fue todo un éxito en la imprenta. Mientras se los imprimían, él fue a hacer una copia de las llaves, y cuando regresó, varios empleados se acercaron a preguntarle sobre su experiencia como karateca.

Incluso los clientes de la tienda querían llevarse un folleto a casa. Teniendo en cuenta que en el primer folleto que había hecho aparecía la misma información, tenía que admitir que la clave del éxito estaba en el color fosforito y en la foto.

Stacy tenía razón.

Además, tenía un aspecto muy sexy y tentador con su vestido blanco. Él había tenido que esforzarse para no mirar cómo subían y bajaban sus pechos con cada respiración. También se había quedado fascinado con sus labios.

Si ella hubiese sido otra persona, él le habría pedido salir. Pero era Stacy, y lo único que podía pedirle era que comiera con él durante el horario de trabajo. Aquel empleo sólo era un entretenimiento para ella y él tenía que recordar que no podía hacer ninguna estupidez.

Además, ella le había demostrado que era la persona que necesitaba en el despacho.

Si había acertado con los cambios que habían realizado en el folleto, quizá también tuviera razón en lo que se refería a su forma de vestir. Él nunca había tenido motivos para preocuparse por su imagen. Cuando terminó la universidad, se había puesto a trabajar como profesor de karate porque no se le ocurría qué más podía hacer.

El trabajo no era emocionante y no estaba muy bien remunerado, y aunque él había disfrutado enseñando a los niños, no se imaginaba trabajando en ello de por vida.

Craig, su mejor amigo, le había sugerido que empleara sus conocimientos de karate para ganar dinero de verdad. Habían estudiado la posibilidad de montar un negocio de guardaespaldas en Phoenix, y habían decidido que Mick recibiera algún entrenamiento extra antes de abrirlo. Craig se había ofrecido a

llevarle la contabilidad el primer año.

Mick sólo esperaba que tuviera algunos ingresos para anotar en los libros. Y con Stacy en el despacho, lo veía más fácil.

De regreso a la oficina, pasó por delante de una tienda de ropa para hombres y entró. Iba buscando el tipo de camisa de la que Stacy le había hablado. Al menos, creía que sabía a qué se refería. Pero en lugar de comprársela, decidió que lo mejor era que ella lo acompañara a la hora de la comida y así no se equivocaría.

La idea de vestirse para trabajar le parecía graciosa, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para atraer clientes. Recordó que Stacy lo esperaba en el despacho y aceleró el paso. Se detuvo un momento para comprar algo de beber y que Stacy no pensara que era un mal jefe. Pidió un café granizado y unas galletas.

Al acercarse a la oficina, oyó que ella estaba hablando por teléfono y no pudo evitar escuchar unos instantes antes de decirle que ya estaba allí.

—Es muy bueno —decía ella—. Deberías ver todos los premios de artes marciales que ha ganado. Te aseguré que yo no tendría problema en confiarle mi vida —se rio—. Eso tampoco hace ningún daño. Nada mejor que tener un chico competente y atractivo.

Mick decidió que no debía escuchar más. Los cumplidos que ella hacía sobre su persona le estaban provocando un peligroso efecto. Sintió ganas de entrar en el despacho, tomarla entre sus brazos y besarla, sólo para ver qué sucedería si lo hiciera. No era buena idea. Podía imaginarse la conversación que tendrían Stacy y Holly después de algo así.

Cuando entró en el despacho, se fijó en que Stacy se había quitado la chaqueta y que el vestido sin mangas resaltaba su cuello largo y tentador.

Pero no podía pedirle que se pusiera la chaqueta otra vez. Miró el termostato y vio que ella no lo había tocado, probablemente para que no se gastara dinero en aire acondicionado. Al diablo con el dinero. Tenía que conseguir que se tapara. Como tenía las manos ocupadas, bajó la temperatura con el codo y después se acercó al escritorio para dejar las cajas de los folletos, el granizado y las galletas.

—Estoy segura de que estará dispuesto a hacer una demostración —dijo Stacy, y le sonrió—. Quizá esta misma semana.

¿Una demostración? Mick sintió un nudo en el estómago. Una cosa eran los torneos y otra demostrar sus habilidades frente a un grupo de gente del club de campo. Comenzó a mover las manos para indicarle a Stacy que no estaba

dispuesto a hacer nada de eso.

—Te impresionará —dijo ella, y frunció el ceño al ver a Mick—. Mira, tengo otra llamada, si me esperas un segundo, enseguida estoy otra vez contigo —apretó el botón para dejar la llamada en espera y miró a Mick—. ¿Qué?

—¿Qué quieres decir con una demostración?

—Es una forma excelente de demostrar tus habilidades —volvió a apretar el botón del teléfono—. ¿Samantha? Perdona. Es evidente que se ha corrido la voz sobre Mick Farrell. Como te iba diciendo, ver a Mick en acción es maravilloso —giró la silla para ponerse de espaldas a él.

Mick rodeó la mesa y dijo en voz baja:

—No quiero hacerlo.

—Maldita sea, Samantha. Tengo otra llamada. Enseguida estoy contigo —apretó el botón y miró a Mick enfadada—. No me lo estás poniendo nada fácil, ¿sabes?

—¿El qué? ¿En qué diablos me estás metiendo? No quiero demostrar nada delante de nadie.

—No seas tonto. No será nada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—De acuerdo, no le prometeré nada a Samantha. Deja que termine con ella y hablaremos de ello.

—Desde luego que hablaremos de ello. ¿Y quién es Samantha?

—La coordinadora de actividades del club al que van mis padres —Stacy recuperó la llamada—. Voy a volverme loca con este teléfono. Tengo que ultimar algunos detalles para poder hacer esa demostración, así que te llamaré dentro de un rato, ¿de acuerdo? Bien. Me alegro de hablar contigo. Adiós —colgó el teléfono y miró a Mick—. No seas cabezota. Es una buena idea que enseñes a la gente lo que sabes hacer.

—No estoy de acuerdo. Además, ¿cómo se supone que voy a enseñárselo? No puedo salir y dar unas patadas. Necesito un contrincante, y no quiero...

—Ya he pensado en ello. Puedes utilizarme a mí.

—¿A ti? —se rio—. Nadie va a creer que supones una amenaza para mí.

—También he pensado en eso —se echó hacia delante y rebuscó en su bolso.

Al inclinarse, se abrió el cuello de su vestido y Mick pudo ver... demasiado. No debería haber mirado. No debería pensar en cómo sería acariciar esos bonitos pechos.

Stacy se movió deprisa y él estaba tan absorto en lo que estaba viendo que, antes de que se diera cuenta, ella lo agarró por la cintura y apretó algo duro

contra sus costillas.

Él la miró a los ojos. Se sentía completamente desorientado.

—¿Stacy?

—Haz lo que digo —dijo ella—, o una bala te atravesará el cuerpo.

Stacy disfrutó al ver la cara de asombro que tenía Mick. Tratando de mantener la expresión de asesina para no reírse, esperó a ver el brillo del miedo en su mirada. Después de todo, él no sabía si la pistola era de verdad o de juguete.

Sin embargo, después de la sorpresa inicial, Mick la miró con calma y le dijo:

—Dispárame.

—¿Que te dispare?

—Sí. Atraviésame con una bala, como has dicho que harías si no colaboraba.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás loco? Se supone que no debes decirle a nadie que te dispare cuando tienes una pistola en las costillas —tuvo que concentrarse en lo que estaba diciendo porque, en realidad, sólo era consciente de que lo estaba abrazando.

Aquella era la primera vez que lo rodeaba con el brazo desde que eran adultos. Su cuerpo era firme y cálido. De hecho, a menos que estuviera equivocada, le daba la sensación de que la parte de su cuerpo que se encontraba por debajo del cinturón de cuero estaba cada vez más firme. Interesante.

Ella también estaba cada vez más caliente y estaba segura de que, si él la abrazaba, podrían pasarlo muy bien.

—¿No deberías utilizar una de tus llaves de karate para neutralizar la situación? —preguntó ella.

—Demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir? ¿No eres cinturón negro?

—Sí. Pero mientras tenga una pistola que puede estar cargada en las costillas, no puedo arriesgarme a utilizar el karate para desarmarte. Puede que no me mueva lo bastante deprisa como para evitar la bala.

—Ah —así que tendría que pensar otra jugada para la demostración. Se preguntaba qué le habría hecho perder la concentración. Quizá la clave estuviera en lo que le sucedía debajo del cinturón—. ¿Y no puedes hacer

nada?

—Estoy haciendo algo.

—¿De veras?

—Sí. Te estoy observando de cerca. Si me das la oportunidad, la aprovecharé, si no, trataré de suavizar la situación.

—Creía que serías capaz de desarmarme de algún modo.

—Sólo si te despistas. Pero te lo advierto, Stacy, estás jugando a un juego peligroso. ¿La pistola está cargada?

«¿Cuál de ellas?», pensó Stacy, y se mordió el carrillo para no reírse.

—¿Por qué? ¿Tienes una pizquita de miedo?

—Es difícil tener miedo de un atacante que utiliza palabras como «pizquita». Pero estoy preocupado. Las pistolas cargadas no son para jugar. Si esto es una broma, y supongo que lo es, espero que no estés jugando con un arma cargada.

Stacy decidió no contarle que la pistola era de mentira para poder divertirse un rato más. Lo miró y puso en práctica un gesto sexy que le había enseñado un profesor de teatro.

Separó los labios, sacó la punta de la lengua y se lamió el labio inferior.

Los ojos de Mick se oscurecieron y, al verlo, Stacy se acarició el labio superior.

Mick comenzó a respirar de forma acelerada.

—Stacy, no sé lo que tratas de demostrar, pero...

—¿Has hecho alguna vez el amor a punta de pistola?

Sus ojos brillaron de deseo.

—No. Además, sé que todo esto es una broma.

—¿Lo es? —le tocó el bulto que tenía bajo los pantalones.

—No se puede culpar a un chico por tener una reacción normal.

—Pero podría estar a punto de dispararte —susurró—. ¿No te excita la emoción y el peligro?

—No. No creo que estés a punto de dispararme.

—Peor no estás seguro, ¿no es así? No sabes si la pistola está cargada o no. Creo que eso te excita —volvió a rozarle la bragueta.

—¿Por qué haces esto? —comenzaba a sonar desesperado.

—Oh, quizá por todos esos años en lo que me trataste como una niña idiota que no merecía tu atención.

—Créeme, sí te prestaba atención.

—¿De veras? —se dio cuenta de que le temblaba la voz y se acercó más a

él.

—Por favor, Stacy. Has estado pavoneándote durante años a mi alrededor. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—¿Por qué iba a pensar eso? Nunca hiciste nada al respecto.

Él soltó una carcajada.

—Y si lo hubiera hecho, le habrías contado todos los de talles a mi hermanita. No, gracias.

—No le habría contado nada a Holly.

—Ya.

—¡No lo habría hecho! No le conté lo de Cassandra ¿no?

—Eso era diferente. Sabías que, si lo contabas, me metería en un gran lío. Pero nada te habría impedido contar todo lo que hubiera pasado entre nosotros.

—Nada excepto la decencia. La consideración. Si quieres una palabra mejor: «clase».

—Sí, cuestión de clase. Gracias por recordármelo. Sabía que había otro motivo por el que nunca intenté nada contigo, como verás, mi cerebro no funciona muy bien.

Ella lo miró confusa.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de cuando tú no hacías nada y yo me pagaba los estudios sirviendo mesas. Estoy hablando de cuando tú conducías un Beemer y yo apenas podía costear las ruedas.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que no me pediste salir porque tenía más dinero que tú? —estaba tan enfadada, que le clavó aún más la pistola—. ¡Ojalá estuviera cargada!

—Ajá —Mick metió la mano entre ambos, agarró el cañón de la pistola y la retorció para arrebatársela.

—Eres un canalla —dijo ella, y dio un paso atrás—. Me alegro de que tu hermana no tenga los mismos prejuicios que tú porque, si no, no habría sido mi mejor amiga.

—No es tan importante para las chicas —miró la pistola que tenía en la mano.

—¿Por qué no? Holly no podía permitirse un vestido de diseño para ir al baile del instituto, pero eso no impidió que su novio y ella quedaran con Alex y conmigo para ir juntos.

—¿Qué Alex?

—Alex Connelly, otra persona a quien no le preocupaba que yo fuera demasiado rica.

—¿Fuiste al baile con Alex Connelly? Oh, Stacy, no deberías haber hecho tal cosa.

—No sé por qué no —no estaba dispuesta a contarle que se había pasado toda la noche tratando de librarse de él—. Lo pasamos estupendamente.

—No es cierto. No eres de esa clase de chicas.

—¿Cómo sabes qué clase de chica soy? Nunca te molestaste en descubrirlo. Mick levantó la pistola.

—Eres el tipo de chica que gasta bromas con un juguete a un cinturón negro, y eso no te hace la más lista. Has tenido suerte de que te haya visto fruncir la boca y supiera que tratabas de no reírte.

Ella se contuvo para no lanzarle algún objeto.

—No te has dado cuenta de que fruncía la boca. Creías que era una pistola de verdad e incluso pensabas que podía estar cargada. Además, dijiste que no podías hacer nada una vez que te tenía en esa posición.

—De hecho, estaba convencido de que la pistola no estaba cargada y podía haberme arriesgado a desarmarte antes. Pero quería asegurarme de no hacerte daño en el proceso.

—Ya, claro —se colocó al otro lado del escritorio—. No querías hacer nada al respecto porque te lo estabas pasando muy bien —dijo ella, señalándolo con un dedo—. Porque te he excitado, don No-salgo-con-chicas-ricas.

—No ha sido más que un reflejo.

—Un reflejo inadecuado ¿no? Porque no quieres admitir que, cuando te acercas a mí, sufres una erecc...

—¡Hola, amigos! —Craig, el amigo de Mick, asomó la cabeza por la puerta—. ¡Guau! ¿Qué pasa con el aire acondicionado?

—Stacy...

—Stacy quería ver tu pistola —dijo Craig—. Por supuesto. Hola, señorita Stacy Radcliffe, la estrella de Broadway —hizo una reverencia.

—Hola, Craig —ella notó su reacción. Nunca habían superado el hecho de que él había querido salir con ella y ella no había aceptado. Aunque era un chico agradable y a muchas mujeres les parecía que su cabello pelirrojo y sus pecas eran adorables, a ella no la excitaba. Por desgracia, Mick sí.

—¿Y cómo es que has venido a visitar la oficina de Farrell's Personal Bodyguard Service? —preguntó Craig—. ¿Necesitas un guardaespaldas?

—No, de hecho estoy...

—Stacy va a trabajar atendiendo el teléfono durante una temporada —dijo Mick.

Ella deseaba no necesitar tanto aquel trabajo para poder decirle lo que podía hacer con su teléfono. Durante todo ese tiempo había pensado que él la evitaba por Holly, cuando el verdadero motivo era que su ego no le permitía salir con una mujer más adinerada que él. Pero no estaba dispuesta a contarle cuál era su situación económica.

—Si no te llama nadie aparte de tu hermana, tu madre y yo. Ah, ¿y tu padre no te llamó una vez también?

Mick se frotó la nuca.

—Ayer recibí una llamada de verdad.

—¿De veras? ¿De quién?

—De Cassandra Oglethorpe.

Craig silbó con énfasis.

—Eso significa dinero, amigo. Un chico de mi empresa se encarga de sus impuestos, y a juzgar por el vino que le manda en Navidad, creo que está forrada. ¿Puedes decirme lo que necesita? ¿O es información privilegiada?

—Lo siento, no puedo decírtelo —dijo Mick—. Sólo te he dicho su nombre porque, como contable, lo verás de todas maneras.

Stacy se fijó en que se había sonrojado ligeramente, pero dudaba de que Craig se hubiera dado cuenta porque era evidente que él no sabía nada acerca de los pormenores del caso. Le sorprendía que Mick no le hubiera contado a su mejor amigo la aventura que había tenido con Cassandra. Después de todo, Craig no lo habría traicionado.

Al parecer, sólo Cassandra, Mick y ella sabían lo que sucedió en el aparcamiento aquella noche. Estaba claro que Mick no quería manchar la reputación de Cassandra y por eso no se lo había contado a nadie. Eso decía mucho de él.

También dejaba ver lo discreto que era con sus asuntos personales.

—Así que tienes una clienta rica —dijo Craig—. Eso está bien. Enhorabuena. Si se corre la voz, puede que tu negocio se convierta en algo extraordinario.

Mick miró a Stacy.

—Um, Stacy también tiene algunas ideas al respecto —dejó la pistola de juguete y agarró un folleto.

—Sabes, esa .45 me está poniendo nervioso —dijo Craig—. Creía que

tenías una .38 porque pensabas que era suficiente. Pero si durante la primera semana ya te has pasado a una .45, a finales de año tendrás una AK-47.

Mick miró la pistola.

—Ah, no es de verdad.

—De acuerdo. Bien. Eso me tranquiliza pero, ¿por qué estabas jugando con ella?

—La he traído yo —dijo Stacy—. Pensé que Mick y yo podíamos utilizarla cuando hiciéramos las demostraciones por la ciudad.

—Eso es —dijo Mick—. No creo que...

—¿Demostraciones? —preguntó Craig asombrado—. No puedo creer que hayas convencido a Mick para que haga demostraciones.

—No lo ha hecho —dijo Mick—. Apenas puedo sobrevivir con este folleto nuevo, pero he de admitir que en la imprenta ha causado sensación, así que puede que sirva de algo.

—Déjame verlo —Craig le quitó el folleto y miró la foto—. Eh, recuerdo esto. Es del torneo de L.A. donde ganaste todo lo que se podía ganar.

—Es una forma clara de resaltar sus habilidades —dijo Stacy.

—Si el color no te deja ciego —Craig miró a Stacy—. ¿Ha sido idea tuya?

—Sí.

—Odio tener que admitirlo, pero creo que tenía razón. El otro folleto era aburrido.

Stacy se sorprendió de que hubiera salido en su defensa.

—Yo te ayudé con ese folleto aburrido, amigo —dijo Craig—. Dijiste que querías algo sencillo y profesional.

—Quizá me equivoqué. Lo descubriremos cuando distribuya estos folletos.

—Si funciona, lo aceptaré —dijo Craig, y dejó el folleto sobre la mesa—. Pero no olvides que Cassandra Oglethorpe te llamó gracias al folleto aburrido que diseñamos juntos.

—Cierto —Mick miró a Stacy como si esperara que ella contradijera a Craig.

—No será malo tener dos tipos de folletos —dijo ella.

—No, supongo que no —dijo Craig.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí? —preguntó Mick.

—El hambre. Pensé que te apetecería acompañarme a comer un sándwich. Stacy también es bienvenida, por supuesto.

Ella dudaba de que fuera así.

—De acuerdo —dijo Mick—. ¿Quieres venir con nosotros, Stacy?

A ella le habría gustado acompañar a Mick a comprarse una camisa más sexy pero, desde luego, no iba a sacar el tema delante de Craig.

—Gracias, pero no tengo mucha hambre —dijo ella. Se fijó en el café y las galletas que había sobre la mesa—. ¿Eso era para mí?

—Sí —Mick parecía incómodo, como si no quisiera que Craig se diera cuenta de que había tenido detalles con ella—. Lo compré al regreso de la imprenta. Pensé que quizá necesitaras un aperitivo.

—Estupendo. Me lo comeré mientras hago unas llamadas. Vosotros marchaos.

—¿Quieres que te traigamos algo de comer? —preguntó Mick.

—No, gracias —recordó la tienda donde su madre solía comprar comida francesa preparada. Stacy no podía pagársela en aquellos momentos, pero no estaba dispuesta a contárselo a Mick—. Si me entra hambre, llamaré a Antoine's para que me traigan algo.

—Ah —dijo Mick—. De acuerdo. Entonces, hasta luego.

—Adiós, Stacy —dijo Craig—. Si hablas con Antoine, dale recuerdos míos. Yo me encargo de sus impuestos.

—Le diré que le mandas un saludo —mientras esperaba a que se marcharan, Stacy se preguntó si Craig creería que ella lo había rechazado muchos años atrás porque él no provenía de una familia adinerada. Ése no había sido el motivo, pero si Mick pensaba de esa manera, era posible que Craig también lo hiciera. Además, no era cierto que ella sólo hubiera salido con chicos de clase alta.

¿O sí lo era? Si lo pensaba bien, todos con los que había salido provenían de buena familia. Pero esos habían sido los únicos que le habían pedido salir, a excepción de Craig. Los había conocido en el club de campo o en las fiestas que organizaban sus padres.

Sin embargo, sus mejores amigas provenían de diferentes clases sociales y nunca pareció importar demasiado.

O quizá a ella le parecía que no era importante. Se preguntaba si a aquellas chicas les había molestado que llevara ropa de diseño y que se fuera de vacaciones a Europa con su familia.

Descolgó el teléfono y llamó a Holly a la librería. Holly era la única persona que sabía que ya no era rica y con ella podía hablar del tema.

Esperó a que la persona que contestó el teléfono fuera a avisarla.

—Hola, soy Holly Farrell. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Te molestaba que yo tuviera dinero cuando íbamos al instituto? —

preguntó Stacy directamente.

—¿Por qué? ¿El idiota de mi hermano te ha dicho eso?

—No. Me ha dicho que a a él sí le molestaba. Bueno, no con esas palabras, pero eso era lo que quería decir. Así que me puse furiosa y deseé tener una pistola de verdad en lugar de una de mentira. Después, me he puesto a pensar que a lo mejor...

—Espera. ¿Qué pistola? ¿Qué estáis haciendo?

—Le apunté con una pistola para enseñarle que él y yo podíamos hacer demostraciones de karate en sitios como el club de campo al que van mis padres.

—No.

—Sí. Y él se creyó que la pistola era de verdad, por mucho que diga.

—¡Guau! Eso ha sido una broma peligrosa. ¿Qué hizo él?

—Bueno, él... —Stacy se calló a tiempo. Por mucho que le hubiera gustado describir la reacción de Mick, no podía hacerlo. Por eso mismo Mick no quería liarse con la mejor amiga de su hermana pequeña—. Actuó con calma y de manera controlada, a pesar de que yo tenía lo que él creía que era una pistola cargada contra sus costillas. Después, cuando me dijo lo de que era una niña rica, yo me enfadé y le dije que ojalá la pistola estuviera cargada. Fue entonces cuando me la arrebató.

—El entrenamiento de karate le ha servido de mucho —dijo Holly—. Y menos mal, teniendo en cuenta dónde se ha metido. Mis pobres padres todavía se lo echan en cara. Querían que de niño aprendiera karate para que dejara de correr riesgos estúpidos y va y aprovecha su entrenamiento para convertirse en guardaespaldas.

—¿No se alegran por él?

—No. Ahora están deseando que se case pronto, porque los hombres casados suelen tener más cuidado. En cualquier caso, has tenido suerte de que no te rompiera el brazo cuando pensaba que la pistola era de verdad. No deberías bromear con él, Stacy. En serio.

—Posiblemente tengas razón. De todos modos, hemos cambiado de tema. ¿Te molestaba mi manera de vestir y que fuera de vacaciones a Europa?

Holly hizo una pausa.

Stacy supo la respuesta.

—Sí te molestaba. Cielos, Holly, no tenía ni idea. ¿Era insufrible? ¿Iba alardeando de mi dinero delante de todo el mundo?

—No, no lo hacías. Eras discreta. El problema era mío, y aprendí mucho

sobre la envidia. Pero yo te quiero. Te quería antes, cuando tenías dinero, y no voy a quererte menos ahora que no lo tienes.

Stacy sintió un nudo en la garganta.

—Stacy, ¿estás bien? Mira, eras maravillosa a pesar de tener tanto dinero. Compartiste conmigo muchas experiencias que yo no habría tenido de otra manera. ¿Sabes qué? No me molestaba. A veces deseaba que yo también pudiera ponerme un vestido de la mejor tienda de Scottsdale y comprarme todo lo que quisiera. O que mi padre me comprara un deportivo rojo. Solía desear ese tipo de cosas.

Stacy se aclaró la garganta.

—Gracias por estar a mi lado, Holly, aunque a veces fuera difícil para ti.

—No era tan difícil. Créeme. Me gustaba cuando tus padres me llevaban a Aspen contigo. Escucha, tengo que seguir trabajando. ¿Quieres que hagamos algo más tarde?

—Sí. Quiero que me ayudes a escoger una camisa para tu hermano.

—¿Vas a comprarle una camisa? ¿Eso tiene algo que ver con el asunto de la pistola?

—Más o menos. Te lo explicaré cuando te vea.

—No puedo esperar. Adiós.

—Adiós, y gracias por ser mi amiga.

Cuando Stacy colgó el teléfono hizo otra llamada para asegurarse de que tenía crédito en su tarjeta. Tenía que ser muy cuidadosa y trataba de no utilizarla apenas. Pero había cosas que no podían esperar. Y una de ellas era comprar una camisa sexy para Mick.

Cuando llegaron al ascensor, Craig le preguntó a Mick:

—¿Por qué diablos has contratado a Stacy Radcliffe para contestar el teléfono? Si de veras necesitabas a alguien que lo hiciera, que lo dudo, yo podría haberte encontrado al menos diez personas ¡más cualificadas y que necesitan un trabajo de verdad!

—Lo sé —Mick se preguntaba si debía de contarle a Craig lo de Cassandra Oglethorpe. Siempre se había preguntado si el error que había cometido de adolescente, lo perseguiría durante años, y parecía que así era.

Pero él no quería contarle a Craig lo de Cassandra. Además, la mujer a quien le había acariciado los pechos era su primer cliente. Lo había contratado para un caso y contarle a Craig lo que había sucedido con ella en el pasado no era una manera muy buena de agradecerse.

—¿Has oído lo que acaba de decir Stacy? —continuó Craig—. Va a encargar comida en Antoine's. No sé cuánto le pagas, pero dudo que en un día gane suficiente como para pagar una comida en Antoine's. Es una locura, Mick.

—Lo sé —dijo él—. Pero tiene buenas ideas.

—El folleto todavía hay que ponerlo a prueba, y no te imagino haciendo demostraciones en el club de campo. Sé que el negocio ha empezado muy despacio, pero era de esperar. Y ves, te ha contratado Cassandra Oglethorpe. Eso es sólo el comienzo. No necesitas ir por ahí haciendo demostraciones. Además, ¿cómo puede ayudarte Stacy? ¿Sabe karate?

—No.

—Y hay mucho papeleo que hacer a la hora de contratar a un empleado, ¿lo sabes? Estaba pensando en contratar un plan de pensiones simplificado para empleados pero, si lo hago, tendré que incluirla a ella. Eso sí que es una broma, vas a contribuir a la pensión de jubilación de Stacy Radcliffe.

A Mick comenzó a dolerle la cabeza. Odiaba las complicaciones y cada vez tenía más.

—No sé nada acerca de lo que hay que hacer cuando se contrata a un empleado. Nunca he tenido uno.

—Ahora tampoco deberías tenerlo. Existe un invento maravilloso: el

contestador automático. También hay otra manera de hacerlo. Podrías comprarte un teléfono móvil. ¡Para eso no hace falta rellenar ningún impreso! ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé —a menos que le contara su historia con Cassandra, no tenía manera de explicar su comportamiento—. Mira, Holly la envió aquí y, bueno, siempre me ha parecido muy mona.

—Ahhh —Craig se apoyó en la pared del ascensor—. Por eso no puedo culparte. Como sabes, a mí también. Pero no sale con chicos como nosotros. Y para empeorar las cosas, ahora que trabaja para ti, te arriesgas a que te denuncie por acoso sexual si mal interpreta algo que hagas o digas.

—Oh, cielos —dijo Mick. No creía que Stacy lo denunciara si él intentaba algo con ella—. La cosa es que quiere que le enseñe karate.

—Ya —asintió Craig con cierta envidia—. Tú, sensei, ella saltamontes.

—Algo así —se abrieron las puertas del ascensor y salieron del edificio. Mick ya no tenía hambre.

—Así que entretanto has pensado que podrías aprovechar la oportunidad e intentar algo con la estupenda señorita Radcliffe.

Mick aceleró el paso.

—¿Sabes qué? Lo más probable es que no. Porque tienes razón, podría meterme en un juicio por acoso sexual. Hay pocas posibilidades de que ella se líe con hombres como nosotros, así que tendría que enfrentarme al rechazo o a algo peor. ¿Y para qué? Además, aprovecharme de ella mientras le enseño karate sería poco profesional. Sería desacreditar mi dojo.

—Y no queremos que sea así —dijo Craig—. No importa que nos arruinemos. Mantener el honor del dojo es mucho más importante. Eh, ¿puedes ir más despacio? Hace mucho calor.

—Oh. Sí. Lo siento —Mick aminoró el paso.

—Y ahora que ya hemos decidido que contratar a Stacy ha sido un error garrafal, ¿vas a despedirla cuando regreses al despacho?

—No puedo hacer eso —buscó un motivo con el que pudiera convencer a Craig—. Holly me mataría si la despidiera tan rápidamente.

—Pero tarde o temprano la despedirás.

—Sí. Tan pronto como pueda. Entretanto, puede que haga caso de algunas de sus ideas. Quiere que vista de otra manera.

—¿Cómo?

Mick abrió la puerta de la cafetería y agradeció que hubiera aire acondicionado.

—Cree que debería comprarme una de esas camisas sin cuello en color negro. Y que sea apretada para mostrar mis... bueno, para que la gente vea mis...

—¡Tu musculatura! —se rio Craig.

—¿Podrías hablar más bajito? —Mick miró a su alrededor confiando en que no hubiera nadie conocido.

—Odio decir esto, pero me temo que en eso tiene razón —Craig se puso en la cola para pedir—. Con esa camisa que llevas pareces más un contable que un guardaespaldas.

—¿Y qué me dices de Kevin Costner en la película esa que hacía con Whitney Houston?

—No eres ese tipo de guardaespaldas. Él era famoso y tenía todo tipo de aparatitos y herramientas. Juguetes de vigilancia. Parecía más del servicio secreto, y por eso vestía así. Pero contigo, la gente tiene que imaginarse que ha contratado a Bruce Lee o a Chuck Norris. Creo que Stacy tiene razón. Necesitas cambiar de aspecto.

Mick se alegraba de que Stacy se hubiera ganado al menos un punto a favor.

—Ella sabe ese tipo de cosas porque ha tenido experiencia en Broadway. Sabe cómo hay que promocionarse.

—Sí, bueno, no veo que eso sea un motivo para mantenerla contratada cuando ya hayas sacado el negocio adelante. En cualquier caso, pide tu sándwich. Eres el siguiente.

Mick dejó el tema hasta que Craig y él se sentaron en una mesa.

—Prometo que no será una empleada permanente —dijo Mick. Necesitaba que Craig aceptara que ella trabajara en el despacho durante una temporada. Después de todo, había sido él quien lo había empujado a montar el negocio y quería que estuviera contento.

Craig dio un bocado y dejó el sándwich en el plato.

—Es una pena que la hayas contratado. Aunque supongo que se cansará pronto. Sabes que lo hace sólo para entretenerse.

—Estoy seguro de que tienes razón, pero está dispuesta a trabajar por el veinte por ciento de lo que le cobre a Cassandra Oglethorpe. Ya he aumentado en un veinte por ciento lo que voy a cobrarle a Cassandra, así que no pierdo nada, excepto lo de la pensión que mencionaste antes. Maldita sea, ¿tengo que ocuparme del seguro médico y todo eso?

—Puede ser —dijo Craig, mirándolo de forma impasible.

—Maldita sea.

—¿Estás seguro de que no tienes intención de que esta relación vaya más allá del despacho? No te culparía por quererlo, pero sería arriesgado para el negocio y, a nivel personal, no tendría salida.

—Estoy seguro.

Mick no había estado tan seguro cuando ella lo había tratado de seducir humedeciéndose los labios. En aquellos momentos, él había fantaseado con besarla en la boca y había imaginado quitarle el vestido de verano para besarle el resto del cuerpo. Y lo peor era que había descubierto que el peligro lo excitaba.

Siempre había sabido que aquello era lo que le había atraído de Cassandra. Ella era quince años mayor que él y, aunque era bastante atractiva, no era guapa. No tenían nada en común, y no era el tipo de mujer que a él le gustaba. Mick nunca se habría sentido atraído por la proposición que ella le hizo en el instituto si el plan no hubiera sido algo peligroso.

Por supuesto, aquel día no esperaba que lo pillaran, igual que tampoco esperaba que Stacy le disparara. Lo que le gustaba era exponerse al peligro.

—Sé lo que te pasa —dijo Craig después de darle otro mordisco al sándwich—. Puede que creas que has abandonado la idea de liarte con la señorita Radcliffe, pero yo diría que la posibilidad todavía te ronda en la cabeza. Y te conozco... cuando te implicas con alguien, te implicas de verdad. Aunque ella no te denuncie por acoso, podría destrozarte el corazón antes de que decida regresar a la Gran Manzana.

—Parece que ha abandonado la carrera de baile. Supongo que competir es más duro de lo que ella pensaba —cada vez que Mick recordaba la triste mirada de los ojos marrones de Stacy, sentía un dolor en el pecho—. Me da lástima.

—Oh, cielos. Esto no es bueno. Como hemos hablado miles de veces, eres demasiado sensible.

—Sólo estoy diciendo que cuando uno tiene que abandonar un sueño, entonces...

—De acuerdo —lo interrumpió Craig—. Hagamos un análisis de la realidad. Hay montones de personas en el mundo por las que podrías sentir pena. La dependienta de la tintorería, que es madre soltera y lucha por llegar a fin de mes. Y el chico del estanco, que perdió una pierna en Vietnam. La señora de la limpieza que trabaja en el edificio de mi oficina y que tiene un hijo en la cárcel... Podemos sentir pena por ella. ¿Pero por Stacy Radcliffe? ¿La chica que nada más cumplir los dieciséis años iba en coche descapotable

al colegio? No creo.

—Eh, los ricos también tienen sentimientos.

—Estoy seguro de ello —Craig se limpió la boca con una servilleta y la dejó junto a su plato—. Y pueden ir a terapeutas carísimos para que los ayuden a asimilar esos sentimientos. No necesitan que la gente como tú y como yo sienta lástima por ellos.

—De acuerdo —dijo Mick—. Entonces, olvídate de que he dicho que siento lástima por ella. Stacy está dispuesta a contestar el teléfono durante las próximas semanas y puesto que le he cobrado más a Cassandra, no me costará nada. A lo mejor, puesto que no voy a pagarle nada hasta entonces, puedo evitarme tener que hacer todos los papeleos para regularizarla.

—Puede. Lo miraré.

—Me gusta la idea de tener a alguien contestando el teléfono. Hace que parezca un negocio con clase. Y cualquier otra persona necesitaría que le pagara los días habituales, pero Stacy no necesita el dinero, así que puede esperar a que yo cobre mi primer caso.

Craig asintió.

—De acuerdo. Veo que estás decidido. Mientras no te hagas ilusiones respecto a tener una relación extralaboral, está bien. Lo único que digo es que Stacy es el tipo de mujer que provoca ese tipo de ideas, así que ten cuidado.

—Lo tendré, Craig. Has tenido mucho éxito a la hora de enseñarme a ser prudente.

Craig se rio.

—Lo dudo mucho. Eres muchas cosas, pero prudente no es una de ellas.

—En ese caso, intentaré serlo.

Craig lo miró y dijo:

—Bien.

Stacy no se sorprendió al ver que Mick regresaba solo de comer. Craig no estaría dispuesto a pasar más tiempo en su compañía.

Ella estaba a punto de llamar al club de hípica del que su madre era socia para preguntar si estarían interesados en una de las demostraciones de Farrell's Personal Bodyguard Service, pero decidió colgar el auricular para poder hablar con Mick.

Él se sentó frente a ella y observó los restos del café y las galletas.

—Creí que ibas a encargarte algo de comer.

—No tengo mucha hambre —de hecho cada vez estaba más hambrienta, pero había decidido esperar hasta las cinco. No estaba segura de dónde se encontraba el sitio de comida rápida más cercano y no pensaba preguntárselo. Al día siguiente, se llevaría la comida para ahorrar dinero.

—No debía haberte traído las galletas. Te he estropeado la comida. No es bueno llenarse de dulce y después saltarse la comida nutritiva.

Stacy se echó hacia delante y se apoyó en el escritorio.

—Mick, soy una mujer adulta. Que me hayas traído galletas no significa que tuviera que comérmelas. Sé que estás acostumbrado a cuidar de tu hermana pequeña y que me englobas en la misma categoría que a Holly. Pero yo no soy tu hermana pequeña.

—Soy consciente de ello. Pero por el momento, eres mi empleada y trabajarás mejor si comes bien y no te llenas de dulce. Yo no he ayudado mucho trayéndote las galletas.

—¿Y qué te parece esto? Yo me encargaré de mi comida mientras esté trabajando si tú me prometes no hacer comentarios sobre lo que elija hacer.

Él asintió.

—Me parece bien.

—A Craig no le parece bien que me hayas contratado, ¿verdad?

Mick parecía incómodo.

—Sólo estaba confuso porque creía que en estos momentos no podía permitirme contratar a nadie.

—Y no sabe nada acerca de lo tuyo con Cassandra Oglethorpe, ¿no es así?

—No —la miró—. ¿Qué? ¿Por qué sonríes así?

—Supongo que porque me asombra que hayas protegido a Cassandra durante todos estos años, hasta el punto de no haberle contado a tu mejor amigo lo que sucedió. La mayoría de los chicos no habrían podido desaprovechar la oportunidad de alardear un poco.

—Quizá sólo sea porque estoy demasiado avergonzado.

—¿Delante de otro hombre? Vamos. Ella es una mujer sexy. Te ganarías muchos puntos como macho si les contaras a tus amigos que ella se te insinuó, y no digamos por haberte liado con ella en su coche, y en el aparcamiento del instituto.

Mick se sonrojó y se movió en el asiento.

—¿Podríamos hablar de otro tema? Como por ejemplo... de las demostraciones. No quiero hacerlas.

—Lo suponía —mientras él había ido a comer, ella había pensado la

estrategia. Estaba convencida de que las demostraciones solucionarían dos problemas. Por un lado, Mick saldría del despacho y se daría a conocer ante el público. Por otro, tendría que enseñarle karate—. ¿Qué te parece esto? Hacemos una en el club de campo de mis padres, y si no consigues ningún cliente a partir de ahí, no hacemos ninguna otra.

Él suspiró.

—No paras de hablar en plural, como si fueras a hacerlas conmigo. No tienes ni idea de cuánto has de aprender para estar preparada para algo así. Así que la idea no es tan buena.

—La idea es estupenda. Se te olvida que soy una gran bailarina. Aprenderé más deprisa de lo que te imaginas. Si hoy no llevara este vestido, te demostraría lo bien que se te dará conmigo.

Mick se aclaró la garganta.

—Quizá quieras reformular esa frase.

—Vamos, Mick —Stacy no pudo evitar bromear—. Es más, ¿por qué no cierras la puerta con llave, me quedo en ropa interior y te demuestro lo que sé hacer? Nadie se enterará.

—¡Por supuesto que no! —exclamó y se puso en pie de forma precipitada.

—¿Por qué? ¿Crees que no podrías resistirte a mí si llevara sólo la ropa interior puesta?

Mick había empezado a temblar.

—No es eso.

—Sí lo es —le encantaba provocar esa reacción en él. No estaba segura de qué quería conseguir, pero saber que lo excitaba le parecía maravilloso.

—Tenemos que aclarar algo —dijo él—. Eres mi empleada. Vas a conseguir un contrato y, quizá, algo que se llama pensión simplificada.

—¿Una pensión? No necesito una pensión...

—Puede que tenga que hacerlo. Es la norma.

—Estoy segura de que no tienes que hacerme un ridículo plan de pensiones.

—No sólo eso, sino que probablemente tenga que hacerte un seguro médico y dental, y enfrentarme a todo tipo de trámites burocráticos. La base es que tenemos que hacerlo todo legal. Y eso significa que ese comportamiento que proponías podría convertirse en acoso sexual.

—¿Acoso sexual? Por el amor de Dios. Lo único que iba a hacer era mostrarte algunos pasos de baile.

—No quiero ver ningún paso de baile.

—¿Cómo vas a darte cuenta de que seré una estupenda alumna de karate si ni

siquiera me dejas que te enseñe unos pasos de baile?

Mick suspiró, se cruzó de brazos y miró al techo.

—De acuerdo, te enseñaré karate.

—¡Yupii! —exclamó ella subiendo los brazos—. ¿Cuándo?

—Mañana.

—Estupendo —apenas podía esperar. Cuando él se diera cuenta de que era una gran promesa, comenzaría a considerarla su socia en el negocio—. ¿Qué debo ponerme?

—Te traeré un gi, pero posiblemente quieras ponerte una camiseta blanca debajo. La mayoría de las mujeres lo hacen —se aclaró la garganta—. Es más, asegúrate de que lo haces.

—¿Es una de esas cosas blancas que parecen pijamas? —si era lo que se imaginaba era una prenda que se cerraba con sólo un cinturón. Mick se pondría muy nervioso si ella no se ponía una camiseta debajo.

—Es blanco. Pero si vamos a hacer esto, será mejor que empecemos bien. Llámalo gi no pijama.

Stacy juntó las manos e hizo una reverencia.

—Como usted diga, maestro.

—Sensei.

—¿Qué?

—Llámame sensei. Significa profesor.

—Ah. De acuerdo. Esto se me va a dar muy bien. Espera a verme, sensei. Te vas a quedar de piedra.

Mick sonrió.

—Puede, pero entre hoy y mañana quizá quieras trabajar algo que a lo mejor te resulta extraño, pero que es muy importante para un alumno de karate.

—Claro, lo que sea. Te sorprenderá lo rápidamente que aprendo. ¿Qué es?

Él soltó una carcajada.

—Humildad.

6

—Bueno, ¿y qué tal te va con mi hermano? —preguntó Holly en cuanto se reunió con Stacy en una cafetería del centro comercial.

—Enseguida te lo cuento. Primero tengo que comer —Stacy agarró el burrito que estaba junto a un montón de arroz y dos tacos. Al morder se manchó los dedos y, después de tragar, se los chupó.

Su madre se habría quedado horrorizada con sus modales. Una señorita tenía que utilizar el cuchillo y el tenedor, pero ella no tenía tiempo. Estaba hambrienta. Nunca en su vida había sentido tanta hambre.

Pero tampoco había estado todo un día en un sitio donde no hubiera comida. Durante los ensayos, siempre aparecía alguien con pizzas o sándwiches. En Nueva York era muy fácil encontrar algo de comer.

Había sido en Nueva York donde había aprendido a comer con las manos. En realidad, allí había aprendido a no respetar los modales que le había inculcado su madre. Para poder congeniar con el resto del grupo tenía que comer con las manos y no hacer ascos a la hora de beber cerveza de una botella.

Ése era otro motivo por el que no quería vivir en casa de sus padres. Sus modales no eran tan refinados como solían ser y su madre no lo aprobaría.

Al levantar la vista, vio que Holly la estaba mirando.

—Disculpa mis modales —le dijo—. Pero me muero de hambre —bebió un poco del refresco y empezó con uno de los tacos.

—Ya veo —dijo Holly con una sonrisa.

—Perdona que te mire pero nunca te había visto engullir así. No sabía que contestando el teléfono entrara tanta hambre.

—Mmm —Stacy se terminó el taco y se limpió la boca con la servilleta—. Como llegaba tarde, no he desayunado. Pensé que Mick y yo saldríamos a comprar algo para comer, pero llegó Craig y salieron juntos.

—¿Quieres decir que Mick salió a comer con Craig y no te dejó salir? Eso es imperdonable. Esta noche lo llamaré para darle instrucciones acerca de cómo tratar a una empleada, sobre todo cuando esa empleada es mi mejor amiga. No puedo creer que...

—Ha sido culpa mía —dijo Stacy—. Cuando descubrí que Mick siempre me

había considerado una niña rica y mimada, le dije que encargaría algo para comer en Antoine's. Fue una niñería, pero no pude resistirlo. Por supuesto, no podía pagarlo, así que cuando regresó de comer le dije que no tenía hambre.

—¿Quieres decir que no le has contado que tienes problemas económicos?

—No. Y no quiero que tú se lo cuentes.

—Él no correrá la voz, si eso es lo que te preocupa.

—No, no me preocupa —no dudaba que fuera capaz de guardar un secreto después de cómo había protegido a Cassandra durante todos esos años—. Es sólo que no quiero que sepa lo desesperada que estoy por mantener ese trabajo. Quiero que me contrate porque considere que soy importante para el negocio, no porque sienta lástima por mí —agarró el segundo taco.

—Ah.

Stacy volvió a dejar el taco en el plato.

—¿Qué quieres decir con «ah»?

—¡Nada! Imaginaba que se lo contarías, eso es todo. Si no quieres hacerlo, me parece bien. Te comprendo y estoy segura de que estás haciendo lo correcto —le dijo con una sonrisa.

—Holly, ¿por qué quieres que le cuente a Mick que mis padres han perdido todo su dinero?

—¡No quiero que lo hagas! Sólo pensé que lo harías —Holly removió varias veces la bebida que había pedido, como si fuera lo más importante del mundo.

—Sí quieres que lo haga. Cuando te dije que no pensaba contárselo, te quedaste decepcionada. Casi tan decepcionada como cuando mi padre admitió que te había engañado diciéndote que conocía a Shaun Cassidy en persona.

—Tenías razón acerca de que mi hermano tenía prejuicios acerca de tu dinero. Yo pensé que, si se enteraba de que ya no eres rica, él... um... bueno, los dos...

—¡Lo sabía! —Stacy golpeó la mesa con la mano—. Me enviaste a su despacho porque intentas que surja algo entre Mick y yo.

—Ése no era el único motivo. Él necesita que alguien lo ayude en el negocio y no acepta consejos míos ni de mis padres.

—¿Pero era uno de los motivos? —Stacy fingía estar más enfadada de lo que estaba.

—Está bien. Siempre he pensado que haríais buena pareja. Y no sólo porque seas mi mejor amiga y me gustaría tenerte como cuñada.

—¿Cuñada? ¿Pretendes que nos casemos? Holly, no estoy preparada para

casarme —la idea le daba escalofríos.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... Porque sólo tengo veintiséis años.

—Muchas de las chicas que se graduaron con nosotras se han casado. Algunas incluso tienen hijos. JoAnn Detmar tiene tres.

—Eso me asusta —Stacy comió un poco de arroz. No le gustaba la conversación, pero no estaba segura de por qué.

—¿En Nueva York no había nadie que te hiciera pensar en el matrimonio? ¿Ni siquiera un poco?

—No. Creo que casarse es algo que se hace cuando uno sabe dónde va su vida, y en Nueva York no tenía ni idea de si llegaría a ser bailarina o no. Ahora sé que ése no es mi futuro, pero todavía no sé cuál es —miró a Stacy—. Y desde luego, no quiero casarme y tener hijos porque no se me ocurra nada mejor que hacer.

Holly suspiró.

—A mí tampoco me gustaría que hicieras eso. Pero me hacía ilusión que Mick y tú estuvierais juntos. Él ya no es tan joven. Además, mis padres tienen razón. Si se casara, tendría más cuidado a la hora de correr riesgos. Ahora estáis en la misma ciudad, trabajáis en el mismo despacho... ¿Qué posibilidades hay de que vuelvas a encontrar algo así?

Stacy no pudo contener la risa.

—No tenía ni idea de que estuvieras tan metida en esto.

—Lo sé. Nunca dije nada porque tú parecías muy centrada en la danza y yo sabía que Mick no quería mudarse a Nueva York, así que me parecía imposible. ¡Pero ahora has vuelto! Quería que tuvieras éxito, Stacy. De veras. Pero puesto que no lo has tenido, quizá tenía que ser así: has regresado y mi hermano sigue soltero.

Stacy odiaba tener que estropear la fantasía de Holly. Su amiga siempre había tenido mucha imaginación.

—Veo que no te crees nada de esto —continuó Holly—. Pero te digo que funcionaría. Primero está Mick, tímido en apariencia pero en realidad tiene una vena salvaje que no todo el mundo sabe manejar. Y luego tú, justo lo contrario, audaz en apariencia y tímida en realidad.

—Nunca me habías dicho que me veías así.

—No estaba segura de verte así hasta que viniste a casa y admitiste que no tenías lo que hacía falta para alcanzar la fama en Broadway. Fue entonces cuando me di cuenta de que detrás de una actriz que parecía muy segura se

escondía una mujer tímida.

Stacy respiró hondo.

—Me pregunto cómo me has aguantado todos estos años. Entre mi dinero y mi ego, he debido de ser insoportable.

—¡No lo eras! —Holly agarró la mano de Stacy y la apretó—. Eras divertida, emocionante y generosa. Quizá me sintiera un poco intimidada, y celosa. Pero me sentía orgullosa de que fueras mi amiga —sonrió—. Eras mi ídolo.

—¡Vaya!

—Todos los adolescentes necesitan uno. Tú tenías la fama y el dinero y yo tenía a ti. Mick tenía sus deportes y sus chicas. Todos tratábamos de ser famosos o, en mi caso, la mejor amiga de una famosa. Mick y tú no habrías podido salir juntos hace siete y ocho años, pero ahora... —le soltó la mano—. Ahora creo que sí podríais.

—¿Cómo? Acabas de decirme que somos justo lo contrario.

—Empleé la palabra equivocada. Lo que quería decir era que os complementaríais. Ya sabes, donde él es débil, tú eres fuerte, y viceversa.

La conversación era demasiado intensa para Stacy.

—Creo que has pasado demasiado tiempo en el pasillo del género de autoayuda de la librería. Además, Mick me ha dejado claro que mientras trabaje para él no habrá nada de líos. Cree que podría denunciarlo por acoso sexual.

Holly se rio.

—Ya. Me apuesto a que te ha dicho eso después de comer con Craig.

—Cierto.

—Ese chico está paranoico. ¿Le has dicho a mi hermano que eso es ridículo?

—Más o menos. Puede. Pero no importa porque creo que no confía en mí.

Holly la miró un instante.

—Cuéntale tu situación. Estoy segura de que eso servirá para que empiece a confiar en ti.

—No quiero que sienta lástima por mí. Ya es bastante malo haberle dicho que fracasé como bailarina profesional. Me miró con cara de pena y yo deseé haberme callado. Preferiría que sospechara de mí a que me tuviera lástima.

—De acuerdo. Pero te lo advierto, Stacy Radcliffe, si termino teniendo una cuñada insoportable porque no colaboraste en el momento adecuado, yo...

—¿Quién está paranoica? —dijo Stacy—. Craig y tú sois una buena pareja.

Holly se sonrojó.

Stacy la miró y sonrió.

—Eh, ¿he adivinado algo sin querer?

—Hemos salido un par de veces —dijo Holly—. Nada serio. No se lo hemos dicho a Mick porque, como sabrás, mi hermano es insoportable en lo que se refiere a los chicos con los que salgo. Quiero ver si esto va a algún sitio antes de contárselo a Mick. Y Craig, el rey de la paranoia, está de acuerdo conmigo.

—Mis labios están sellados. Pero creo que está muy bien —de pronto, tuvo una idea—. ¿Por eso estás tan interesada en que me case? ¿Porque tú tienes ganas?

—¡No! —Holly estaba aún más avergonzada—. Casarme es lo último que tengo en mente.

Stacy no estaba segura de si podía creerla pero aceptó la respuesta.

—Bien, porque las dos somos demasiado jóvenes para pensar en eso. No me importa lo que haya hecho JoAnn Detmar. Nosotras somos diferentes.

—Completamente.

«No ha sido muy convincente», pensó Stacy. Quizá para Holly había llegado el momento de encontrar pareja, pero no para ella.

—Tú te has independizado hace algún tiempo —le dijo—, pero yo no. Todos estos años me han mantenido mis padres y creo que ya ha llegado el momento de decir basta. Ahora, como ya no tenemos dinero, soy libre —colocó la mano sobre el brazo de Holly—. Me encantaría ser tu cuñada, Holly, y me encanta que quieras que lo sea. Pero la idea del matrimonio... —se estremeció—. No la soporto. Y menos cuando estoy a punto de echar a volar.

—Oh —Holly parecía decepcionada—. Creo que comprendo lo que quieres decir.

—Eso no quiere decir que el matrimonio no sea perfecto para ti.

—¿Para mí? No estoy tan segura. También valoro mucho mi libertad.

—Quizá no tanto como yo —dijo Stacy.

Holly la miró durante largo rato.

—No, puede que no.

Aquel fue un momento aleccionador para Stacy. Había estado inmersa en el mundo del espectáculo durante seis años y, de algún modo, pensaba que en Phoenix el tiempo no había pasado. Sin embargo, la gente que conocía, hasta su mejor amiga, había ido avanzando hasta la siguiente etapa de la vida.

Cuando creía que se convertiría en una estrella de Broadway, imaginó que

tendría una serie de tórridas aventuras, pero que nunca haría nada tan tradicional y aburrido como casarse y tener hijos. Puesto que no estaba destinada a ser una estrella, quizá tendría que casarse algún día.

Pero aún no era el momento. Por primera vez en la vida era independiente, y quería disfrutarlo. Aquel trabajo con Mick era una buena manera de comenzar.

—Vamos —le dijo a Holly después de recoger la bandeja—. Vamos a buscar una camisa sexy para tu hermano.

Mick llegó a la oficina con el tiempo suficiente para ponerse el gi y convertir el pequeño despacho en un dojo temporal. Por suerte, un chico de mantenimiento subió en el ascensor con él y Mick le pidió ayuda para mover el escritorio contra la pared. De ese modo consiguieron crear un espacio abierto, aunque Mick habría preferido más sitio.

Cuando llegó Stacy, un poco antes de las nueve, él ya había hecho una serie de calentamientos y había liberado un poco de tensión. Nada más mirar a Stacy, la tensión aumentó.

—¡Guau! Tienes un aspecto serio —dijo ella.

—Ésa es la idea.

Y ella estaba preciosa, como siempre. Llevaba una minifalda y una chaqueta de color melocotón, con unos zapatos de tacón a juego. Mick se alegraba de haberle comprado el gi más caro. Aquella mujer estaba acostumbrada a llevar lo mejor.

Stacy miró a su alrededor.

—¿Has movido el escritorio tú solo?

—Claro —al darse cuenta de que ella lo había creído, sonrió y le dijo—. No. Me ha ayudado el chico de mantenimiento.

—Podía haberte ayudado yo.

—No sé. Ese escritorio pesa mucho.

—Te crees que soy una chica débil, pero bailar es una actividad dura —se abrió la chaqueta—. ¿Ves? He traído una camiseta blanca, como dijiste.

Mick se fijó en que se había puesto una camiseta ceñida y con escote que resaltaba sus senos. No pudo evitar mirarla fijamente. Ni salivar.

—¿Te parece bien? —preguntó ella.

—Ah, sí —se aclaró la garganta y miró a otro lado. Después, se acercó a la bolsa de deporte que había dejado en el suelo—. Bien. Voy a darte tu gi —«y a intentar controlar mi erección», pensó. Abrió la bolsa y sacó la prenda de

algodón.

—Yo también tengo algo para ti.

Mick se volvió y vio que Stacy tenía una camisa negra sin cuello en la mano. Parecía de seda, y él no quería ni imaginarse lo que podía haberle costado. Si le quedaba bien, tendría que pagársela, y no estaba seguro de que le llegara el presupuesto. Las diferencias económicas que había entre los dos siempre habían provocado que disminuyera su libido. Y en aquel momento, era algo positivo.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—Um, parece cara.

—Bien. Eso era lo que quería —la extendió—. Tienes que estar sexy y parecer próspero. Pero no te preocupes por el precio. Es un regalo.

—No puedo aceptarlo —dijo con orgullo—. Dime cuánto te ha costado.

—Más de lo que tú habrías pagado, pero es la camisa perfecta. Holly me ayudó a elegirla, así que te quedará como un guante —se fijó en lo que llevaba en la mano—. ¿Ése es mi uniforme?

—Sí. Pero respecto a la camisa, dime...

—¿Cuánto te debo por el uniforme?

—Nada, por ahora. Creo que será mejor que decidas primero si te gusta el karate antes de decidir si quieres quedártelo.

Puesto que le había comprado un buen uniforme, Mick no quería que le metiera al fondo del armario cuando abandonara la idea de ser karateca. Entonces, se lo pediría y buscaría a alguien que pudiera utilizarlo. Por tanto, no quería cobrárselo.

—¿Es mío o no?

—Es tuyo mientras quieras aprender karate.

Ella arqueó las cejas.

—Entonces lo tendré durante mucho tiempo. Será mejor que dejes que te lo pague.

—No.

—¿Es un regalo?

—Mira, esto es un uniforme específico. Si abandonas el karate, no habrá motivo para que lo conserves, así que puedes devolvérmelo. Por otro lado, la camisa no es el tipo de prenda que pueda devolvarte.

—Yo no me puedo imaginar devolviéndote el gi. Así que hagamos un intercambio.

—Stacy, no estás siendo razonable.

—¿Que no estoy siendo razonable? ¿Y tú? —sacudió la camisa delante de él—. ¿Sabes cuál es el problema? Todavía estás obsesionado con que tengo más dinero que tú. Como soy rica, no me permites que te compre nada porque eso dañaría tu orgullo. Sin embargo, tú sí puedes comprarme algo para demostrarme que tienes dinero para gastar, igual que yo. Esta situación es ridícula, Mick.

Mick dio un paso adelante y le entregó el uniforme.

—De acuerdo. Trato hecho.

—Estupendo —ella agarró el gi y le dio la camisa—. Me gustaría que te la probaras. Si Holly se equivocó y no te queda bien, iré a cambiarla por otra talla esta noche.

—¿Quieres que me la pruebe ahora? —la única vez que había sentido la suavidad de la seda sobre su piel había sido gracias a la prenda que llevaba alguna mujer cuando se acostó con ella. Por tanto, el material le recordaba a hacer el amor. Nada bueno.

—Creo que deberías probártela antes de sudar. Imagino que haciendo esto se suda.

—Sí, probablemente —«oh, cielos», pensó él. Entre la camisa de seda y la imagen de los pezones erectos bajo la camiseta ceñida que llevaba Stacy, Mick se había olvidado del karate y no podía dejar de pensar en otra actividad que también los haría sudar. Y ella le había sugerido que se desvistiera parcialmente.

—Imaginé que haríamos mucho ejercicio, así que he traído algunas cosas para lavarme un poco en el baño cuando terminemos. Ponte la camisa mientras yo me quito el traje.

—¿Qué? ¡Espera un minuto! —estuvo a punto de tirar la camisa al ver que ella dejaba el gi sobre la mesa y se quitaba la chaqueta—. ¡No hagas eso!

—Tranquilo —dejó la chaqueta en el respaldo de la silla y se desabrochó el botón de la falda.

—Stacy, ni se te ocurra desnudarte en este despacho.

—No voy a desnudarme. Esto no es una camiseta. Es como una malla. Ni siquiera me verás la ropa interior —se quitó la falda.

Mick estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón. Se había olvidado de que en el instituto ella recibía el nombre de Stacy Piernas Radcliffe.

Stacy se agachó para quitarse un zapato y el movimiento hizo que Mick pudiera apreciar más su trasero. Después se quitó el otro zapato. Llevaba las uñas de los pies pintadas. Color melocotón.

Mick nunca había chupado las uñas de los pies de una mujer, pero deseaba chupar aquellas. En un gesto espontáneo y no intencionado, gruñó.

Ella lo miró y le preguntó:

—¿Pasa algo?

—Sí —contestó él con tono severo.

Stacy vio que los ojos de Mick se habían tornado de color azul oscuro a causa del deseo. Él estaba apretando la camisa con tanta fuerza, que tenía los nudillos blancos.

Era evidente que ella lo excitaba. Y seguramente nunca creería que ésa no era su intención. Quería llegar a ser su socia en el trabajo y, en aquellos momentos, la pasión lo estropearía todo.

Por desgracia, la expresión de Mick había provocado que ella también reaccionara. Si él daba un paso más, ella estaría dispuesta a todo.

—Lo siento —dijo ella—. Supongo que he pasado mucho tiempo en el mundo de la danza. En los camerinos todo el mundo iba medio desnudo.

Mick tragó saliva.

—Lo que quiero decir es que nadie piensa nada malo de desvestirse... bueno, no importa —agarró la ropa blanca que él le entregó—. Me pondré esto y terminará el problema —pero como no conocía el uniforme empezó a moverlo entre sus manos temblorosas—. ¿Cuál de las dos cosas es el pantalón?

—La que tienes en la mano izquierda —parecía desesperado.

—De acuerdo. Ya veo. De acuerdo. Voy a ponerme el pantalón. Aunque no sé cómo se pone el cordón —mientras lo averiguaba, se le cayeron los pantalones—. Ups.

—Mete el cordón por esos lazos de delante.

—Ah —lo miró. Parecía que alguien lo hubiera golpeado en la cabeza con una maza de goma—. Podrías darte la vuelta.

—Ah. Podría —hablaba como un robot, pero obedeció.

—Mick, de veras que no era mi intención causar problemas —consiguió atarse el pantalón. Nunca había visto un atuendo tan poco favorecedor—. Venía pensando que la clase sería como uno de nuestros ensayos de danza. En Nueva York, llegábamos, nos quitábamos la ropa de la calle y nos poníamos manos a la obra.

—Quizá sea mejor... —hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Quizá sea mejor que no me expliques nada más.

—Puede que tengas razón —le dijo.

Estaba confusa. Por un lado, su cuerpo le decía que estableciera contacto físico con el chico musculoso que tenía delante. Pero su mente le advertía que si optaba por esa decisión, podía despedirse de su nuevo trabajo. Y lo necesitaba.

Metió los brazos por las mangas de la chaqueta y trató de averiguar para qué servían los cordones que había a cada lado. Al final, abandonó y la ató con el cinturón.

—Ya puedes darte la vuelta —dijo ella—. Estoy tapada.

Él se volvió. Parecía que había recuperado la compostura.

—Debes pensar que soy un idiota.

—No. Estoy segura de que te has esforzado tanto para montar este negocio, que hace mucho tiempo que no... —se calló de golpe, en cuanto se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—He tenido relaciones sexuales —él terminó la frase por ella—. Sí, ha pasado algún tiempo, pero eso no es excusa. Estoy actuando como si tuviera dieciocho años —señaló su chaqueta—. Tienes que atártela hacia el otro lado, y después te mostraré cómo atarte el cinturón.

—¿Qué más da hacia qué lado lo ate?

—Por costumbre. Siempre se ata izquierda sobre derecha. Como tú lo has hecho, derecha sobre izquierda, es como preparan los cuerpos para la cremación.

—¡Ay! —se apresuró para atárselo de la otra manera. Después, empezó con el cinturón.

—Espera. No podrás cerrarla sólo con el cinturón. Tienes que atar los cordones que hay a cada lado. Además, la chaqueta ha de colgar igual por los dos lados.

—No tenía ni idea de que esto fuera tan complicado. ¿Cuál ato primero?

Mick respiró hondo.

—Te lo enseñaré —dejó la camisa de seda sobre la mesa y se acercó a ella.

—¿Estás seguro de que es buena idea?

—Mira, tenemos que ser capaces de trabajar juntos. El miércoles que viene nos iremos a la cabaña de Cassandra y estaremos tres días. Quizá sea buena idea que me enfrente a mi problema ahora.

«Nuestro problema», pensó ella. Tres días junto a Mick, llenos de tentaciones. Stacy había propuesto ir para vigilar que Cassandra no le propusiera nada, pero quizá la que tendría que vigilarla fuera Cassandra.

—El karate es más complicado de lo que pensaba. Ni siquiera soy capaz de

ponerme el traje.

—Es complicado, así que no creo que estés lo bastante entrenada para cuando vayamos a White Mountains —se arrodilló frente a ella y agarró las solapas de su chaqueta—. Con esto te aseguras de que esté igualada.

Al mover la tela le rozó los pezones y Stacy notó que se le ponían erectos.

—De acuerdo.

—Después atas los cordones del lado derecho —parecía que lo tenía todo bajo control—. Y luego los del izquierdo.

Cuanto más movía la tela, más se excitaba ella. Si era tan bueno vistiéndola, seguramente fuera mejor desvistiéndola. Stacy cerró los ojos y se preguntó si él podría oír el latido de su corazón.

—No estás mirando lo que hago. Si no lo ves, no serás capaz de hacerlo sola.

Ella abrió los ojos y vio que él la estaba mirando. Una vez más, sintió que había química entre ellos y se estremeció.

—Maldita sea —dijo él.

—Eso digo yo, maldita sea —murmuró Stacy, y se arrodilló frente a él—. Mick, hay mucha química entre nosotros.

—Qué me vas a contar —dijo él.

—¿Crees que es porque hace mucho que no tienes relaciones?

Él se sonrojó.

—Puede. ¿Y tú?

—Um... Para mí también ha pasado bastante tiempo —le daba vergüenza admitir cuánto. David había sido su único amante durante el tiempo que había estado en Nueva York y hacía más de un año que él se había ido a Nebraska— ¿Qué puedo decirte? En el mundo de la danza hay muchos homosexuales.

—Así que esto puede estar relacionado con que los dos necesitamos un buen...

—Pero no lo haremos —dijo ella—. Eso estropearía nuestra relación laboral.

—No, no lo haremos —dijo él—. Pero, ¿qué vamos a hacer? Cada vez que te miro, deseo besarte.

—A lo mejor deberías besarme y superarlo. Un beso no es tan grave. Podremos seguir trabajando juntos después de un beso. A lo mejor no nos gusta nada.

—Pero a lo mejor nos encanta. Es demasiado arriesgado.

—Si no lo hacemos, la tensión no desaparecerá. Vamos. Bésame.

Probablemente descubramos que nuestras bocas no encajan, o que no nos gusta la técnica del otro.

Él sonrió.

—¿La técnica?

—Ya sabes. Cada uno tiene su favorita: la de acariciar, la de empujar, la de jugar. Y las técnicas no siempre coinciden —sólo de pensar en besarlo con lengua le hervía la sangre.

—¿Y a ti qué técnica te gusta?

—No importa. No puedes cambiar la tuya para que encajemos. No después de todos los años que llevas besando. O me gusta o no me gusta. El primer beso puede ser más decepcionante que la primera vez que te acuestas con alguien.

—Ya entiendo. Y tú crees que uno, o los dos, terminaremos desilusionados si nos besamos.

—Podría pasar —se preguntaba si había elegido el camino equivocado. Quizá él quisiera demostrarle que su teoría no era cierta y ambos estarían perdidos.

—En karate nos enseñan a mantenernos al margen de situaciones volátiles —le retiró el un mechón de pelo de la cara.

Ella se estremeció al sentir la delicadeza de su gesto.

—Supongo que esto se considera volátil.

—Sin duda —le acarició el cabello otra vez—. Tienes que atártelo para que no te moleste.

Ella cerró los ojos.

—¿Antes de que me beses?

—No voy a besarte —contestó él con la respiración acelerada.

—Me parece que sí —con los ojos cerrados, separó los labios.

—No debería correr el riesgo.

Stacy se percató de lo mucho que deseaba que Mick la besara, sin importarle las consecuencias. Pestañeó y lo miró a los ojos.

—Siempre fuiste un temerario.

—Nunca más que ahora. Esto es un suicidio —metió los dedos entre su cabello y le agarró la melena—. Tu cabello es más suave de lo que parece.

—Igual que el resto de mí.

—Estoy seguro de que así es —dijo él, con ardor en la mirada.

—Y no quieres comprobarlo, ¿verdad?

Él no contestó con palabras, pero sí con la mirada.

—Vamos, Mick. No estás hecho para vivir sin riesgos.

—¿Y tú para qué estás hecha?

—Todavía trato de averiguarlo —se humedeció los labios—. ¿Quieres ayudarme?

Sin soltarle el cabello Mick le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que su boca quedó en el ángulo perfecto.

—Sí —dijo él con voz de deseo. Le acarició la nuca y le sujetó el cuello—. Sí quiero —y la besó.

Al instante, Stacy supo que estaba metida en un gran lío. Mick no tenía técnica. Tenía talento. Ella perdió la razón y se dejó llevar por las sensaciones que él le provocaba con la lengua.

Lo único que sabía mientras se agarraba a los hombros de Mick y gemía, era que él podría obtener todo lo que quisiera. Cualquier cosa.

Él se separó un instante.

—Esto ha sido un error —murmuró.

—Sí —dijo ella, jadeando—. Sigamos.

Mick la besó de nuevo y metió la mano bajo su chaqueta. Ella agradeció la caricia y deseó que ninguna tela separara sus pezones de los dedos de Mick. Pero no había aprendido a cambiarse rápidamente de ropa para nada. En menos de un segundo, sacó los brazos de la chaqueta.

Sin dejar de besarla, Mick la ayudó a sacar los brazos de la malla y a bajársela hasta la cintura. Lo único que quedaba era el sujetador de raso y, pronto, terminó en el suelo junto a ellos.

Entonces, él le acarició los senos y gimió de satisfacción. Stacy le sujetó el rostro con ambas manos y guió la boca de Mick hacia su cuello, su clavícula y sus pezones. Sin duda, su boca estaba hecha para proporcionar placer.

Mantenerse flexible gracias a la danza tenía sus ventajas. Colocó las manos en el suelo y arqueó la espalda, dirigiendo su pecho hacia él.

Él se agachó y aceptó lo que ella le ofrecía. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer. Nunca en su vida se había rendido ante un deseo tan primitivo, y era maravilloso.

Cuando sonó el teléfono, estaba demasiado inmersa en la jungla de la pasión como para que la interrumpieran las exigencias de la civilización.

—Déjalo —suplicó Stacy.

—No puedo —dijo él con frustración y la ayudó a colocarse otra vez de rodillas—. Tengo que contestar —se puso en pie y se acercó al escritorio—. ¿Diga? Quiero decir, Farrell's Personal Bodyguard Service —tosió para

disimular su respiración agitada—. Hola, Craig —hizo una pausa—. No, estoy bien. Estábamos... Estábamos moviendo muebles y yo me encontraba más cerca del teléfono.

Poco a poco, Stacy notó que se tranquilizaba. ¿En qué había estado pensando? Era evidente que no había pensado nada, y lo más probable era que Mick la despidiera. Recogió el sujetador del suelo y se volvió para quedar de espaldas a él mientras se lo ponía.

Deprisa, se subió la malla y se puso la chaqueta. La despediría, no aprendería karate y tendría que volver a empezar. Qué desastre.

—Sí, suena bien —dijo Mick—. De acuerdo, Craig. Gracias. Adiós.

Stacy se volvió para mirarlo.

—Mick, yo...

—Lo siento —dijo él—. Lo siento mucho, pero...

—¡No lo digas! —se cruzó de brazos para mantener la chaqueta cerrada—. Por favor, no. Me vestiré con ropa fea y grande. Dejaré de maquillarme y de ponerme perfume, e incluso desodorante si crees que eso ayudará.

—No lo hará. La cosa es que no veo cómo...

—Dame otra oportunidad. Deja que te muestre que puedo no ser atractiva. Quiero este trabajo, Mick. Y si me despides, ¿cómo vas a manejar la situación con Cassandra?

—¿Despedirte? ¿Quién ha dicho nada de despedirte?

—¡Tú! Dijiste: lo siento mucho, pero... Eso es lo que se dice cuando se va a despedir a alguien. Eso era lo que me decían después de una prueba cuando no iban a darme el trabajo. Lo siento mucho, pero no tienes el aspecto que buscamos. Lo siento mucho, pero no eres lo que tengo en mente —dijo a punto de llorar.

—Stacy, ¿cómo iba a despedirte? Soy igual de culpable que tú. Si te despidiera ahora, podrías denunciarme por acoso sexual.

—¡Por favor! Sabes que no lo haría. Ni siquiera si me despidieras. Pero, por favor, no lo hagas. Necesito... —se calló ante de admitir que necesitaba el trabajo—. Necesito encontrar un nuevo rumbo en mi vida, y creo que éste podría ser el adecuado —respiró hondo—. Prometo que no volveré a permitir que me toques.

—Soy yo el que tiene que hacer promesas. Y prometo no volver a ponerte una mano encima, Stacy, si puedes perdonarme por lo que ha pasado.

—No hay nada que perdonar —dijo ella—. He disfrutado de cada minuto.

—Tendré que pedirte que no digas cosas como ésa.

—De acuerdo. Tienes razón. No diré cosas así. No diré nada que no esté relacionado con el trabajo. Seré tan eficiente y asexuada como una grapadora.

—Buena suerte.

—Te demostraré que puedo ser muy eficiente.

—Estoy seguro. Es la parte de asexuada la que no veo cómo vas a conseguirla, pero no importa, porque yo ignoraré ese aspecto de tu personalidad. Y para eso, tengo que olvidarme de enseñarte karate. Eso es lo que intentaba decirte.

—¡Pero tengo que aprender! ¿Si no cómo voy a ayudarte?

—Nunca esperé que lo hicieras.

—Lo sé, pero yo sí esperaba hacerlo.

Él suspiró.

—Es mucho lo que hay que aprender en poco tiempo. Cuando estés preparada para ayudarme... Estoy hablando de un par de años como poco, probablemente más.

—Menos. Mucho menos. Deja que te lo demuestre. Dame clase.

—No puedo. Eso implicaría mucho contacto personal, y no podría soportarlo. Pensé que podría contar con mi sentido del honor, pero eso no me ha impedido... —su mirada era turbulenta.

Stacy conocía esa mirada. Si no hacían algo, estarían en el suelo enseguida, y entonces sí que la despediría.

—De acuerdo, no me enseñes karate. Lo aprenderé por mi cuenta.

—Eso es lo que tenía que haberte sugerido en primer lugar. Puedo recomendarte un profesor muy bueno. No sé si estará disponible, pero si recibes clases particulares, aprenderás antes.

—Gracias. Lo miraré —no iba a hacerlo, pero sí iría a la biblioteca a ver qué encontraba sobre el tema—. Te sorprenderás de lo rápidamente que aprendo en poco tiempo. Quiero ser capaz de hacer las demostraciones, y espero empezar con ellas cuando regresemos de White Mountains.

—Ya lo veremos.

Por la expresión de su rostro, supo que no tenía intención de hacer esas demostraciones. Había aceptado la idea de los nuevos folletos y se lo agradecería si así conseguían nuevos clientes, pero lo más probable era que no tuviera intención de que ella siguiera en la oficina cuando terminaran con el caso de Cassandra.

—¿Qué quería Craig? —preguntó ella.

—Me ha dicho que, si no te pago nada más que un porcentaje de lo que le

cobre a Cassandra, se te consideraría como autónoma y yo no tendría que hacerte el seguro ni cotizar para tu pensión.

—Si eso fuese todo lo que alguna vez me pagaras, sería así —dijo ella.

—Sí. Si te pongo un sueldo, tendré que pensar en los seguros sociales —suspiró—. Mira, por algún motivo Craig parece más suave con este asunto, pero sigue pensando que lo haces por capricho y que pronto te aburrirás y te marcharás.

—Craig se equivoca.

Él la miró y no respondió.

—Se equivoca, y voy a demostrártelo —agarró la chaqueta, la falda y los zapatos—. Ahora, si me disculpas, iré al baño para ponerme otra vez mi ropa de trabajo.

Mick estaba muy disgustado consigo mismo. La manera en que se había comportado era inexcusable. Stacy había ido a la oficina para recibir una clase de karate y, sin embargo, él la había atacado.

El hecho de que ella le hubiera llevado un regalo lo hacía sentirse aún peor. Mick miró la camisa de seda negra que estaba sobre el escritorio. Al menos podía aprovechar que Stacy no estaba para probársela.

Mientras se quitaba la chaqueta del gi, pensó en lo desastrosa que había sido la escena del uniforme. Por suerte, el teléfono los había interrumpido, pero lo mismo podía haber sido alguien que hubiera abierto la puerta del despacho. Estaba sufriendo de nuevo el síndrome Cassandra Oglethorpe.

Sin duda, Stacy le había dicho la verdad acerca de lo que sucedía en los camerinos de los teatros de Broadway y Mick tenía que admitir que quizá su intención no había sido provocarlo. Esa vez, toda la culpa había sido de él.

Dejó la chaqueta sobre la mesa y agarró la camisa. Al tocarla pensó de nuevo en una prenda utilizada por una bella mujer. Desabrochó los botones de color gris perla y pensó que parecían de mármol. Aquella camisa era muy sexy.

Después de desabrochar los puños, metió los brazos. La seda acarició el vello de sus brazos y él recordó la noche en que Vivian, una mujer con la que había salido durante casi un año, se había quitado las braguitas de seda y había acariciado el cuerpo desnudo de Mick con la prenda.

A él le había encantado y aquellas navidades ella le había regalado unos calzoncillos de seda. Pero cuando se le estropearon en la lavadora, Mick decidió que no era lo bastante elegante como para tener ese tipo de prendas. Si se quedaba con la camisa, tendría que llevarla a la tintorería, y eso sería otro gasto más que no podía permitirse.

Pero le encantaba la sensación que provocaba en su piel. La abrochó y, al sentir la tela sobre el torso, tuvo miedo de tener otra erección. Acababa de recuperarse de la que había tenido durante los momentos de locura que había compartido con Stacy.

Si pensaba mucho en lo sucedido, en sus labios sensuales y en sus pechos turgentes, volvería a desear lo que había prometido no hacer. Pero había algo

en aquella camisa que lo hacía pensar en la rendición.

Metió la camisa por la cintura del gi y decidió que había sido un gran error. La seda tenía mucho terreno donde acariciar su piel, entre otros lugares, el ombligo y la parte baja de la espalda. Para un hombre acostumbrado al algodón, el efecto era embriagador. Lo hacía pensar en algo pecaminoso, y eso no era bueno.

—Me gusta —dijo Stacy desde la puerta—. ¿Qué te parece?

Mick no estaba seguro de qué contestar. La camisa lo hacía recordar placeres que prefería no compartir con Stacy.

—Me parece... muy cara.

Ella sonrió.

—Eso puede ser bueno. Ya te he dicho que lo que quieres es mostrar que eres próspero. Si esa camisa te hace aparentar y sentirte triunfador, entonces merece la pena.

—Creo que no puedo aceptarla.

—Mick, por favor, no rechaces mi regalo. Me estás haciendo un gran favor al contratarme como ayudante y ayudándome a encontrar el rumbo de mi vida, ahora que he abandonado Broadway. Quiero mostrarte mi agradecimiento.

—No me hagas parecer un buen hombre porque no lo soy —no podía dejar de mirarle los labios y el movimiento de sus pechos al respirar—. Un buen hombre no se habría aprovechado de...

—Ya basta. No te has aprovechado de mí. Hemos disfrutado juntos. Ninguno ha sido culpable. Pero estoy de acuerdo en que, si continuamos adelante, nuestra relación laboral se verá comprometida. Y no quiero que eso suceda.

Sus ojos marrones brillaban con decisión.

Por mucho que él tratara de convencerse de que ella no podía considerar ese trabajo en serio, había algo que le decía que sí se lo tomaba muy en serio.

Por desgracia, Stacy no sabía la de tiempo que llevaría su entrenamiento. Entretanto, él no podría permitirse mantenerla en la oficina si lo único que podría hacer era contestar el teléfono. Imaginaba que estaba condenada a fracasar en el objetivo que trataba de conseguir.

Eso lo molestaba más de lo que le gustaba admitir. La única manera de disminuir su sensación de fracaso era cortar por lo sano, antes de que invirtiera más tiempo en el proyecto. Ella ya le había prometido que no lo denunciaría por acoso sexual si la despedía.

—Stacy, he cambiado de opinión respecto a que me ayudes en el caso Oglethorpe —le dijo—. Soy un hombre adulto. Podré evitar que ella se ponga

demasiado cariñosa, si es que es su intención. Puede que no lo sea.

—¿No vas a llevarme? —preguntó ella—. ¿Eso significa que...?

—Significa que en primer lugar aquí nunca hubo una vacante. Tú has tratado de crear un puesto de trabajo, e incluso estás dispuesta a aprender karate para cubrirlo. Yo no puedo animarte a hacerlo cuando sé cuánto tiempo te llevarán los entrenamientos y lo ridícula que es la idea.

—Mick, yo... —lo miró decepcionada.

—Escucha, me equivoqué al contratarte por si se producía alguna situación extraña con Cassandra. Yo me encargaré de ella. Tú deberías buscarte otro trabajo.

—Pero no sé qué más puedo hacer.

Aquella era una situación difícil. Y Holly se pondría furiosa con Mick por no haberle dado más de una oportunidad a Stacy.

Pero no había solución. Él...

Sonó el teléfono. Ella hizo ademán de contestar, pero Mick hizo un gesto para que no lo hiciera. Si no quería que siguiera trabajando para él, sería mejor que contestara en persona.

—Farrell's Personal Bodyguard Service. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Mick Farrell?

—Sí.

—He visto su folleto —dijo el hombre que había al otro lado de la línea—. Uno en el que aparece dándole una patada en la cabeza a otro hombre. Es un folleto estupendo. Me llamó mucho la atención.

—Me alegro —un punto para Stacy.

—Con todos los secuestros que hay hoy en día, me preocupa la seguridad de mi familia. Estoy pensando en contratar a alguien para protegernos. ¿Cuándo podríamos quedar para hablar de ello?

Su primer cliente de verdad. Y todo gracias a Stacy, la mujer a quien quería despedir y que no tenía más ofertas de empleo. Él sabía lo que era buscar el rumbo de la vida. También había pasado por ello y no creía que tener una madre rica ayudara demasiado.

—Permítame que consulte mi agenda y que lo vuelva a llamar —le dijo Mick. Anotó el nombre y el número de teléfono en un papel y prometió que lo llamaría antes del mediodía.

Cuando colgó, miró a Stacy. No parecía que ella tuviera intención de preguntarle quién había llamado.

Parecía resignada.

—Tienes razón —dijo ella—. No estoy preparada para ser tu ayudante y no sé cuánto tiempo me llevará aprender karate para trabajar contigo. En realidad, no me necesitas. Estoy segura de que puedes utilizar el veinte por ciento de la tarifa de Cassandra para algo mejor que tenerme aquí.

—Puede que no —señaló el teléfono—. Era un hombre que ha visto el folleto. Quiere que nos reunamos para ver si podría contratarme para proteger a su familia. Tiene miedo de que secuestren a alguien.

—¿De veras? —preguntó animada—. Eso es maravilloso, Mick.

Él quería verla sonreír.

—Supongo que no habría llamado de no ser por el folleto nuevo. Así que, después de todo, me gustaría que te quedaras.

—No.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque por la expresión de tu mirada sé que me lo ofreces por lástima. No sabemos si ha llamado por el folleto nuevo. Quizá también habría llamado si hubiera visto el viejo.

—¡Maldita sea! ¡No es lástima! Es justicia. Eres la responsable de esta parte del negocio, suponiendo que acepte el trabajo, y apuesto a que no será el único cliente que llame. Aunque no haga esas demostraciones que proponías, has establecido contactos y has conseguido que haya gente interesada en la posibilidad de tener un guardaespaldas. Eso podría generar más negocio.

—No quiero ser una molestia.

—No lo serás, Stacy —quizá pudiera ser una tentación, pero no una molestia. Ya le había demostrado su creatividad y su dedicación.

—Deja que me lo piense —se puso en pie y lo miró durante unos segundos—. Esa camisa te queda muy bien.

—Si no te quedas, no pienso quedármela.

Stacy lo miró y respiró hondo.

—De acuerdo, me quedaré con una condición. No me contratarás a sueldo, porque si no tendrás que preocuparte de los seguros sociales y demás. Puedes seguir pagándome el veinte por ciento de la tarifa, como en el caso Oglethorpe.

—Quizá deberías tener seguros. Eso es lo que te ofrecería cualquier otra persona que te contratara.

—Pero no quiero que me contrate nadie más. Quiero este trabajo y no me importan los seguros.

—Deja que hable con Craig sobre ello. Ni siquiera sé cuánto pueden costar.

A lo mejor no es tan caro y, teniendo en cuenta todo lo que has hecho por el negocio, te lo mereces.

—Hagamos una cosa. Olvidémonos de los seguros hasta después del fin de semana. Para entonces, ya sabrás si el hombre que ha llamado estaba interesado de verdad y también sabremos cómo trabajamos juntos. Entonces, hablaremos de si debería o no tener seguros sociales.

Mick asintió porque lo que Stacy había dicho tenía sentido, pero puesto que ya se había comprometido a contratarla como empleada, quería que todo estuviera en orden. Ninguno de sus empleados trabajaría sin seguros sociales.

Stacy se acercó al escritorio.

—Supongo que será mejor que nos pongamos a trabajar. ¿A qué hora quieres reunirte con ese cliente? Lo llamaré para concretar.

—Podría verlo ahora mismo.

—No —sonrió—. Así le demostrarías que no tienes nada mejor que hacer. Puedo decirle que lo recibirás esta tarde, sobre las tres. Si te parece bien.

—Por supuesto que puedo a las tres. O a las dos, a las cuatro, cuando él esté disponible. ¿No crees que debería ser más flexible? Debe de ser alguien importante si le preocupa que puedan secuestrar a su familia.

Stacy agarró el cuaderno donde Mick había apuntado el nombre y el teléfono.

—¡Guau! ¡Vincent Chalmers! Es el propietario de la mitad de los edificios de oficinas del centro de Phoenix. Quizá incluso de éste.

—¿De veras no crees que tengo dejarle que elija él la hora?

—No. Confía en mí, Mick. Cuando se trata con una persona como Chalmers, hay que fingir que se está igual de ocupado que él. Así te respetará y tendrá más empeño en contratarte.

Mick se sentía incómodo con la idea, pero si había alguien que supiera tratar con ricos y famosos, era Stacy.

—De acuerdo, pero si duda una pizca, dale otra opción.

—Bien —Stacy descolgó el teléfono y marcó el número. En menos de dos minutos había concertado una cita con Vincent Chalmers para las tres de aquella tarde—. ¿Lo ves? —dijo con una sonrisa triunfal—. Necesita lo que tú tienes para ofrecerle.

—Supongo —dijo Mick. Al parecer, él necesitaba lo que Stacy podía ofrecerle, y había estado a punto de desperdiciarlo. Pero tenía que tener cuidado de no aceptar todo lo que ella tenía que ofrecerle porque, si no, ambos estarían en un lío.

—Y supongo que, cuando vayas a verlo esta tarde, te pondrás esa camisa.

Él dudó un instante. Aceptar la camisa como regalo le parecía dar un paso equivocado. Sólo el contacto con la tela lo excitaba y, cada vez que se la pusiera, se acordaría de la mañana en que se dejó llevar por el deseo.

—Es perfecta para reunirte con alguien como Chalmers.

—¿Lo conoces?

—Ha venido a alguna fiesta de las que organizan mis padres. Es un fan de Bruce Lee, así que por eso le habrá atraído el folleto. Ponte la camisa, Mick. No te pasará nada.

—De acuerdo. Y gracias.

—Me alegra que hayas decidido quedártela —se acercó donde había dejado el bolso, sacó una bolsa y se la entregó a Mick—. Aquí tienes dos más., una en azul y otra en granate.

Mick dio un paso atrás y levantó las manos para protestar.

—De ninguna manera. Una ya es malo, ¿pero tres?

—Si quieres, puedes darme una paga extra por Navidad, pero acepta las camisas.

—No —se cruzó de brazos—. No voy a aceptarlas.

Ella dejó la bolsa sobre la mesa.

—Si te sale el trabajo con Chalmers, tendrás que ver mucho a su familia. No puedes ir todo el tiempo con la misma camisa, y en cuanto aparezcas con uno de tus trajes aburridos, perderás puntos.

—Lo que importa es mi habilidad. La ropa no es tan importante.

—Puede que no, pero en el mundo en el que esperas trabajar, sí lo es.

—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista, y no sé si me gusta demasiado.

Stacy se sentó en el borde de la mesa y la falda dejó más parte de sus piernas al descubierto.

—¿No estás siendo un poco hipócrita con este asunto?

—¿Yo? Nunca me ha importado la ropa —no era cierto, le importaba mucho el dobladillo de la falda que llevaba Stacy. Tenía las piernas más esbeltas que había visto nunca.

—No estoy de acuerdo —dijo ella—. Según tú, no puedo practicar karate a menos que tenga el uniforme adecuado. Tengo que asegurarme de que esté igualado, de que esté bien atado, y si no lo hago en el orden adecuado podrían llevarme al crematorio. Después, está el cinturón. Y tengo entendido que el color es muy importante.

—Eso es diferente —y no quería hablar de ello porque si lo hacía recordaría el sabor de sus senos y cómo había gemido Stacy cuando se los había besado.

—No es diferente —dijo ella—. La ropa envía un mensaje y hay que adaptar ese mensaje a la actividad que se hace. Me aconsejaste acerca de cómo se ponía el gi esta mañana, y ahora yo te aconsejo acerca de cómo debes vestirme para reunirte con Chalmers.

Su minifalda le estaba enviando un mensaje, y si permanecía allí mucho tiempo hablando de ropa, ambos terminarían sin nada puesto.

—Voy a salir a tomar un café —dijo él—. ¿Quieres que te traiga uno?

—Sí —sonrió ella—. ¿Vas a ir así?

Él miró hacia abajo horrorizado, pensando que su erección era evidente. Por suerte, no era eso. Todavía llevaba los pantalones de su uniforme de karate.

—No. Primero iré a cambiarme.

—¿Lo ves? Tenía razón. Eres lo que vistes.

«¿Y qué eres tú cuando no llevas nada de ropa?», pensó él, pero no lo preguntó. En su caso, era evidente. Stacy mejoraba con cada prenda de ropa que se quitaba.

Mick se aclaró la garganta.

—Si consigo el trabajo de Chalmers, te compraré las dos camisas que has traído.

—Con el primer cheque que te dé él —dijo ella—. Antes no.

—Con mi primer cheque —repitió él. Estaba observando las piernas más bonitas que había visto nunca. Estaba seguro de que sus muslos serían tan suaves como sus senos. Desesperado por escapar antes de cometer otro gran error, agarró la bolsa donde guardaba el uniforme y se dirigió a la puerta—. Enseguida vuelvo con un café.

—Estaré esperándote.

—No tardaré mucho —dijo tratando de aparentar normalidad. En realidad estaba temblando. «Estaré esperándote». No conseguía borrar la imagen de Stacy esperándolo en un lugar totalmente diferente... Tumbada sobre un montón de almohadas blancas en una cama enorme. Y sabía lo que llevaría puesto. Sería lo único que llevaría ella, y él disfrutaría desabrochándole cada uno de los botones de color gris perla...

Aquella noche, Holly llamó a Stacy desde el trabajo. Normalmente trabajaba el viernes por la tarde y cuando no había mucho trabajo aprovechaba para llamar por teléfono. Esa vez pilló a Stacy cuando estaba viendo el vídeo de aprendizaje que había alquilado en el videoclub. Había pensado pasar el fin de semana aprendiendo todo lo posible acerca del karate.

—¿Qué haces? —preguntó Holly—. ¿Te cuesta respirar?

—Estoy haciendo unos ejercicios de karate que salen en un vídeo, pero no es tan fácil como parece.

—Lo dirás en broma. ¿Qué intentas? ¿Impresionar a Mick en la próxima clase?

—No exactamente —Stacy se contuvo para no contarle todo a Holly. Le había prometido a Mick que no contaría los detalles de lo sucedido—. He decidido no recibir clases de Mick.

—¿De veras? ¿Y por qué no?

—Um, porque creo que minaría nuestra relación laboral.

—¡Por el amor de Dios! Ya está minada por el hecho de que os conocéis desde que sois pequeños. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha portado mal contigo?

—No —Stacy decidió que aquello era demasiado complicado. Holly quería que ella se liara con Mick, así que se alegraría de oír los últimos acontecimientos. Sin embargo, Stacy no podía contárselos porque violaría la intimidad de Mick.

—Seguro que ha sido muy duro contigo —dijo Holly—. Lo conozco cuando actúa como sensei y es muy intimidante. Incluso para una hermana que sabe que en el fondo es un buenazo.

Stacy trató de pensar algo que decir de forma que no revelara demasiados datos.

—Parte del problema es que no se cree que lo de aprender karate para convertirme en su ayudante lo digo en serio.

—Bueno, eso es porque cree que todavía tienes todo el dinero del mundo. Ojalá le dijeras la verdad.

—No. Nunca habría aceptado las camisas.

—¿Le han gustado?

—Eso creo —a Stacy sí que le gustaban. Nunca olvidaría la imagen de entrar en el despacho y verlo con la camisa negra. Había tenido que resistirse para no ir a comprobar cómo era el tacto de la seda sobre un torso musculoso.

—Tienes razón acerca de que no habría aceptado las camisas si hubiese sabido que no tienes dinero. Escucha, Stacy, prométeme que me lo dirás si llega un momento en el que no puedes pagar el alquiler. Tengo algunos ahorros.

—Oh, Holly, es todo un detalle por tu parte —se le humedecieron los ojos—. Te lo contaré si la cosa empeora. Pero no creo que suceda.

—Esperemos que no.

—Mick ha tenido una cita importante esta tarde. Parece que pronto tendrá otro cliente, con un caso muy bueno. Y ha llamado porque ha visto el folleto que hicimos tú y yo.

—¿Sí? ¡Eso es estupendo! Lo ves, sabía que lo harías triunfar. Voy a decírselo a Craig. Tarde o temprano tendrá que admitir que esto era un gran plan.

Stacy aprovechó para cambiar de tema.

—¿Vas a seguir saliendo con él?

—Ah, sí, vamos a salir mañana por la noche. Por eso te he llamado, para ver si a Mick y a ti os apetece venir. Lo creas o no, a Craig le ha parecido bien.

—¡Holly! ¡Mick y yo no somos pareja! No puedes invitarnos a salir con vosotros como si lo fuéramos. Él es mi jefe y yo su ayudante.

—Y él es el mejor amigo de Craig, y tú mi mejor amiga. ¿Qué hay de malo en que queramos salir con nuestros mejores amigos?

—Olvídalo —dijo Stacy—. Dejando a un lado las preferencias de Mick, no me creo que Craig quiera tenerme cerca.

—Quizá te sorprendas.

—Bueno, por supuesto que no va a hablar mal de mí sabiendo que somos buenas amigas, pero no le caigo bien, Holly.

—Y yo te digo que está cambiando de actitud y que los cuatro nos lo pasaríamos muy bien.

«Sería la peor pesadilla de Mick», pensó ella.

—Sería inapropiado. Además, tengo que pasarme el fin de semana viendo este vídeo para intentar aprender karate. Tengo que devolver la cinta el domingo por la noche, así que espero tenerlo todo aprendido para entonces.

—Teniendo en cuenta lo rápidamente que aprendes los pasos de danza, lo harás. Ups, me llaman por la otra línea. Si cambias de opinión, llámame.

Stacy colgó el teléfono y presionó el botón de play. Mientras practicaba los ejercicios pensó en cómo Holly quería emparejarla con Mick y esperaba que no se lo hubiera contado a él. Eso podría arruinarlo todo.

Stacy se alegró al ver que, gracias a los folletos, el lunes y el martes Mick había tenido varias citas con posibles clientes.

Al no haber pasado mucho tiempo en la oficina, la tentación había sido menor. El miércoles por la mañana se marcharían a White Mountains, y ella no quería arriesgar el viaje de ningún modo.

Además, necesitaba practicar karate. Aunque había devuelto el vídeo, tenía varios libros que había sacado de la biblioteca y llevaba ropa cómoda al trabajo para poder practicar lo que había estado leyendo. Las patadas eran su cosa favorita porque podía practicarlas mientras hablaba por teléfono.

Daba patadas hacia delante, hacia atrás y hacia el lado. Cuando terminaba de hablar por teléfono, se ponía a prueba cerrando el cajón del archivo de una patada.

En uno de los libros ponía que no todo el mundo era capaz de dar una patada tan alta como para alcanzar la cabeza de su oponente, así que Stacy decidió que eso sería su especialidad. En todas las coreografías, siempre había sido la que más alto levantaba la pierna. Quizá eso le sirviera para algo. El martes llevó una pelota hinchable al trabajo y, cuando Mick se marchó, la puso en lo alto del archivador. Entornando los ojos se imaginaba que la pelota era la cabeza de Gerald, el loco que la había acosado en Nueva York.

Nunca olvidaría el sentimiento de indefensión que experimentó cuando Gerald la acosó. No había hecho nada ilegal, así que por eso no lo había denunciado a la policía. Sin embargo, ella se había sentido amenazada. Él le había enviado montones de notas de amor y había asistido a todas las funciones de danza en donde ella actuaba. Después, siempre la esperaba en la puerta del escenario con flores. Ella salía siempre con el resto del grupo para no tener que enfrentarse a él a solas pero, aun así, su constante presencia la inquietaba.

No quería volver a sentirse así de vulnerable.

Con el karate había encontrado la manera de contrarrestar ese sentimiento. Su vulnerabilidad disminuía cada vez que su pie tomaba contacto con la pelota. Después de varios intentos, fue capaz de lanzarla al otro lado de la habitación de una patada.

Dar golpes con el puño no le interesaba tanto. No sabía cómo hacerlo sin estropearse la manicura. Su punto fuerte eran las patadas.

Además tenía mucha fuerza pulmonar. Podía gritar con tanta fuerza y autoridad, que estaba convencida de que Mick se quedaría impresionado.

Pero no estaba preparada para mostrarle su talento todavía. Sospechaba que no estaba lo bastante en forma y todavía no sabía qué hacer con las manos y los brazos. Le quedaba mucho tiempo para poder romper una tabla con el dorso de la mano, y tampoco estaba dispuesta a intentarlo.

El martes por la tarde, Stacy miró el reloj para calcular cuánto tardaría Mick en regresar. Quería tener los zapatos puestos y la pelota deshinchada antes de que él entrara por la puerta. Según sus cálculos, le quedaba media hora.

Colocó la pelota sobre el archivador e imaginó que su atacante estaba situado detrás de ella.

—¡Yy—aaah! —gritó al mismo tiempo que golpeaba la pelota y la hacía rebotar en las paredes. Entonces, oyó que alguien abría la puerta del despacho.

Stacy agarró la pelota y la metió debajo del escritorio.

—¿Está todo bien? —preguntó Mick nada más entrar—. He oído gritar a alguien.

—Era yo —dijo ella. Bajo la mesa juguetó con la pelota tratando de abrir la válvula con los pies. No sabía cómo explicar la situación, así que dijo—. Este fin de semana alquilé unas películas de Bruce Lee y pensé que podría practicar mi grito de karate.

Él la miró.

—Espero que no intentes aprender karate tú sola mirando películas.

—Eso sería ridículo, ¿no crees? Contrataré un profesor particular, tal y como sugeriste. ¿Qué tal tu cita? —estaba a punto de abrir la válvula.

—Bien. Pero recibió una llamada de su hermana desde el extranjero y me pidió que volviera en otro momento —se sentó al otro lado del escritorio—. Es una mujer mayor a quien le encanta comprar y siempre lleva mucho dinero encima. Le da miedo que le den un tirón o que la atraquen, así que está pensando en contratarme para que la acompañe en sus compras, pero todavía no se ha decidido a gastar el dinero en ello.

—No parece un caso muy emocionante —abrió la válvula y empezó a salir el aire. Hacía más ruido de lo que había imaginado, así que se despezó y bostezó para tratar de disimularlo—. Ahhh, dentro de nada llegan las vacaciones —dijo más alto de lo necesario—. Tengo ganas de ir a las montañas. Sí. Tengo ganas. Oh, sí —la pelota tenía más aire de lo que había

esperado.

Mick la miró.

—Stacy, ¿qué es ese ruido?

—¿Qué ruido? —intentó tapan la válvula con el dedo meñique del pie pero sólo consiguió que sonara un pitido.

—Pasa algo y lo sabes —se puso en pie y rodeó el escritorio para investigar.

—De acuerdo, es un balón de playa. Estaba jugando con una pelota. Dijiste que trabajar en la oficina solo podía llegar a ser aburridísimo, y tenías razón —levantó la pelota medio deshinchada.

—¿Estabas jugando con una pelota? ¿No te parece extraño?

—Me gustan las pelotas de playa. Botan.

—¿Y vas descalza? Estabas practicando algo más que el grito de karate, ¿no es así?

—¿Fútbol?

—No, me temo que tratabas de imitar a Bruce Lee, aunque no tengo ni idea de qué hacías con la pelota —se cruzó de brazos y la miró fijamente—. El karate no es para jugar. No se puede ver un par de películas y pensar que se sabe lo que se está haciendo. Podrías hacerte mucho daño.

—No seas ridículo —se puso en pie sujetando la pelota—. Soy bailarina y conozco mis límites. Además, también he leído sobre el tema.

—No deberías intentar aprender por ti misma. Podrías hacerte un esguince o un tirón, y adquirirás malos hábitos.

—Te diré que soy muy buena dando patadas. Es más, si te echas hacia atrás, te lo demostraré.

—Stacy, no quiero que sigas adelante con esto. Te buscaré un profesor, si tú no quieres tomarte la molestia de hacerlo. Pero...

—¿Cuál es el problema? ¿Tienes miedo de descubrir que se me da tan bien, que podría suponer una amenaza para tu ego?

—De acuerdo. Muéstrame tu talento. Espero que se te de bien. Si no, te arriesgas a hacerte mucho daño.

—Primero tengo que hinchar la pelota.

—Bien. Pues hincha la pelota.

Stacy sujetó la válvula con los dientes para mantenerla abierta mientras soplaba. Mientras lo hacía, se le ocurrió mirar a Mick. Su expresión había cambiado. Por la manera en que se le habían oscurecido los ojos, Stacy sabía que al verla hinchar la pelota él no podía evitar tener malos pensamientos.

Mick apretó los dientes, como si tratara de controlar su pensamiento.

Stacy terminó de hinchar la pelota y la colocó encima del archivador. Después, abrió los cuatro cajones.

—Sería más impresionante si los cajones estuvieran llenos de archivos, pero al menos te harás una idea.

—Si te haces daño en un pie o te da un tirón, mañana no te llevaré conmigo a White Mountains. No puedo tenerte por ahí cojeando y concentrarme en lo que pueda sucederle a Cassandra.

—No te preocupes —se colocó de espaldas al archivador—. Échate hacia atrás. No quiero hacerte daño.

—Buena observación —dijo él, y dio un paso atrás—. Podrías fallar y darme a mí.

—No creas que no lo he pensado —estaba enfadada con él, pero respiró hondo varias veces para calmarse. Cuando se sintió preparada, gritó—. ¡Yy— aaah! —giró y cerró el cajón inferior de una patada. Como si fuera un derviche, continuó girando, gritando y golpeando los cajones hasta tenerlos todos cerrados. Para su gran final, le dio una patada a la pelota. Ésta golpeó a Mick en la cabeza antes de rebotar en la pared. Respirando de manera acelerada, colocó las manos sobre las caderas y lo miró con una sonrisa triunfal—. ¿Qué te ha parecido?

Él tenía una extraña expresión en el rostro.

—Bien —dijo con tensión en la voz—. Mira. Escucha. Tengo que ocuparme de unos asuntos —se dirigió hacia la puerta—. Te veré mañana.

—Espera —Stacy no podía imaginar por qué Mick actuaba de manera tan extraña. Quizá hubiera amenazado su ego con la demostración—. ¿Nos veremos aquí?

Mick se volvió y dijo:

—Ah, supongo que podría pasar a recogerte.

—No importa —no quería que viera lo modesto que era su apartamento—. Es más fácil que vaya yo a tu casa. ¿Cuál es la dirección?

Él le dio la dirección de unos apartamentos que no estaban lejos de casa de Stacy. También el teléfono.

—Estaré allí a las nueve.

—De acuerdo. Lleva mucha ropa —le dijo, y se marchó.

«¿Mucha ropa?». Era una extraña despedida. También su manera de reaccionar ante la exhibición de karate había sido muy extraña. Al parecer, él no estaba preparado para ello.

«Bueno, ése es su problema», pensó Stacy. Se encogió de hombros y se agachó para recoger la pelota.

Ella era impresionante. Mick se apresuró a salir del edificio. Tenía el corazón acelerado y estaba desesperado por alejarse de aquella mujer tan sexy. Esperaba haberse reído de la demostración que hizo Stacy cerrando cajones de una patada, sin embargo, se había quedado asombrado al verla girar y dar patadas con más gracia que algunos de sus mejores alumnos.

En el proceso, la blusa que llevaba se le había salido de los pantalones y se le había desordenado el cabello. Mientras recuperaba la respiración con una amplia sonrisa en la boca, tuvo que contenerse para no acercarse y besarla de manera apasionada.

Mick se dirigió al aparcamiento y se montó en su pequeño todoterreno. Aunque tenía aire acondicionado prefirió quitarle el techo de lona y dejar que el aire lo enfriara. Lo que necesitaba era aire, mucho aire.

Hacer un recorrido por una pista del desierto lo ayudaría a relajarse, pero descartó la idea porque la noche anterior había limpiado el coche y no quería llegar a casa de Cassandra con el coche lleno de polvo. Además, al día siguiente, Stacy viajaría con él.

Stacy. ¿Cómo diablos iba a pasar con ella tres días bajo el mismo techo? Sería una situación ridícula. Por un lado, Cassandra podía estar loca por él, y él estaría loco por Stacy. Y en cuanto a ella, él no estaba seguro de lo que quería. Pero cada vez estaba más convencido de que quería ser su ayudante de verdad.

Durante la demostración que ella le había hecho, él estaba tan excitado, que apenas había podido pensar, pero su cerebro había comenzado a funcionar de nuevo y se había dado cuenta de dos cosas. A ella le gustaba la idea de convertirse en guardaespaldas porque era algo que implicaba riesgo y emociones. Y aunque tenía talento innato para el karate, en realidad no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Esa combinación era arriesgada, y si él no la obligaba a recibir entrenamiento serio, su sed de aventura podía ser peligrosa para ella. Sintió un nudo en el estómago y comprendió cómo debieron de sentirse sus padres cuando él empezó a mostrar su pasión por el riesgo. El karate había servido para convertirlo en un hombre más cauto, y quizá hiciera lo mismo con Stacy.

Si darse cuenta de a dónde se encaminaba, terminó aparcando frente al

edificio donde se encontraba el dojo en el que él había entrenado desde que tenía nueve años. Una cristalera permitía ver la clase que se impartía en el interior. No había muchos niños, probablemente porque, como al día siguiente era fiesta, muchas familias ya se habrían ido de la ciudad.

A pesar del calor que hacía, Mick se apoyó en el volante y miró la clase desde el exterior. No quería entrar para no interrumpir. Pero quería hablar con Joe, el sensei, cuando terminara la sesión.

A Mick le encantaba aquel lugar. Para él era como su segunda casa. Allí le habían enseñado autodisciplina y la habilidad para canalizar, a través del karate, los impulsos que no podía controlar.

Aquella tarde había mostrado autodisciplina, pero la semana anterior... La semana anterior no había estado orgulloso de sí mismo. Probablemente siempre había sabido que Stacy podía provocar que aflorara su lado salvaje, y por eso siempre se había mantenido alejado de ella. Los tres días siguientes serían una dura prueba.

Una sesión con Joe lo prepararía para esa prueba y lo ayudaría a centrarse. Esperaba que Joe tuviera tiempo cuando terminara la clase. Su bolsa del gimnasio estaba en el asiento de atrás del coche y, como siempre, dentro tenía su gi.

Cuando terminó la clase, los alumnos hicieron una reverencia ante el sensei, se pusieron los zapatos y salieron al encuentro de sus padres.

Mick salió del coche, agarró la bolsa del gimnasio y se acercó a la puerta. Enseguida supo que Joe lo había visto llegar.

Una vez dentro, dejó la bolsa en el suelo, se quitó los zapatos e hizo una reverencia ante el sensei, saludándolo con la palabra *osu*.

—*Osu*, señor Farrell —Joe también hizo una reverencia.

A pesar de los años que habían trabajado juntos, mantenían las formas y a Mick eso le parecía reconfortante. Su vida podía ser como una montaña rusa, pero dentro del dojo, permanecía la calma.

—¿Tiene tiempo para entrenar un poco, sensei? —preguntó Mick.

Joe hizo otra reverencia.

—Estaría encantado, señor Farrell.

Mick se metió en el vestuario y se puso el gi. Cuando regresó, ya sentía más controlado.

Joe le hizo un duro entrenamiento. Aunque era veinte años mayor que Mick, también tenía veinte años más de experiencia y siempre tenía una respuesta, independientemente de lo que Mick le lanzara. Mick se agotó antes de que Joe

resoplara.

—Es suficiente, sensei —Mick dio un paso atrás e hizo una reverencia—. Sigue siendo demasiado para mí.

Joe sonrió e hizo otra reverencia.

—Un día me sobrepasará, señor Farrell. Tiene mucho talento.

Mick respiró hondo varias veces.

—Gracias, sensei —después de haber descargado la tensión sexual de su organismo, estaba más seguro de lo que quería hacer—. He encontrado otra persona con mucho talento —le dijo—. Confiaba en que tuviera tiempo para darle clases particulares.

—¿Clases particulares? —preguntó Joe sorprendido—. Eso sería muy caro.

—Puede pagarlas —dijo Mick—. Y compensará su esfuerzo.

Esperaba no estar arriesgando demasiado. Si Craig tenía razón, Stacy se aburriría del karate y lo abandonaría. Entonces, Mick sentiría que había hecho perder el tiempo a su sensei. Nunca había llevado a un estudiante a aquel dojo que no se hubiera convertido en un discípulo dedicado.

Su instinto le decía que con Stacy debía correr el riesgo. Le había hecho una buena demostración, teniendo en cuenta que lo había aprendido todo por su cuenta. Con un buen profesor, llegaría lejos.

—Tráemela —dijo Joe—. Y ya veremos.

—Lo haré. La próxima semana —le gustaba la idea de presentarlos. Si conseguía centrar su atención en introducir a Stacy en el mundo del karate, quizá consiguiera ignorar la tentación que sentía cada vez que la miraba.

Tras despedirse de Joe con una reverencia, regresó al vestuario para cambiarse de ropa. Se sentía mucho mejor. Si pudiera mantener ese sentimiento de paz, conseguiría sobrevivir los tres días siguientes sin quedar como un idiota.

10

Mick estaba metiendo la maleta en el coche cuando llegó Stacy. Ella se fijó en que él se había puesto la camisa azul oscuro y sonrió. Parecía que esas camisas le habían gustado mucho, y le quedaban estupendamente.

Mick llevaba unos vaqueros y unas botas de cowboy. La combinación era muy atractiva y Stacy no pudo evitar que se le hiciera la boca agua. Pero aquél trabajo era muy importante.

—Deja que saque el todoterreno —dijo él al verla—. Así podrás meter el coche a la sombra.

—De acuerdo —dio marcha atrás para dejarle espacio. Mientras esperaba presionó el botón para subir las ventanas y la capota del coche. Se fijó en que el todoterreno tenía la capota puesta. Le habría hecho ilusión ir a las montañas con el coche descapotado.

Quizá Mick no quería arriesgarse a tener que poner la capota a mitad de camino, en caso de que las nubes que había en el horizonte decidieran descargar. La época de lluvias todavía no había comenzado, pero aquel podía ser el día. Entonces, Stacy tuvo una idea.

En lugar de meterse en el aparcamiento que Mick había dejado libre, apagó el motor y se bajó del coche.

—¿Qué pasa? —preguntó él, y se bajó también—. ¿No te he dejado sitio suficiente?

—De sobra. He tenido una idea. He visto que has puesto la capota del todoterreno y, teniendo en cuenta la época del año en que estamos, tiene sentido. Pero si nos llevamos mi coche podemos ir con la capota bajada y, si empieza a llover, ponerla con facilidad.

Él parecía confuso.

—Pensé que querrías ir con el aire acondicionado.

—No es necesario. Enseguida estaremos en el campo y hará fresco.

—De acuerdo, pero ¿y tu peinado?

—Me pondré la gorra. Entonces, ¿quieres ir en mi coche?

Él negó con la cabeza.

—Si quieres ir con el todoterreno descapotado, le quitaré la capota. Esas nubes no descargarán hasta tarde, y estoy seguro de que Cassandra tendrá

garaje. Pero pensé que...

—Me encantaría ir allí en un todoterreno descapotable. Será muy divertido.

—Pero hará calor hasta que ganemos algo de altitud.

—Por eso me he puesto pantalón corto —se dio cuenta de que él no llevaba ropa de verano—. Ay, pero tú no.

—No, pero no importa.

—Escucha, Mick, sé que fui yo la que te aconsejó que llevaras la ropa adecuada para dar una imagen, pero creo que para este viaje podrías ponerte algo más fresco, como pantalones cortos.

—No, no puedo. Los vaqueros cubren la pistola que llevo en el tobillo. Vamos.

—La pistola —dijo ella, y se estremeció. Por supuesto, él ya le había contado que llevaba pistola pero, por algún motivo, no había retenido esa información.

Mick la miró durante un instante.

—Sabes, llevarte conmigo es una mala idea.

—¡No, no lo es! Yo sólo...

—Estás asustada con lo de la pistola, y no finjas que no es así. Hasta que la mencioné estabas pensando que esto eran unas vacaciones en las montañas. Incluso ayer dijiste que no podías esperar a irte.

—Sólo trataba de hablar para ocultar el sonido de la pelota al deshincharse. Sé que es un viaje serio, y que es doblemente importante porque es tu primer caso. Durante un segundo se me olvidó lo de la pistola, pero ahora me parece bien.

—No te creo —suspiró él—. Mira, regresa a tu casa. Esta noche ve a ver los fuegos artificiales con tus padres al club de campo. Ahí es donde tienes que ir y no a casa de Cassandra Oglethorpe conmigo. Ambos lo sabemos.

—¡No! ¡Voy a ir contigo, Mick! —parecía desesperada.

—Creo que no es una buena idea.

—Pues yo sí —respiró hondo para mantener la calma—. Mi reacción es perfectamente normal. Nunca había estado cerca de una pistola, pero eso no significa que no pueda acostumbrarme a ellas.

—Puedo encargarme del caso yo solo, Stacy.

—¿Eso crees? ¿Quién dio el primer paso en aquel aparcamiento hace doce años?

Mick se aclaró la garganta.

—Ella.

—¿Y qué pasa si se mete en tu cama a mitad de noche?

—Bueno, yo... Le diré que no estoy interesado.

—¿Y te arriesgarás a ofenderla? Puedes evitarte todo eso si me llevas contigo. Tengo el sueño muy ligero. Si ella saliera de noche de su habitación, yo también. Entonces, tendrá que fingir que ha salido porque había oído ruidos extraños. Todo el mundo trata de mantener la dignidad.

—Maldita sea —dijo Mick, mirando a lo lejos.

—Sabes que éste podría ser un caso de mentira, Mick.

—Lo sé. ¿Y si no lo es? —la miró—. Si es de verdad, no debería llevarte.

—¿Por qué no? Puedes protegerme a mí también. Vincent Chalmers va a contratarte para que protejas a toda su familia, lo que significa que serás responsable de más de una persona a la vez, así que podrás cuidar de Cassandra y de mí al mismo tiempo. Además, si existe un ex novio enfadado, no estará interesado en perseguir a una mujer desconocida. Se centrará en Cassandra.

—Quizás.

—Nada de quizás. Cuando un hombre tiene una fijación, se centra en una mujer, no en cualquiera. Eso es lo que da miedo —«como Gerald», pensó ella—. Se obsesionan y empiezan a pensar que, si no pueden tenerte ellos, no te tendrá nadie.

—Hablas como si tuvieras experiencia en el tema —dijo él.

—De acuerdo, por desgracia he tenido la experiencia.

—¿Cuándo? —preguntó él.

De pronto, Stacy se sintió protegida. Si Mick hubiese estado con ella en Nueva York, no se habría preocupado del canalla de Gerald.

—Durante mi último espectáculo, justo antes de venir. Alguien comenzó a enviarme cartas de amor y a firmarlas con el nombre de Gerald. Después, un chico empezó a aparecer en el teatro y yo supe que era él.

—Normalmente uno puede fiarse de su instinto en cosas así.

—Eso hice. Aunque nunca se comportó de manera agresiva, yo tenía la sensación de que, tarde o temprano, si continuaba rechazándolo, sería capaz de... No estoy segura de qué, pero había algo en su mirada que me asustaba.

Mick le preguntó muy serio:

—¿Cuando te marchaste, crees que se enteró de que venías a Phoenix?

Ella lo miró y sintió un nudo en el estómago.

—¿No creerás que podría haberme seguido?

—Espero que no, pero es posible.

El nudo de su estómago era cada vez más grande.

—No tenía muy buena pinta, Mick. Incluso pensé que quizá fuera vagabundo. Alguien así no tendría dinero para venir hasta Phoenix, ¿no? Y, además, es una ciudad grande. No creo que pudiera localizarme.

—Depende de si hiciste un esfuerzo para ocultar tus pasos cuando alquilaste el apartamento y contrataste el teléfono.

Era algo que Stacy no había hecho. Phoenix estaba muy lejos de Nueva York.

—Ya basta —dijo ella—. Me estás asustando. Estoy segura de que él no tenía dinero para seguirme hasta aquí. Lo más probable es que ahora se haya obsesionado con otra bailarina.

—Probablemente. Pero cuando regresemos voy a comprobar la seguridad de tu apartamento. ¿Vives en un segundo piso, por casualidad?

—En un apartamento a pie de jardín —dijo ella. El término parecía algo maravilloso, sin embargo, era el apartamento más barato porque era una especie de semisótano. Stacy tenía que bajar seis escalones para llegar a la puerta de su casa, y no podía permitir que Mick fuera a verla porque se enteraría de los pocos recursos económicos que tenía.

—Un apartamento a pie de jardín. ¿Te refieres a esos que son como un semisótano?

—Esos. Está muy bien.

—Supongo que tendrá un acceso al exterior para dar luz.

—Bueno, sí.

—¿En qué estabas pensando?

—Sin eso, no tendría casi luz, en eso estaba pensando. ¿Qué quieres? ¿Que viva en una cueva?

—No es tan mala idea, dadas las circunstancias. ¿Tus padres saben algo de ese tal Gerald?

—No quería preocuparlos —cada vez estaba más asustada. Nunca había pensado en la posibilidad de que Gerald estuviera en Phoenix.

—¿Y qué opinan tus padres de ese semisótano?

Ella dudó el tiempo suficiente como para que él averiguara la verdad.

—No lo han visto —dijo él.

—Todavía no. El apartamento está bien. Muy bien —pero en cuanto pudiera se mudaría.

—Quizá esté bien para otra persona. Para alguien como yo. Pero es arriesgado que una mujer soltera alquile ese tipo de apartamento. Es muy sencillo esconderse en esos accesos mientras intentan entrar en la casa.

—Estás exagerando. Acabo de regresar de Nueva York, ¿recuerdas? Vivir en Phoenix no es nada comparado con aquello.

Mick dio un paso adelante.

—Si yo estoy exagerando, tú estás subestimando la situación. El que hayas regresado a tierra conocida que no tiene la misma fama que Nueva York no significa que no tengas que tener cuidado. Aparte de Gerald, tienes que pensar en esas cosas.

—Tengo cuidado —contestó ella, y se movió una pizca hacia delante para demostrarle que no la intimidaba—. Tengo una cerradura y un pestillo —un pestillo que casi nunca cerraba.

A veces, cuando estaba en casa se olvidaba incluso de cerrar con llave. Después de todo, estaba en Phoenix. Se había criado allí. Le parecía un lugar más seguro que Nueva York. Al menos, hasta que Mick había empezado a meterle miedo.

—Iré a echar un vistazo cuando regresemos —dijo Mick—. Y poner una alarma no sería mala inversión.

Por fin, ella se percató de que él había empleado la palabra regresemos.

—Entonces, ¿vas a llevarme a casa de Cassandra?

—Es mejor que dejarte aquí teniendo la posibilidad de que te siga un extraño y viviendo en un semisótano.

—¿Así que vas a llevarme por mi bien?

—Algo así. Será mejor que muevas tu coche. Está bloqueando la plaza de mi vecino.

—¡No quiero que me lleves por mi bien! Quiero que me lleves porque consideras que soy parte del equipo.

—De acuerdo —suspiró Mick—. También te llevo por eso.

—Ahora estás siendo condescendiente.

Él la miró a través de las gafas de sol. Estaba mucho más cerca de lo que Stacy creía, tan cerca que podía ver cómo se tensaba su musculatura de la mandíbula y la sangre seca de un pequeño corte que se había hecho afeitándose. Se preguntaba si se habría cortado porque estaba nervioso con la idea de irse de viaje con ella.

También podía oler su loción de afeitar, y recordó que la última vez que había estado tan cerca de él, la había besado con ardor.

—Es mejor ser condescendiente que quitarte la ropa y hacerte el amor.

Stacy notó que su corazón comenzaba a latir con fuerza.

—Ésa no es una buena idea —dijo, aunque la idea le parecía maravillosa.

—No, no lo es. Ahora, mueve tu coche. Tenemos que irnos.

El corazón le latía tan deprisa, que no estaba segura de poder hablar sin tartamudear. Asintió y regresó a su coche.

Pantalones cortos. Tenía que haberse puesto unos pantalones cortos a pesar de que él le había dicho que se llevara mucha ropa. Mientras Mick sorteaba el tráfico de la ciudad, esperaba que esas piernas esbeltas que se ocultaban bajo el salpicadero no le hicieran tener un accidente.

El resto de su atuendo era razonable. Un polo blanco, de Ralph Lauren por supuesto, y unas zapatillas de deporte de marca. Pero la ropa deportiva también hacía que Stacy estuviera muy sexy. A Mick le resultaba muy difícil controlarse. Cada vez que ella movía el brazo, Mick era consciente de que se acariciaba el pecho sin querer y deseaba poder hacerlo él.

Quizá era por haberlo hecho antes. Y porque llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales. Por desgracia, había llegado a una etapa de la vida en la que deseaba algo más que sólo sexo cuando estaba con una mujer, y eso hacía que tener citas fuera mucho más complicado. Aunque no se lo hubiera dicho a sus padres, estaba preparado para sentar la cabeza. Incluso había empezado a pensar en tener hijos y una casita en las afueras de la ciudad.

Con la mala suerte de que Stacy había reaparecido en su vida. Una mujer que lo excitaba muchísimo pero que era totalmente inadecuada para lo que él quería. Necesitaba una esposa, una mujer que fuera feliz viviendo en una casa con jardín, pagando una gran hipoteca y teniendo hijos con él. Ésa no era Stacy Radcliffe. Seguro que sus padres ya habían elegido a algún abogado de Yale o Harvard para ella.

Pero él deseaba a Stacy. A pesar de que no encajaba en sus planes de futuro, la deseaba más de lo que recordaba haber deseado a alguien en mucho tiempo.

—Tienes calor con esa camisa, ¿no? —preguntó ella.

Mick tenía calor, pero no debido al sol de verano.

—Estoy bien.

—Desabróchatela.

—No hace falta.

—No seas tonto. Nadie se dará cuenta.

Antes de que él se diera cuenta, ella se acercó y le desabrochó tres botones.

—¡Stacy, para! —le habría agarrado el brazo, pero había mucho tráfico

como para pelearse con ella mientras conducía.

—¿No estás mejor?

—No —pero sí lo estaba. El aire hizo que le bajara un poco la temperatura después del susto que se había dado al sentir que ella le estaba desabrochando la camisa. Aquella situación se parecía mucho a la que había soñado temprano por la mañana.

—¿Quieres que te los vuelva a abrochar?

—¡No!

—Lo ves. Sabía que estarías más fresco así —le dijo con una sonrisa—. Me gusta tu aspecto. Es algo setentero, tipo John Travolta. Pero tendrás que abrochártela antes de ver a Cassandra. No tiene sentido tentarla con algo que no podrá tener.

Eso era exactamente lo que estaba haciendo Stacy, tentarlo con algo que no podría tener. Una semana antes él habría dicho que era algo que ni siquiera deseaba. Pero una semana antes no se había imaginado que Stacy Radcliffe estaría dispuesta a estropear su peinado haciéndose una coleta y poniéndose una gorra para poder ir en su coche descapotable.

Una semana antes él no habría dicho que ella estaba dispuesta a convertirse en su ayudante y a aprender karate, y sin embargo, allí estaba, tratando de hacerlo lo mejor posible. Después de enterarse de lo de Gerald, Mick comprendía el interés que Stacy tenía en aprender karate. La gente aprendía artes marciales por diversos motivos. Él quería más disciplina en su vida, pero Stacy quería más control sobre su seguridad.

Quizá incluso convenciera a Holly de que también tomara clases. Mick había intentado enseñarle algunas cosas a su hermana pequeña porque quería que las mujeres a las que él quería supieran cómo defenderse. Ella le había dicho que era un mandón y él no había podido convencerla de que recibiera clases de otra persona.

Holly nunca se había llevado un susto como el de Stacy, así que no veía la necesidad de aprender, pero si alguien podía convencerla, era Stacy. Al pensar en la amistad que tenían las dos mujeres, Mick sintió un nudo en el estómago.

Tenía miedo de preguntarle a Stacy qué le había contado a Holly acerca de los últimos acontecimientos. Por lo que él sabía, los momentos de pasión que habían compartido en la oficina podían servirles de tema para varias conversaciones.

Esperaba que no. Si había algo que pudiera evitarle caer en la tentación era la imagen de Holly y Stacy comentando lo sucedido. Esperaba que fuera algo

disuasorio, pero cada vez que veía las piernas de Stacy le dolía el cuerpo.

Cuando empezaron a subir a las montañas el tráfico disminuyó. A Mick le encantaba conducir por allí. Era la tierra de los halcones de cola roja y, con un poco de suerte, quizá llegaran a ver un águila

—¡Esto es maravilloso, Mick! —dijo Stacy—. Hace años que no venía por aquí. Se me había olvidado lo bonito que es.

—A mí también me gusta —dijo él. Algo evidente. Pero había cosas que no podían describirse con palabras, como la manera en que Stacy lo hacía sentir cada vez que él la miraba. Tenía las mejillas sonrosadas por el viento y su sonrisa expresaba placer. La palabra «bonita» no describía el aspecto que ella tenía.

Por mucho que lo intentara, Mick no podía recordar un viaje mejor. No quería que terminara porque entonces tendría que enfrentarse a cualquier cosa que pudiera sucederle a Cassandra. Y también tendría que enfrentarse al fuerte deseo que sentía hacia Stacy. Mientras conducía tenía que mantener las manos en el volante y la atención en la carretera, así que no podía permitir que el deseo se apoderara de él.

Pero, pronto, ése no sería el caso.

El bosque era cada vez más espeso y el aire mucho más fresco. Pasaron por varios pueblos en los que no había mucho más que un café, una gasolinera y una oficina de correos.

Mick le había dado algunas indicaciones a Stacy y ella estaba leyéndolas.

—Tenemos que buscar una gasolinera que tiene unas astas de ciervo en la puerta —dijo ella.

—Estoy mirando. Todavía no la he visto.

—¡Ahí está! —señaló a la derecha—. Ahora, después de una milla sale el camino que va hasta su casa —se inclinó hacia Mick y miró el salpicadero—. ¿Estás mirando el cuentakilómetros?

—Sí —y podría concentrarse mucho mejor si ella no estuviera tan cerca bombardeándole con su perfume.

—¿Cómo vas a presentarme a Cassandra?

—Como mi ayudante —dijo él.

—Ella conoce a algunas personas a las que también conocen mis padres. Me pregunto si me preguntará qué ha pasado con mi carrera de danza.

—Dile que has descubierto que el trabajo de guardaespaldas es mucho más interesante —le dijo Mick—. Y que estás entrenando con Joe Santori.

—¿Quién es ése?

—Mi sensei. Es el mejor maestro de karate de todo el valle, y probablemente de todo el estado. Cualquiera que sepa algo de artes marciales habrá oído hablar de Joe.

—Pero no estoy entrenando con él.

—Lo harás. Le he pedido que te acepte como alumna.

Al ver que ella no decía nada, ni le hacía más preguntas, Mick experimentó una fuerte presión en el pecho. No quería tener que decirle a su sensei que una alumna prometedora había rechazado su oferta de recibir clases particulares.

—¿He cometido un error al pedírselo?

Ella negó con la cabeza y sus ojos brillaban como si estuvieran llenos de lágrimas. A Mick le pareció una reacción extraña.

Tenía que concentrarse en el camino, así que no pudo asegurarse.

—Entonces, ¿asistirás a sus clases?

—Me encantaría —dijo ella con voz temblorosa.

—Stacy, ¿ocurre algo? No tienes que ir a sus clases pero, si de verdad quieres aprender, él es el mejor.

—No pasa nada —se aclaró la garganta—. Sólo que no sabía que tuvieras tanta confianza en mí.

Oh, cielos. Estaba afectada por que él hubiera confiado lo bastante en ella como para hablarle a Joe de sus capacidades. Y eso podía provocar algo peligroso en su corazón.

Malas noticias. No podía enamorarse de aquella mujer. Enamorarse de Stacy Radcliffe sería una locura, y no hacía falta que se lo dijera Craig.

Pero era tan atractiva, con su piel suave, sus senos turgentes y su maravillosa boca...

—Ése podía ser el camino —dijo ella—. El que acabamos de pasar.

Mick detuvo el coche a un lado y miró el cuentakilómetros. Por supuesto que aquél era el camino, y él no lo había visto porque iba pensando en Stacy.

—Daré la vuelta.

Ella colocó la mano sobre su brazo.

—Gracias por hablarle bien de mí a tu sensei.

Mick no se atrevía a mirarla porque tenía miedo de que, si lo hacía, no podría evitar abrazarla.

—De nada —miró a ver si venían coches y comenzó a salir.

—¡Espera!

Él frenó de golpe.

—¿Qué? No viene nadie.

—A lo mejor quieres abrocharte la camisa antes de meterte en ese camino.

—Oh —a pesar de que abrocharse la camisa era algo sencillo, le costó una pizca—. De acuerdo, vamos.

Esperó a que no pasara nadie e hizo un cambio de sentido.

Momentos más tarde estaban en un camino lleno de baches. A través de los árboles, Mick vio un casa de tres plantas recubierta de madera de cedro. El cristal de las ventanas reflejaba la luz del sol y el olor a leña invadía el ambiente.

Cuando se acercaron, vieron que la casa tenía una gran terraza alrededor de la segunda planta. En una de las esquinas, había una enorme bandera estadounidense. Al parecer era la manera que Cassandra tenía de celebrar el día de la independencia.

—Si esto es una cabaña, el palacio de Buckingham es un bungalow —dijo él cuando aparcó frente a la casa.

—Es grande —dijo Stacy.

Al ver que algo se movía en la terraza imaginó que la anfitriona salía a recibirlos.

—Creo que Cassandra está... Oh, cielos....

Cassandra Oglethorpe estaba de pie en la parte alta de la escalera que subía a la terraza con una copa en la mano. E iba en bikini.

«La viuda Oglethorpe ha estado cuidando de sí misma», pensó Stacy al ver a la rubia de unos cuarenta y cinco años que los estaba esperando.

Desde luego, con la piel bronceada y el bikini color marfil, no los aparentaba.

La mujer llevaba unas gafas de sol en la cabeza que le retiraban los mechones de pelo de la frente. La melena le llegaba por los hombros. Llevaba unas zapatillas bordadas con cuentas y un brazalete de oro que brillaba con el reflejo del sol.

Stacy descubrió que la escena del asiento trasero del coche tomaba un significado distinto al ver que Cassandra no se había convertido en una vieja arpía. Ella esperaba encontrar a alguien menos... menos de todo. Mick había tenido a aquella mujer entre sus brazos, habían tenido una aventura, y Cassandra no parecía haberlo olvidado. Stacy descubrió algo desagradable: estaba celosa.

Pero prefería morir antes que admitirlo.

—Igual te arrepientes de haberme traído —le dijo a Mick.

—No. Estoy eternamente agradecido —contestó él—. Creo que ya sabemos la respuesta a nuestra pregunta.

—Creo que sí.

—Quédate cerca de mí —murmuró antes de salir del coche—. Hola, señora Oglethorpe.

—Hola. Por favor, llámame Cassandra. ¿Quién es tu amiga? —preguntó con cortesía fingida.

—Me gustaría presentarte a mi ayudante, Stacy Radcliffe.

Stacy bajó del coche. Se sentía como una mujer menuda en comparación con la mujer glamurosa que estaba en lo alto de la escalera.

—Hola, señora Oglethorpe.

—¿Stacy Radcliffe? ¿La hija de Evie? Creía que estabas actuando en Broadway —su expresión indicaba que deseaba que Stacy regresara lo antes posible a su carrera de danza.

Stacy se alegraba de haberse preparado la respuesta a esa pregunta.

—Estaba, pero ayudar a Mick en el negocio de guardaespaldas me parece

más interesante.

—Ya veo.

—Estoy entrenando con Joe Santini.

Mick se rio mientras sacaba las maletas del coche.

—Muy buena, Stacy. Se refiere a Joe Santori, por supuesto, pero a veces bromea y lo llama el Gran Santini.

«Maldita sea», Stacy sonrió para disimular.

—Sí, soy una bromista. Mira, sé que no es de buena educación aparecer sin avisar, pero hasta el último minuto no supe que podría ayudar a Mick en el caso y, simplemente, nos subimos al coche y vinimos aquí. Y resulta que nuestros teléfonos móviles se han estropeado —Stacy se quitó la gorra y se pasó los dedos entre el cabello.

—Por supuesto, eres bienvenida, Stacy —dijo Cassandra—. Pero Mick, cuando te contraté, no sabía que tenías una ayudante que te acompañaba a todos sitios. Dudo que este caso sea lo bastante importante como para tener a dos personas.

«Está intentando quitarme de en medio para poder tener a Mick para ella sola», pensó Stacy, y se preguntó qué pensaba hacer Cassandra al respecto. Fuera lo que fuera, no funcionaría. Mick estaba allí para proteger a Cassandra y Stacy estaba allí para proteger a Mick.

—Aunque el caso no de para dos, lo bueno es que tendrás a dos por el precio de uno —dijo Mick.

—Qué buena idea —dijo Cassandra sin entusiasmo—. Pasad y poneos cómodos.

Mick se dirigió hacia la escalera con las maletas en la mano.

—Deduzco que hasta el momento todo ha estado tranquilo —le dijo a Cassandra.

—No he tenido noticias de Leonard, si es a lo que te refieres —con la copa en la mano, Cassandra se acercó hacia la puerta que daba a la casa—. Sin embargo, no quiero correr riesgos. Te he preparado la habitación contigua a la mía.

Stacy estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Quizá haya una habitación al otro lado del pasillo para mí —subió por las escaleras detrás de Mick—. Tengo el sueño ligero, así que estoy segura de que oiré al intruso.

—Por desgracia, esa habitación acaban de fumigarla —dijo Cassandra—. Pero tengo un cuarto acogedor en el garaje. Cuando traigo a mi ama de llaves

para que limpie, se queda en él.

—Suenan estupendamente.

«Sí, perfecto. Desterrada a la mazmorra», pensó Stacy. Decidió que aceptaría la habitación y después ya vería cómo cambiar de sitio.

Cassandra abrió la puerta y los tres entraron en la casa. El lugar era impresionante. Los padres de Stacy nunca habían tenido una cabaña en las montañas, pero varios de sus amigos sí. Aquella era la más elegante que había visto.

Los sofás eran de cuero, las alfombras de lana tejidas a mano, y en las paredes había cuadros originales. Las ventanas eran enormes y tenían vistas al bosque. Parecía que estuvieran en una cabaña en un árbol.

—Estaba a punto de comer —Cassandra señaló hacia una mesa que estaba cerca de una ventana. Estaba servida para dos personas.

Stacy se preguntaba si pensaba comer en bikini.

—Hace mucho más frío aquí que en la terraza —dijo ella—. Creo que me pondré los vaqueros para comer.

—Me parece bien —Cassandra bebió un trago antes de dirigirse hasta una puerta que estaba cerca de la cocina. La abrió y dio un paso atrás—. Si bajas esas escaleras encontrarás una habitación y un baño. Como si estuvieras en tu casa —bebió otro trago—. Le mostraré a Mick su habitación y pondré otro cubierto en la mesa.

A Stacy le parecía que había puesto mucho énfasis en lo de poner otro cubierto. Percibió el olor a ginebra y confirmó que lo que Cassandra bebía no era limonada exactamente.

Miró a Mick y le pareció que estaba preocupado.

—Enseguida vuelvo —dijo ella—. Si me necesitas, llámame.

—Lo haré —dijo él.

Sintiéndose como la Cenicienta, Stacy bajó las escaleras. Los modales que le había enseñado su madre no le permitían protestar sobre la habitación que le había tocado. Lo solucionaría de alguna manera.

Una vez abajo, vio que había dos puertas. La de la derecha estaba entreabierta y pudo ver que era la habitación que le habían asignado. La de la izquierda, al parecer, daba al garaje. Cuando descubrió que la puerta estaba cerrada con llave, decidió que Cassandra debía de tener un coche muy caro en el garaje.

Después, se fijó en el cuarto del servicio y, aunque no quisiera, tuvo que admitir que el dormitorio y el baño eran pequeños pero con estilo. Una cama

de hierro con un colchón cómodo, almohadas esponjosas y una colcha hecha a mano. El ama de llaves de la señora Oglethorpe no vivía mal.

Stacy se puso los vaqueros y un jersey. Después se puso de puntillas para mirar por una estrecha ventana que había en la habitación. A través de las ramas de los árboles pudo ver que se había nublado. Por eso había bajado la temperatura. Mick tendría que meter el todoterreno en el garaje si quería evitar que se le mojaran los asientos.

Se miró en el espejo ovalado que colgaba sobre la cómoda. Se peinó y se pintó los labios para estar más presentable. Seguía pareciendo una niña en comparación con Cassandra, pero si el clima la ayudaba, su anfitriona no podría continuar mucho tiempo en bikini.

Cuando Stacy salió de la habitación, se fijó en que la puerta que había en lo alto de la escalera estaba cerrada. «Probablemente, la haya cerrado Cassandra por costumbre», pensó mientras subía por las escaleras. Después, giró el pomo de la puerta y decidió que la costumbre no tenía nada que ver con aquello.

Estaba cerrada con llave.

En cuanto Stacy empezó a bajar al sótano, Mick se dirigió hacia la escalera que llevaba hasta la segunda planta. Cuanto antes dejara la maleta en la habitación, antes saldría de territorio peligroso.

—¡Guau, Mick! —Cassandra subió detrás de él—. ¿Dónde está el fuego?

—Tengo que dejar la maleta para poder comprobar tu sistema de seguridad.

—Eres adorable. ¿Te está distrayendo que vaya en bikini?

—En absoluto —mintió Mick.

—Porque puedo cambiarme de ropa. Es más, ¿por qué no me cambio? Mientras deshaces la maleta me quitaré esto y me pondré otra cosa.

—Está bien —no sabía qué era peor, si permitir que se quedara en bikini o que fuera arriba con él y se cambiara de ropa en la habitación contigua—. El bikini está bien. Ni siquiera me había fijado. Y no hace falta que subas conmigo. Dime dónde está la habitación y estoy seguro de que podré encontrarla.

—¿Y qué tipo de anfitriona sería si te enviase solo a buscar tu habitación?

«La misma anfitriona que envió a Stacy a buscar la suya», pensó Mick, pero no se lo dijo. Aquél era su primer caso y tenía que superar cualquier situación —. Estoy seguro de que tienes cosas que hacer para preparar la comida —dijo

él.

—Ya está preparada.

—Aun así, puedo acomodarme solo —quizá si tardaba un poco más, Stacy regresaría y él tendría más protección.

—Tonterías. Te enseñaré la habitación —Cassandra dejó la copa y dijo—. Ven por aquí.

La escalera estaba hecha de hierro y madera y parecía una escultura. Mick trató de concentrarse en su belleza y de ignorar el andar provocativo de su anfitriona.

—Tengo un sistema de alarma —dijo Cassandra—, pero no ha funcionado bien ni una sola vez desde que lo instalaron.

—¿Quieres que le eche un vistazo?

—No te molestes. Es muy sensible, y las ardillas lo apagan cuando corretean por el alféizar de la ventana. Así que lo desconecté porque me estaba volviendo loca. Pensé que contratarte para que pasaras aquí unos días sería una buena alternativa.

—Te lo agradezco —dijo Mick.

—Lo imaginaba —dijo ella, riéndose de manera seductora.

Mick tragó saliva. Aquella situación le resultaba familiar. Doce años atrás, Cassandra lo había llevado hasta la parte trasera de un coche con esa misma risa.

Ya no tendría efecto sobre él, pero el chico de dieciocho años que todavía llevaba dentro aún recordaba la emoción de ser seducido por Cassandra. Él no la deseaba, pero un joven tendría que estar completamente embalsamado para no reaccionar ante ella. Menos mal que Stacy también estaba allí. Y esperaba que apareciera pronto.

—Ésta es tu habitación. Espero que te guste —le dijo Cassandra.

Él entró para dejar la maleta y al pasar por delante de ella, sintió que rozaba los senos de Cassandra con el brazo. Ella se había movido.

—Es estupenda —dijo él, dejó la maleta en el suelo y se volvió hacia la puerta—. Me alegro de que la comida esté preparada, porque me muero de hambre.

—Es una lástima —Cassandra cerró la puerta y se apoyó en ella—. Confiaba en que antes quisieras hablar de los viejos tiempos.

—No estoy seguro de a qué te refieres —dijo él con el corazón acelerado.

—¿No lo estás?

—Señora Oglethorpe...

—Cassandra.

—Cassandra. Espero que no haya malinterpretado mi trabajo. Soy un guardaespaldas profesional, y por eso estoy aquí.

—Por supuesto. Creo que es el trabajo perfecto para un hombre fuerte como tú —lo miró de arriba abajo—. Si no me equivoco, te has puesto bastante fuerte desde el instituto. No es que no estuvieras estupendo por aquel entonces. Cómo me encantaba verte correr en pantalón corto.

Mick se sonrojó.

—Sería mejor si no hablásemos de ese episodio.

Seguramente, Stacy ya se habría cambiado de ropa. Mick confiaba en que, si iba al salón y no los encontraba, tuviera iniciativa suficiente para subir al piso de arriba.

—No quiero hablar de ese episodio. Quiero terminarlo.

«Oh, cielos».

—Me temo que eso no es posible

—Creo que sí es posible. Y, por cierto, ¿Stacy no es la niña que nos interrumpió aquella noche?

—Sí. Pero fue lo mejor que pudo pasar. He venido a trabajar y será mejor que...

Cassandra dio un paso adelante.

—¿Has visto esa película en la que sale Kevin Costner y Whitney Houston?

—Yo...

—Él la está protegiendo y, sin embargo, se acuesta con ella —le acarició el torso con un dedo.

Él dio un paso atrás.

—¡No voy a acostarme contigo, Cassandra Oglethorpe!

—¿Por qué no? Nadie se enterará —dio un paso adelante.

Él caminó hacia atrás hasta topar con la pared.

—Stacy se enterará. Lo más probable es que, en estos momentos, esté abajo preguntándose qué nos ha pasado. Quizá incluso suba a buscarnos.

—No estaba dispuesta a permitir que la historia se repitiera —dijo Cassandra con una sonrisa—. No te preocupes por tu amiga Stacy. Tenemos tiempo de sobra para estar solos.

Mick se estremeció.

—¿Por qué?

—La he encerrado.

—¿Qué? —Mick agarró a Cassandra por el hombro y la apartó a un lado—.

¿La has encerrado en el sótano? ¿Cómo no me he dado cuenta? —corrió hacia la puerta.

—Tenías mucha prisa en llegar arriba —le dijo ella—. Creía que era la prueba de que tenías ganas de terminar lo que sucedió en el pasado.

Mientras Mick bajaba corriendo por las escaleras, se preguntaba por qué no oía a Stacy golpeando la puerta para que la dejaran salir. Ella sabía que él necesitaba que estuviera a su lado, así que lo más probable era que se hubiera cambiado de prisa, lo que significaba que ya habría intentado abrir la puerta.

—¡Stacy! —abrió la puerta del sótano. No podía creer que Cassandra la hubiera cerrado sin que él se diera cuenta—. Stacy —gritó de nuevo mientras bajaba los escalones.

—¡Estoy aquí!

Su voz provenía de detrás de él y, al girarse, Mick estuvo a punto de tropezar.

Stacy estaba en lo alto de las escaleras. Tenía el jersey roto y los vaqueros llenos de manchas. La cara y las manos también las tenía muy sucias.

Se acercó a ella y la abrazó.

—Cielos, Stacy, parece que hayas hecho un túnel para salir del sótano.

—¡Casi! —al parecer no quería que la abrazaran porque se retiró con brusquedad y habló con furia—. He salido por una ventana. Por una ventana muy pequeña. Me he roto dos uñas y el jersey —lo miró con desafío—. Y ahora voy a subir a decirle cuatro cosas a Cassandra Oglethorpe. Te guste o no, Mick.

—Me parece bien —dijo él—. Vamos.

—Voy a ofenderla, Mick. Para que lo sepas.

—No me importa.

Y era verdad. Cassandra había sobrepasado los límites y él también estaba dispuesto a decirle cuatro cosas. Stacy podía haberse hecho daño al salir por la ventana. Nadie encerraba a su ayudante en el sótano y salía tan campante. Nadie.

Pero el hecho de que Stacy hubiera actuado en lugar de golpear la puerta y gritar pidiendo ayuda, lo había impresionado. Y mucho.

—¡Cassandra! —gritó Stacy—. ¡Vamos a hablar contigo!

—No hace falta que grites tanto —Cassandra apareció en lo alto de la escalera con un bata negra. Al ver a Stacy se quedó asombrada—. ¿Qué te ha pasado?

—Tú me has pasado. Me encerraste y tuve que salir por la ventana.

—Cariño, se suponía que no debías salir por la ventana. Se suponía que tenías que quedarte ahí abajo, asustada, hasta que alguien fuera a rescatarte.

—Stacy no es de las que se asusta —dijo Mick—. Cassandra, lo que has hecho es inexcusable.

Cassandra suspiró.

—Supongo que sí, teniendo en cuenta el resultado. Esperaba que fueras más colaborador, Mick. Pensé que cerrando la puerta estaba haciéndonos un favor a los dos.

Stacy puso las manos en las caderas.

—¿Así que admites que contrataste a Mick para poder seducirlo?

—Bueno, ésa era una posibilidad.

—Entonces, nos vamos —Stacy se volvió hacia Mick—. ¿No es así?

—Así es —dijo él—. Puedes quedarte el dinero, Cassandra. Es evidente que no necesitas un guardaespaldas.

—Quizá sí —dijo ella—. Lo de Leonard no me lo inventé. Es posible que no aparezca, pero está muy disgustado porque rompí con él, y me ha amenazado en el contestador automático.

—Podrías estar inventándote todo —dijo Stacy—. Igual que te inventaste que la otra habitación que hay arriba estaba recién fumigada para poder encerrarme en el sótano.

—Podría, excepto que he guardado la cinta para que la escuchara Mick —lo miró—. ¿Quieres oírla?

Mick odiaba las complicaciones. Momentos antes, estaba dispuesto a marcharse y a sacar a Stacy de allí. Pero si de veras habían amenazado a Cassandra y él la dejaba sola en las montañas y le pasaba algo, nunca se lo perdonaría.

—También podrías haber falsificado la cinta —dijo Stacy.

—Tiene razón —dijo Mick—. ¿Cómo se supone que vamos a saber si la cinta es de verdad o no?

—Supongo que no podéis hacerlo —Cassandra bajó por las escaleras—. Así que si os queréis marchar, marchaos —les dijo—. Maldita sea, pero es un golpe duro para mi ego saber que ya no tengo el poder de antes. Estaba convencida de que podría seducirte —miró a Stacy—. La trajiste a propósito para que hiciera de carabina ¿verdad?

—Yo...

—Soy la ayudante de Mick —Stacy se limpió las manos en los vaqueros—. Trabajamos juntos en los casos. Por eso estoy aquí.

Cassandra miró a Mick y luego a Stacy.

—Debes de ser una ayudante muy dedicada para salir por una ventana y arruinar tu manicura. Normalmente, cuando una mujer llega a esos extremos, está protegiendo su territorio. No te culpo, Stacy. Él es muy atractivo.

—Espera un momento —dijo Mick, mientras se le sonrojaban las mejillas—. Stacy y yo no estamos...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Cassandra—. Como tú quieras. La cosa es que me pone nerviosa quedarme aquí sola esta noche. Leonard me dijo una vez que el Cuatro de Julio sería el día perfecto para matar a alguien de un disparo, porque con los fuegos artificiales, nadie sospecharía del ruido.

Mick miró a Stacy para ver cómo estaba recibiendo aquella información.

Su rostro ya no expresaba tanta indignación. Stacy miró a Mick.

—Quizá deberíamos quedarnos —se volvió hacia Cassandra—. Eso será si prometes dejar a Mick en paz.

—Haré algo mejor. Después de cenar, me iré a mi habitación con mi botella de ginebra. Prometo no volver a bajar. Si Mick mueve el sofá de forma que bloquee la escalera y duerma allí, mi seguridad y su honor estarán garantizados. No subiré por el sofá para llegar hasta él. Tengo mis principios.

—¿Y dónde dormiré yo? —preguntó Stacy.

Cassandra esbozó una sonrisa calculadora.

—Si estás tan preocupada por que pueda molestar a Mick, quizá deberías compartir el sofá con él.

—Sabes que no lo haré.

—Encontraremos otra alternativa —dijo Mick, aunque por mucho que lo intentaba no conseguía pensar en una solución mejor. La idea de compartir el sofá con Stacy durante una noche entera, se había apoderado de su cerebro. Daría cinco años enteros de su vida por hacerlo.

En el silencio que se hizo tras la sugerencia de Cassandra, Stacy no dejó de imaginarse la posibilidad de pasar toda la noche haciendo el amor con Mick en el sofá. Por supuesto, nunca haría tal cosa, pero tenía que averiguar qué más opciones tenía. Podía pedirle el coche a Mick y marcharse, pero una ayudante de confianza no huía nada más aparecer el primer problema.

Y a pesar de lo que dijera Cassandra, Stacy no quería imaginar lo que sucedería si abandonaba el lugar. Mick no permitiría que Cassandra lo sedujera, pero teniendo en cuenta lo bien que se conservaba ella, existía una pequeña posibilidad de que terminara convenciéndolo.

A Stacy no debía importarle si eso sucedía. Eso era problema de Mick. Pero cada vez que pensaba en Mick y en Cassandra juntos, se moría de celos. No, no podía dejarlo allí solo con aquel bombón.

Y puesto que existía la posibilidad de que Leonard apareciera, no estaba dispuesta a dormir sola en el sótano. Había tenido que forzar la ventana con sus pinzas para rizarse el pelo y era muy posible que ya no cerrara bien.

—No tenéis que decidirlo ahora —dijo Cassandra—. Nadie puede tomar una buena decisión con el estómago vacío. Stacy, ¿por qué no te lavas un poco en la cocina? Después comeremos y, después, podréis hablar y contarme si esta noche tendré guardaespaldas o no.

Cuando por fin se le ocurrió, la decisión parecía tan sencilla, que Stacy no podía comprender cómo no lo había pensado antes. Al parecer, había estado cegada por el deseo. Miró a Mick.

—Prefiero tomar la decisión ahora. Voto que nos quedemos, que pongamos el sofá al pie de la escalera y que Mick duerma en él. Para mí tiene sentido. Y puesto que, dadas las circunstancias, yo no quiero dormir en el sótano, me quedaré en tu cuarto, Mick.

La tensión desapareció de su rostro.

—Oh, sí, supongo que podrías hacer eso. No lo había pensado.

Cassandra asintió.

—De acuerdo, entonces. Parece que los tres nos quedaremos hasta el final. Ahora vamos a comer.

Durante lo que resultó ser una deliciosa comida a base de ensalada de pasta y pollo, Stacy se felicitó por habersele ocurrido la solución. Pero no podía evitar preguntarse cómo no se le había ocurrido a Mick primero. Existía la pequeña posibilidad de que él también hubiera quedado cautivado por la idea de compartir el sofá con ella. Sólo de pensar que ése podía haber sido el motivo, Stacy se estremecía.

Pero sería un gran error. Los romances de oficina causaban problemas. En ese caso, cuando Mick y ella eran los únicos en la oficina, podía ser un desastre. Una vez que empezaba, los romances se convertían en algo serio o se terminaban.

Y puesto que ella no estaba interesada en tener una relación seria, sólo le quedaba la posibilidad de que fracasara. No podía imaginarse cómo se podía trabajar con alguien después de haber tenido un fracaso en una historia de amor y, sobre todo, no podía imaginar cómo llevarían la situación Mick y ella. Así que lo mejor era no empezar dicha relación, que era lo que había decidido días atrás.

Por desgracia, cada vez que miraba a Mick tenía que decidirlo otra vez. Cassandra tenía razón en una cosa, él era muy atractivo. Y aquella noche dormirían bajo el mismo techo. Y si a ella no se le hubiera ocurrido una alternativa, quizá habrían dormido en el mismo sofá.

Pero como era una mujer brillante, se le había ocurrido una alternativa. Y era la manera más sensata de actuar. Sí, era sensata. Pero cada vez que miraba a Mick y lo pillaba mirándola desde el otro lado de la mesa, deseaba ser una mujer tonta, aunque sólo fuera por esa noche.

Después de comer, Stacy llevó sus pertenencias al piso de arriba y utilizó el baño de invitados para asearse. Mick aprovechó para guardar el coche en el garaje, arreglar el cerrojo de la ventana del cuarto de servicio y revisar el resto de los cerrojos del exterior de la casa.

Tras darse una ducha, Stacy envolvió su cabello mojado en una toalla, se puso un albornoz y entró en la antigua habitación de Mick para cambiarse de ropa. Mientras se secaba el pelo y se vestía, hizo un repaso de la situación.

Después del incidente de la mañana, estaba más convencida de que sería buena en el negocio. En algún momento, mientras forzaba el cierre de la ventana y escapaba por ella, había llegado a la conclusión de que había encontrado lo que quería hacer con su vida. En lugar de haberse sentido frustrada al encontrar la puerta cerrada, había aceptado el reto con osadía.

No recordaba ni una sola situación de toda su carrera de danza que la hubiera hecho sentir de la misma manera. Cassandra le había hecho un gran favor al encerrarla.

Además, Mick le había prometido que le daría clases el mejor maestro de karate de todo el estado. No sabía cómo pagaría las clases, pero buscaría la manera, porque el entrenamiento era vital para su nueva profesión. Si Mick había quedado impresionado por que ella hubiera tenido la iniciativa de saltar por la ventana, entonces tenía muchas posibilidades de continuar siendo su ayudante.

Ceder ante la atracción física que sentían el uno por el otro, era lo único que podía estropearlo todo. Así que no sucedería. Con esa nueva decisión, bajó por las escaleras.

Mick no podía recordar un día tan extraño como aquél. A media tarde, cayó una tormenta que los obligó a permanecer dentro de la casa. Mick encendió la chimenea mientras Stacy y Cassandra hablaban de gente que él no conocía, gente de la alta sociedad. Se fijó en que, poco a poco, Cassandra era más cariñosa con Stacy.

Estaba a punto de ponerse a leer cuando Stacy sugirió que Cassandra y ella podían hacer una lista de posibles clientes para el negocio de Mick. Cassandra, que se rellenaba la copa cada vez que se le terminaba, pensó que era una idea magnífica.

Buscó su agenda de teléfonos y le dio un papel y un bolígrafo a Stacy.

—Podéis mencionarme como referencia —les dijo—. Si hay alguien interesado, puede contactar conmigo.

—Gracias, Cassandra —dijo Mick, sorprendido de que ella hubiera hecho esa propuesta después de lo que había sucedido por la mañana.

Cassandra lo miró desde la butaca en que estaba sentada.

—Que no hayas querido acostarte conmigo no significa que no quiera ayudarte a establecer tu nuevo negocio, Mick.

Por el calor de sus mejillas, él sabía que se estaba sonrojando y no tenía ni idea de cómo contestar a dicho comentario.

—¿No te parece adorable? —le dijo Cassandra a Stacy—. No sé cómo puedes resistirte.

Fue Stacy la que se sonrojó en ese momento.

—Trabajo para Mick. No sería nada profesional si...

—Por supuesto —dijo Mick tratando de ayudarla—. Stacy y yo nos respetamos el uno al otro, Cassandra.

—Respeto, respeto. Qué de tonterías políticamente correctas —Cassandra bebió un trago largo—. De acuerdo, vamos a hacer esa lista.

Mick se preguntaba si Cassandra tendría razón. Quizá era ridículo que abandonara la idea de hacerle el amor a Stacy.

Mientras hacía la lista, estaba acurrucada en el sofá de cuero, el mismo que habían decidido que colocarían frente a la escalera cuando Cassandra se fuera a la cama. El mismo en el que había imaginado que haría el amor con Stacy. Mick se preguntaba si Stacy se iría a la cama al mismo tiempo que Cassandra o si permanecería un rato más en el piso de abajo.

No estaba seguro de qué prefería. Demasiado tiempo a solas con Stacy sería demasiado tentador. Ella siempre lo había excitado, pero además había descubierto que tenía más agallas de lo que nunca hubiera imaginado. Todavía no podía creer que hubiera escapado por la ventana.

Le habría encantado verlo. Una pequeña tigresa. Y, sin embargo, parecía tan refinada con sus vaqueros y su jersey gris de cachemira. Si él pudiera apoyar la cabeza en ese jersey suave, no pediría nada más en su vida.

Aunque sabía que era mentira. Una vez que apoyara la cabeza en sus pechos, querría deshacerse del jersey a toda costa. Después de eso, estaría dispuesto a desabrocharle los pantalones.

Y a pesar de lo que pensase Cassandra, tener una relación con Stacy sólo le llevaría al caos. No podía hacer el amor con ella por multitud de motivos, entre otros, porque no tenía preservativos. Empezaba a comprender por qué muchos hombres siempre los llevaban encima.

Pero él no. Y menos mal, porque sin ese impedimento estaría tramando todo tipo de cosas con Stacy Radcliffe.

Estaba preciosa sentada frente al fuego.

Se había quitado los zapatos y tenía los pies bajo su cuerpo, mientras escribía junto a Cassandra la lista de posibles clientes. Parecía un regalo esperando a que un chico afortunado descubriera los tesoros de su interior.

La deseaba tanto que sólo mirarla le había provocado una erección, así que decidió mirar al fuego. No le sirvió de mucho, porque las llamas le recordaron el calor, y nunca había estado más caliente que en el momento en que le quitó la malla a Stacy... Maldita sea. Era una buena idea que ella hubiera decidido dormir en el piso de arriba.

De algún modo, había sobrevivido a la tarde, pero empezaba a pensar que

era imposible mantener a Stacy como su ayudante. No podía llevarla con él a los casos, que era justamente lo que ella quería y para lo que estaba preparada. Pero él no podría trabajar en constante estado de excitación.

Decirle lo que había decidido sería horrible, e injusto, porque ella estaba haciendo un trabajo estupendo. Él nunca habría pensado en pasar la tarde con Cassandra buscando nuevos clientes y, sin embargo, para la hora de la cena, Stacy tenía tres páginas llenas de nombres, direcciones y teléfonos.

¿Qué tipo de persona aceptaba ese tipo de ayuda y después despedía a la persona que la había ayudado? Pero no podía hacer otra cosa. Como socios, estaban condenados.

Stacy había sugerido crear una lista de clientes sin pensar que Cassandra accedería a hacerla. Para su sorpresa, había aceptado la idea con entusiasmo. Pero se percató de que Cassandra también miraba a Mick mientras trabajaba, se preguntó si no sería otra estrategia para conseguir lo que deseaba.

Cuando se aproximó la hora de la cena, Cassandra rellenó su copa y dijo que tenía otra agenda de teléfonos en el piso de arriba. Le pidió a Stacy que fuera a ayudarla porque, para encontrarla, tendría que mover varias cajas de cartón.

—Yo te ayudaré encantado —dijo Mick.

—No, prefiero que te quedes abajo cuidando del fuego —dijo ella.

Stacy se quedó sorprendida. Aquella era la oportunidad perfecta para que Cassandra estuviera a solas con Mick en la habitación y, sin embargo, quería que fuera Stacy. Muerta de curiosidad, siguió a Cassandra por las escaleras.

Cuando llegaron a su dormitorio, Cassandra la llevó hasta una de las dos butacas que había en una esquina de la habitación.

—No tengo más agendas —le dijo, y se sentó en la otra butaca—. Quería decirte en privado que te dejó vía libre.

Stacy tragó saliva.

—No... no comprendo.

—Abandono. Mick no está interesado en mí, a juzgar por que apenas me ha mirado en toda la tarde. Sin embargo, no podía quitarte la vista de encima. Es evidente que no tengo ninguna oportunidad con él, y tú sí.

—Pero...

—Escúchame. Después de lo que te he hecho esta mañana, creo que te mereces una explicación.

Stacy no podía estar más de acuerdo.

—Bien.

Cassandra bebió un trago de su copa.

—Esta mañana actué según una información anticuada. De hace doce años, para ser exacta. No sé si alguna vez te ha contado lo que sucedió aquella noche, después de que nos descubrieras en el asiento trasero del coche.

Stacy negó con la cabeza. No estaba segura de si quería saberlo.

—Bueno, pues no pasó nada. Nuestro Mick tuvo un ataque de conciencia e insistió en que me abrochara toda la ropa. Se sentía culpable por haber permitido que la cosa llegara tan lejos, pero dijo que era una bella mujer y que me hubiera hecho el amor en cualquier otra circunstancia. Era un buen discurso para un chico de dieciocho años.

—Sí —Stacy se sentía aliviada por que ellos no hubieran hecho el amor. Tampoco tenía problema en imaginarse a Mick diciendo esas cosas. Él había tratado de asumir la responsabilidad de lo que había sucedido y de no herir los sentimientos de Cassandra, a pesar de que había sido ella la que le había hecho la proposición en primer lugar.

—Pensé que era demasiado dulce, y decidí no volver a proponerle nada porque sabía que no querría liarse con una mujer casada. Pero cuando murió mi marido, empecé a pensar en Mick otra vez. Sólo tiene quince años menos que yo, Stacy. No debería ser tan grave. Los hombres salen con mujeres quince años más jóvenes y nadie dice nada.

—Cierto.

—No estoy poniendo excusas, bueno quizá sí, pero no pensé que invitar a Mick aquí unos días y confiar en que pudiéramos terminar lo que dejamos a medias fuera una locura.

Stacy miró a Cassandra.

—Pero, en mi opinión, sí fue una locura encerrar a la ayudante de Mick para que tú pudieras seducirlo.

Cassandra sonrió.

—Oh, pero si hubiera funcionado ¡habría sido todo un triunfo! Mujer de mediana edad roba hombre sexy a joven bella. Mis amigas me habrían canonizado —se encogió de hombros—. Pero abandono. O mejor dicho, abandono en lo que se refiere a Mick Farrell.

—Si tú lo dices —Stacy no estaba segura si creerla o no. Le había demostrado que podía ser muy astuta.

—Eso no significa que no vaya a buscar otro chico estupendo de su edad,

pero quería empezar con Mick, para recordar viejos tiempos. De todos modos, déjame que te felicite por tu victoria y que te diga que mi intención no era hacerte salir por esa ventana. Aunque fue una buena jugada. He visto que Mick se quedó impresionado.

Stacy notó que se le aceleraba el pulso. Ella también pensaba que él se había quedado asombrado, y al recordar cómo había subido corriendo las escaleras para llegar a su encuentro, una ola de deseo la invadió por dentro.

—Impresionado o no, no tengo intención de tener un romance con él.

—¿Y por qué no?

—Porque es mi jefe, y quiero mantener mi trabajo.

Cassandra soltó una carcajada.

—¿Vas a dejar que algo tan aburrido y práctico como el trabajo se interponga entre hacer el amor con ese hombre y tú?

«Hacer el amor con ese hombre», pensó Stacy.

—El trabajo no es aburrido, y necesito... —se calló justo a tiempo—. Necesito sentir que hago algo.

Cassandra la miró y, poco a poco, la risa desapareció de su mirada.

—De acuerdo, eso lo comprendo. No permitas que me ría de que tengas ambición. Yo nunca me permití tenerla, porque me pareció más fácil casarme con un hombre que la tuviera —giró la copa en sus manos.

—¿Te refieres al señor Oglethorpe?

—Sí. Casarme con Harvey Oglethorpe fue una decisión muy práctica por mi parte. Rechacé la oportunidad de tener una relación emocionante con un hombre muy parecido a Mick, un hombre que no tenía mucho dinero —miró el contenido de su copa—. Y me he arrepentido siempre.

A pesar de que aquella mujer la hubiera encerrado en el sótano, Stacy empezaba a sentir cierta simpatía por aquella mujer.

—Tu provienes de una familia con dinero, así que a lo mejor piensas que Mick no es el hombre adecuado para ti.

—Ése no es...

—De acuerdo, de acuerdo —Cassandra levantó la mano—. Es el trabajo lo que te preocupa, o eso dices. Pero, cariño, si yo fuera tú, sacrificaría el trabajo en este mismo instante por tener la posibilidad de tener algo especial con Mick Farrell.

Conversación salvaje. Conversación peligrosa. La imagen del sofá de cuero apareció en su cabeza, suave e incitador... Hizo un esfuerzo por mantener su decisión.

—Estás asumiendo que está interesado en mí.

—Es algo seguro. Deberías haber visto cómo salió en tu búsqueda cuando se enteró de que te había encerrado. Y eso sin contar cómo ha estado mirándote toda la tarde cuando creía que nadie se daba cuenta.

Stacy no pudo evitar emocionarse.

—Daría cualquier cosa por tener veinte años menos y estar en tu piel —continuó Cassandra—. Mick es un encanto, tiene principios y un cuerpo divino. Es el tipo de hombre de los que quiere algo para siempre, y esos no aparecen muy a menudo.

—¿Y qué pasa si no estoy preparada para encontrarme con un hombre de los de para siempre? —preguntó ella—. ¿Y si lo último que quiero es encontrar a un hombre de esos?

—¿Y es lo que quieres?

—En estos momentos, no quiero atarme. Primero quiero dedicarme de lleno a mi nueva profesión.

—Si Mick es el hombre adecuado para ti, no te hará sentir atada.

—Puede que no, pero el matrimonio me parece algo restrictivo. Tengo tanto miedo de terminar como mi madre, que no tiene talento ni... —se calló de golpe al ver que estaba describiendo a Cassandra—. Lo siento. Eso ha sonado...

—Verdad. Ha sonado a verdad. Ésa soy yo también. Peor tú nunca tendrás problemas económicos. Tú tienes agallas. Yo sólo tengo agallas cuando voy detrás de un hombre, si no, soy una completa idiota —se rio—. Tu madre y yo jamás habríamos salido por esa ventana.

—Puede que no.

—Estoy segura de que no —Cassandra se puso en pie—. Te lo dice una mujer que bebe demasiado y que desaprovechó su oportunidad de ser feliz. Mick y tú habéis llegado al punto crítico en el que, o bien podéis alimentar la hoguera, o bien echar agua a las llamas. Cuando pase ese momento, quizá no tengáis más suerte —se acercó a la puerta—. Ah, y en caso de que ninguno de los dos estéis preparados, hay preservativos en el armario del baño de invitados.

Stacy tragó saliva y dijo:

—Ah.

—Eso hace que parezca un poco más real, ¿verdad? Y ahora necesito rellenar mi copa. Vamos al salón. Le diremos a Mick que no hemos conseguido encontrar la agenda.

Stacy recuperó la voz en el mismo momento en que Cassandra se ponía en pie.

—Me preguntaba una cosa... —también se puso en pie.

—Duermo como un tronco, si ésa era tu pregunta. Por eso necesito un guardaespaldas.

—No, no era ésa. Yo... ¿Qué pasó con el chico al que rechazaste hace años? Hay alguna posibilidad de que...

—Ya lo he comprobado —dijo Cassandra con una triste sonrisa—. Está casado, tiene tres hijos, y un nieto en camino. Encontró una mujer maravillosa a quien no le importa el dinero que gane y es feliz. No arruinaría su vida por nada del mundo. Ahora, vamos abajo.

Para la cena, Cassandra calentó un guiso de carne, y Mick estaba a punto de felicitarla por su talento culinario cuando ella admitió que lo había preparado su ama de llaves y que tenía comida suficiente para tres días.

—La bebida estaba aquí, por supuesto —dijo Cassandra, y se levantó para servirse otra copa.

No quiso que se la sirviera Mick. Él suponía que ella no quería que viera lo mucho que había bebido, y había sido bastante. Sin embargo, ni se tambaleaba ni balbuceaba al hablar. Mick no creía que estuviera bebida.

—¿Estáis seguros de que no queréis una copa? —dijo ella—. Una no os sentará mal.

—Gracias —dijo Mick—, pero tengo que estar alerta.

—Yo también tengo que estar alerta —dijo Stacy.

Cassandra contestó moviendo el dedo.

—No, no, él es Alerto y tú eres Alerta.

Mick y Stacy se rieron y Cassandra se quedó satisfecha.

—Alerto y Alerta. Me gusta.

Mick pensó que quizá Cassandra estaba más bebida de lo que él creía.

—Empiezo a sentirme ridícula acerca de este asunto de Leonard, Alerto y Alerta —dijo Cassandra—. Lluve a cántaros, así que no creo que ningún ex novio asesino viniera en una noche como ésta.

Stacy la miró.

—Eso tiene sentido. ¿Qué te dice el instinto?

—Que Leonard es capaz de cualquier cosa —dijo Cassandra.

—Entonces, me alegro de que estemos aquí —dijo Stacy.

—Yo también. Es el Cuatro de Julio más entretenido que he tenido nunca — levantó la copa—. Por los fuegos artificiales.

Mick sonrió y brindó con su vaso de agua.

—No creo que haya muchos con este tiempo.

—Depende —Cassandra bebió otro trago—. Sabes, toda esta actividad me ha dejado agotada. Creo que me retiraré a mi habitación y dejaré que vosotros recojáis los platos.

Mick se puso en pie. Lo había pillado completamente desprevenido.

—Por supuesto que podemos recoger nosotros, pero...

—¡Son sólo las siete! —dijo Stacy—. Quédate junto al fuego mientras recogemos los platos. No creo que te vayas a acostar ya.

—Sí —Cassandra se puso en pie, se acercó al aparador y sacó la botella de ginebra—. El lavavajillas está en las últimas, así que no os asustéis si suena como un grupo de heavy metal. Os veré por la mañana. No olvidéis correr el sofá junto a la escalera.

Mick la observó mientras Cassandra subía por la escalera. Se había quedado a solas con la mujer que lo hacía temblar de deseo. El ruido de los platos llamó su atención hacia la mesa.

Stacy estaba recogiendo.

—Yo también estoy cansada —dijo ella—. Así que en cuanto recojamos me iré a acostar también.

—De acuerdo. Buena idea. Ha sido un día duro para todos —con el corazón acelerado, Mick recogió su plato y la siguió hasta la cocina.

De no haber sido por los años que había pasado en Nueva York, Stacy no habría sabido mucho acerca de recoger los platos. En Scottsdale, Yolanda, la asistente de su madre se ocupaba de meter los platos en el lavavajillas y de lavar las copas y los cubiertos de plata a mano. Antes de que Stacy se marchara a Manhattan, le había pedido a Yolanda que le enseñara cómo llenar el lavavajillas.

Tal y como le había enseñado Yolanda, siempre enjuagaba los platos primero. Dejó la pila de platos sobre la encimera y abrió el grifo de agua caliente. El truco estaba en concentrarse en lo que estaba haciendo y tratar de olvidar que estaba a solas con Mick. Durante la cena, había intentado controlar la situación y no recordar que Cassandra le había dicho dónde podía encontrar preservativos.

Tenía que tomar una decisión y esperaba tener un poco de tiempo para pensársela. En cuanto terminara de recoger los platos se iría a su habitación para pensar. Entretanto, mantendría la mirada firme en el fregadero.

El olor a loción de afeitar le indicó que Mick estaba cerca de ella y que se disponía a ayudarla a meter los platos en el lavavajillas. Stacy sabía que la estaba mirando y le tembló la mano al meter un plato bajo el agua.

—No hace falta enjuagarlos.

Ella no lo miró. Mirar a Mick habría sido demasiado peligroso. Su corazón se había acelerado con sólo oír su voz.

—Siempre lo hago.

—Estás malgastando agua.

—Si no se enjuagan, la comida se queda pegada en los platos —dijo ella, repitiendo las palabras que le había dicho Yolanda.

—Cassandra tiene un pozo y es de dónde saca el agua. Aquí es un recurso preciado y hay que ahorrar.

—Está lloviendo a cántaros —dijo ella—. Quizá deberíamos sacar los platos ahí fuera —dijo enfadada.

—Stacy, sólo estoy diciendo que...

—¡Que lo estoy haciendo mal! —cerró el grifo antes de volverse para mirar a Mick. «Oh, cielos», pensó. Estaba muy atractivo—. De acuerdo, si sabes

tanto acerca de esto, termina tú.

—Lo haré —dijo él.

Stacy sabía que si lo miraba a los ojos estaría perdida, así que bajó la mirada.

—Deja que me quite de en medio.

—Buena idea.

Pero no lo conseguían. Lo que debía haber sido una maniobra sencilla, se convirtió en un movimiento torpe que provocó que se chocaran.

Al sentir el contacto de su cuerpo, Stacy pensó que se iba a desmayar.

—Lo siento —le dijo—. Normalmente...

Mick la agarró del brazo.

Ella lo miró a los ojos y tragó saliva.

—Normalmente soy más ágil.

Al ver que Mick la tomaba entre sus brazos, quedó boquiabierta. Y tras murmurar algo, él llevó sus labios junto a los de ella.

Stacy había creído que tenía que tomar una decisión, pero desde que sus bocas se encontraron, supo que la decisión no dependía de ella. Mick presionó su cuerpo contra el de ella, le sujetó la nuca y la besó con pasión.

Su lengua era exigente y Stacy se rindió ante el placer que le provocaba. Le desabrochó la camisa y le acarició el vello del torso al mismo tiempo que se deleitaba sintiendo la suavidad de la seda en el dorso de la mano. Le acarició los músculos, disfrutando de cómo se tensaban cuando ella los tocaba y, por fin, le acarició los pezones y comprobó que los tenía turgentes.

Cuando terminó de acariciar el torso de Mick, levantó los brazos y él aprovechó para quitarle el jersey y atárselo con delicadeza a la cintura. A pesar de que se sentía dominado por el deseo, no quería que se estropeará el jersey.

Y ese fue el momento en que Stacy supo que estaba enamorada de Mick. La pasión mezclada con la confianza plena. Lo que sucediera entre ellos, estaría bien.

Mick le desabrochó el sujetador y ella contempló la expresión de su rostro al ver sus senos desnudos. Lo que vio en su mirada coincidía con todas las fantasías que había tenido acerca de cómo debería mirarla un hombre. Con una sola mirada, Mick la hacía sentir como una diosa.

Después del beso salvaje que habían compartido, pensó que para entonces ya le habría arrancado la ropa. Sin embargo, Mick había aminorado el ritmo.

—Puedes tirarlo al suelo —dijo ella.

—No —dejó el sujetador sobre la encimera sin retirar la vista de sus senos —. La última vez fue muy rápido. No tuve tiempo de... —se aclaró la garganta —. Ni siquiera pude contemplarte. Eso es un crimen.

Ella miró los pechos que siempre había considerado corrientes y que, sin embargo, provocaban que Mick suspirara al verlos. Él le acarició el cuello y el escote. Ella observó cómo pasaba el dedo rodeando la areola de uno de sus senos y después jugueteaba con su pezón.

Estaba más excitada de lo que creía. Y más receptiva. Un gemido escapó de su boca.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella lo miró a los ojos y vio deseo en su mirada.

—Quiero... quiero que me acaricies ahí con la boca.

—Lo sé.

—Ya —dijo ella.

—Demasiado deprisa —miró sus senos y se los acarició por segunda vez. Ella gimió de nuevo en cuanto le tocó el pezón.

—Eso está mejor —murmuró él.

—¿Mejor?

—Si vamos a hacer esto, lo vamos a hacer bien.

Le pellizcó suavemente el pezón con el dedo pulgar y el índice.

Una vez.

Ella apenas podía respirar mientras esperaba a que hiciera lo mismo en el otro lado.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Voy a hacerte el amor y tú vas a disfrutarlo. Y puedes gritar todo lo que quieras —se agachó y le mordisqueó el otro pezón.

Stacy gimió más fuerte. Empezaba a comprender cuál era su plan y no podía evitar estremecerse de anticipación. Debería decirle que había preservativos en el piso de arriba. Y lo haría, pero era una chica mala y primero quería averiguar qué era lo que él tenía en mente. Además, cada vez le resultaba más difícil hablar de manera coherente.

—¿Y qué pasará contigo? —preguntó ella.

—No te preocupes por mí ahora.

—No puedo gritar. Cassandra...

—No, no lo oírás —cerró el lavavajillas y apretó el botón para ponerlo en marcha. Desde luego, hacía mucho ruido. Después, agarró una de las mangas del jersey de cachemira y acarició con ella los senos de Stacy.

—El lavavajillas... —comenzó a decir ella, pero se calló cuando él le acarició el pezón con la lengua—. El lavavajillas no está listo.

Él sonrió.

—No, pero tú sí —la acarició de nuevo con la manga del jersey, provocándole un placer insoportable.

—Creía que no querías gastar agua.

—Hay cosas por las que merece la pena gastar agua —se agachó y abarcó todo su pecho con la boca.

Stacy sintió como si una fuerte corriente atravesara su cuerpo, desde los senos hasta lo más íntimo de su ser.

A su lado, el lavavajillas se agitaba y chirriaba. Fuera, el viento hacía que la lluvia golpeará contra los cristales. Pero esos sonidos se desvanecieron y ella sólo podía oír el ruido de las caricias que Mick le hacía con la boca. Su respiración acelerada se acompañaba con el ritmo de sus gemidos y cada vez la llevaba más cerca del paraíso.

Sin dejar de acariciarle los pechos, se puso de rodillas y la besó en el vientre.

Le desabrochó los pantalones, rodeándole el ombligo con la lengua y, al ver que la desnudaba del todo, ella comenzó a temblar.

Él la miró, con ojos ardientes y labios separados.

—No seas tímida conmigo —murmuró él—. Corre riesgos.

Él le agarró la mano y la llevó entre sus muslos. La palma de la mano de Stacy descansaba sobre su pubis y, de forma natural, dobló los dedos para darse placer. Él empujó su dedo anular para que penetrara en su cuerpo.

Stacy notaba que su corazón latía con fuerza. Estaba húmeda y ardiente. Él empujó su dedo más profundo y ella supo lo que vendría después.

Mick le retiró la mano y le lamió el dedo mientras ella se estremecía. Después, volvió a llevarle la mano a la entrepierna.

—Una vez más —le dijo, y la miró mientras le sujetaba la mano y movía la suya sobre la de ella—. Eres preciosa. Te brillan los ojos, tus mejillas están sonrosadas y tu boca es muy sexy. Me encanta tu boca.

Cada vez que movía su mano, ella estaba más cerca del clímax.

—Mick, yo...

—Todavía no —le retiró la mano y se la llevó a la boca—. Te toca.

—¿Quieres que...?

—Sí —le acarició el trasero—. Descubre lo deliciosa que eres.

Ella se lamió el dedo y descubrió que sabía a libertad. Al ver la intensidad

de la mirada de Mick, comprendió el poder que tenía sobre él. Se acarició los labios con el dedo, despacio, y finalmente lo introdujo en la boca y succionó.

Mick le agarró el muslo.

—¿Qué te ha parecido? —susurró ella.

Él asintió. Se había quedado sin habla.

Y ella estaba a punto de estallar.

—¿Ahora qué? —preguntó Stacy.

—Me toca otra vez —dijo él—. Échate hacia atrás.

Stacy se apoyó en la encimera. Temblaba tanto, que si no se hubiera apoyado se habría caído al suelo. Mick se acercó a ella y le besó el vello rizado.

—Separa las piernas, Stacy. Te quiero entera.

Ella obedeció y, al instante, él la tomó con la lengua. De pronto, se convirtió en una mujer salvaje y, observar lo que hacía Mick convirtió la experiencia en algo mucho más explosivo. Ver su boca allí, su lengua allí. Sentir su respiración acelerada contra lo más íntimo de su ser. Nunca había conocido algo tan excitante. La tensión incrementó y ella comenzó a temblar.

No duró mucho. Enseguida, él consiguió liberar toda la tensión que había acumulado y estaba llorando, gimiendo y riendo de placer. Haría cualquier cosa por disfrutar otra vez de un placer así. Cualquier cosa.

Increíble. Mick permaneció presionando con la boca en el centro de su feminidad hasta que Stacy dejó de gemir y se relajó. Entonces, él se separó y la hizo arrodillarse antes de estrecharla entre sus brazos. Su manera de reaccionar había ido más allá de lo que él había soñado, y había tenido algunos sueños salvajes con Stacy.

Ella le había permitido que la amara en mitad de la cocina. No le había pedido que apagara la luz ni que buscaran una habitación con una puerta cerrada. Al fin había encontrado una mujer cuyo afán de aventura se parecía al suyo.

Stacy lo excitaba como ninguna otra mujer lo había excitado nunca. Le habría encantado volver a provocarle el éxtasis, pero no estaba seguro de si podría soportarlo. Tenía el pene duro como una piedra y se preguntaba si le estaría haciendo daño al presionarlo contra su vientre.

A él le resultaba doloroso. Pero no había pensado más que en lo que deseaba hacerle a Stacy. Después de todo, lo que pasara después dependía de ella.

Algunas mujeres se sentían lo bastante agradecidas como para actuar de manera recíproca, pero otras no. Sin preservativos, estaba en manos de Stacy. A menos que ella dejara que él se ocupara de sí mismo.

Stacy se acurrucó contra él y apoyó la cabeza sobre su hombro. Al sentir sus senos contra su torso, Mick se excitó aún más. Tenía los pezones erectos y, cada vez que se movía, los frotaba eróticamente contra su piel. Mick deseaba quitarse los vaqueros, pero decidió esperar a ver qué sucedía.

Al cabo de un instante, ella metió la mano entre sus cuerpos y empezó a desabrocharle el cinturón. Mick pensó que, si tardaba mucho, terminaría antes de que ella hubiera empezado.

—¿Tienes algo pensado? —le preguntó.

Ella lo besó en el cuello.

—Sí —le contestó.

—Entonces, tienes que darte prisa.

—¿Ah, sí? —sonrió ella—. ¿Y tu? ¿Te diste prisa conmigo?

—Las mujeres sois diferentes —dijo él con voz de desesperación.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Me he dado cuenta. Por favor, Stacy —gruñó—. Utiliza las dos manos.

Riéndose, se separó un poco más y terminó enseguida. Entonces, lo miró y le acarició los labios con la lengua.

—Necesito tu ayuda.

—Dime qué quieres que haga.

—Ponte de pie —murmuró ella.

Él no estaba seguro de si sus piernas lo aguantarían, pero lo consiguió.

—Ahora, apóyate contra la encimera.

Él obedeció y apretó los labios para no suplicar que le hiciera lo que necesitaba.

Stacy le desabrochó los pantalones y le bajó la ropa interior.

—Oh, sí —murmuró, y agarró su miembro con ambas manos.

Mick apretó los puños y cerró los ojos con fuerza para evitar terminar aquello antes de tiempo. Sería un alivio, pero él deseaba algo más que puro alivio. Deseaba recordar aquel instante para siempre. Algo tan increíble como aquello podía no volver a sucederle nunca.

Pero no tenía ni idea de cómo conseguiría aguantar más si estaba a punto de llegar al orgasmo y ella no hacía más que sujetarlo. Cuando Stacy... «Oh, cielos», pensó él al sentir que lo acariciaba con la lengua. Apretó los dientes y contuvo un gemido. Aquello era estupendo.

Rezando para que la estimulación visual no terminara con la situación, abrió los ojos para ver lo que Stacy hacía con la lengua sobre su miembro. Entonces, ella le sujetó los genitales y se los acarició mientras continuó lamiéndole como si fuera un helado derritiéndose.

Cuando Mick creía que la cosa no podía mejorar, ella lo miró sin dejar de darle placer. Él nunca había imaginado nada tan salvaje como mirarla a los ojos mientras ella lo lamía.

Al final, sin dejar de mirarlo, introdujo su miembro en la boca. Él estaba a punto de volverse loco y no quería que la sensación terminara.

Él comenzó a temblar y se agarró a la encimera. Despacio, ella se retiró hasta la punta de su miembro erecto. Y cuando se disponía a volver a introducirlo en su boca, él se rindió ante lo inevitable. Dando un gemido, enterró los dedos en el cabello sedoso de Stacy, la mantuvo quieta y entró en erupción como si fuera un volcán.

Trató de tomar aire mientras disfrutaba de lo que parecía un orgasmo interminable. Nunca había experimentado algo así. Deseaba conservar para siempre aquella sensación y, sin embargo, quizá nunca volviera a conocer tanto placer.

Stacy no tuvo de tiempo de considerar las implicaciones de su comportamiento hasta más tarde, después de que Mick se hubiera arrodillado a su lado para cubrirla de besos. Después, él se había apoyado contra el lavavajillas y había sentado a Stacy sobre su regazo.

Stacy permaneció en el paraíso hasta que el lavavajillas empezó el ciclo de secado y dejó de sonar el ruido del agua. El silencio que siguió a continuación parecía una invitación a la duda. Ella había sobrepasado el límite. O peor aún, lo había hecho durante un impulso salvaje en lugar de reflexionar sobre el asunto con la seriedad que merecía.

Una hora antes, había tenido opciones. Una hora antes, no había disfrutado del sexo oral con su jefe. No se arrepentía de la experiencia, pero si quería continuar trabajando para Farrell's Personal Bodyguard Service, ya sólo le quedaba una opción.

Tenía que casarse con su jefe.

La decisión era algo repentina, pero era la única solución que tendría sentido para ambos. Si se casaban, podrían seguir trabajando juntos porque la fuerte atracción que sentían se solventaría en el matrimonio.

Mientras consideraba la idea del matrimonio, esperaba que el pánico se apoderara de ella. Después de todo, había decidido permanecer libre para poder explorar otras opciones. Sin embargo, Mick era la única opción que deseaba explorar, y nunca en su vida se había sentido más libre que en aquellos momentos, después de haber hecho el amor con él.

Así que, en lugar del pánico, fue la felicidad lo que se apoderó de ella. Casarse con Mick significaría disfrutar de años llenos de amor, de abrazos y de la posibilidad de trabajar a su lado en una emocionante profesión.

Y después, cuando ella ya se hubiera adaptado al negocio de guardaespaldas, podrían tener hijos, al menos dos. Ella era hija única y siempre había deseado tener un hermano o una hermana. Mick lo comprendería, porque él tenía a Holly. ¡Holly! Ella estaría emocionada. Stacy apenas podía esperar a ver su cara cuando oyera la noticia.

Por supuesto, si a Mick no le gustaba la idea de casarse con ella, no habría noticia alguna y ella se quedaría sin trabajo. Para su sorpresa, la pérdida del

trabajo le preocupaba menos que la posibilidad de perder a Mick. Pero si se casaba con él, podría disfrutar de ambas cosas.

Lo cierto era que, sin quererlo, se había enamorado de él. A medida que pensaba en la posibilidad de casarse con él, se daba cuenta de que él había sido el único hombre del mundo con el que siempre había pensado casarse. Pero siempre terminaba rechazando la idea, porque era el hermano de Holly y porque él nunca había mostrado interés en ella.

Mick se inclinó hacia delante y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—De acuerdo, ¿en qué estás pensando?

Stacy se quedó pensativa un instante y dijo:

—Sé que esto es un poco repentino, peor creo que deberíamos pensar en casarnos.

Él se detuvo de golpe. Al cabo de un largo silencio, durante el que ella se puso muy nerviosa, él dijo.

—Lo crees —era una afirmación.

—Tú odias la idea.

—No he dicho eso.

—No hacía falta. Lo sé por tu respuesta nada emocionada —trató de levantarse, pero él la retuvo.

—No huyas —dijo él—. Me has pillado por sorpresa. ¿Puedes decirme por qué crees que deberíamos pensar en casarnos?

«Porque te quiero. Empiezo a darme cuenta de que te he querido desde hace años», pensó, pero no se atrevió a decírselo.

—Porque trabajamos bien juntos y porque... jugueteamos bien juntos.

—Llevamos trabajando juntos menos de una semana, y sólo hemos tenido una sesión de sexo oral. Admito que ha sido fantástico, pero...

—Suéltame —le dijo con lágrimas en los ojos. Lo que para ella había sido un punto de inflexión en la vida, para él sólo había sido un momento de diversión—. Olvida lo que he dicho.

—Stacy, no puedo olvidarlo —la soltó—. Peor me temo que estás reaccionando de manera exagerada.

—Ya veo —se quitó el jersey de la cintura y se lo puso. La tela le secó las lágrimas y ella contuvo las que estaban a punto de aflorar—. Crees que esto es un capricho y que pronto cambiaré de opinión, igual que crees que lo del trabajo es un capricho y que me aburriré enseguida.

—No, no creo que el trabajo sea un capricho para ti. Creo que te lo has tomado en serio, y por eso tenemos que hablar sobre el futuro.

Stacy se abrochó los vaqueros y recogió el sujetador.

—No tenemos futuro... en ningún sentido.

—Stacy, nunca tuvimos futuro. Tus padres no aceptarían que te casaras con un hombre como yo.

—¿Mis padres? ¿De veras crees que voy a permitir que mis padres elijan a mi marido? ¿A qué tipo de sociedad crees que pertenezco?

—No estoy diciendo que ellos vayan a elegirlo, pero pensarán que soy un pobre chico que trata de montar un negocio y que me caso contigo por tu dinero y tus contactos.

—¡No lo harán! —porque no tenía dinero y pronto dejaría de tener contactos—. Y si así es como lo ves, ¿por qué has estado a punto de hacerme el amor?

—No debería haberlo hecho.

—Tienes razón, no deberías —salió de la cocina—. Coloca el sofá frente a la escalera cuando yo suba. No volveré a bajar —le gritó.

Stacy atravesó el salón y subió por las escaleras. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y goteaban sobre su jersey de cachemira.

Maldita sea Mick. Maldita sea por ser tan atractivo. Maldita sea por haberle mostrado lo que tenía que hacer en la vida para después arrebatarse la posibilidad. Maldita sea por haberle hecho descubrir que estaba enamorada de él.

Y sobre todo, maldita sea por no estar enamorado de ella.

Mick se sentía un anciano cuando se levantó del suelo. Después de vestirse, entró en el salón y se quedó mirando el fuego. La amaba. Probablemente la había amado desde hacía años y no había sido capaz de admitirlo porque le parecía que estaba fuera de su alcance.

Pero lo que había sucedido en la cocina lo había obligado a darse cuenta de que ella era la mujer perfecta para él. Por eso siempre le había molestado el hecho de que tuviera dinero, porque era una barrera, igual que su amistad con Holly había sido otra barrera.

Se estremeció al pensar en la posibilidad de que Stacy regresara a Phoenix y le contara todo a su hermana. Pero probablemente no lo hiciera. Estaba casi seguro de ello. Si él no hubiera confiado en que ella no se lo contaría a su hermana, nunca se habría permitido ser tan vulnerable.

Ella también se había permitido ser vulnerable, y parecía que creía que estaba enamorada de él. Después de abandonar su carrera, se sentía perdida y creía que casarse con él era lo más lógico. Mick no podía permitir que cometiera ese error por muy tentado que estuviera de aceptar su oferta.

Casarse con Stacy. Una vez que ella se lo había propuesto, quizá nunca llegara a estar satisfecho con otra mujer. Se daba cuenta de que llevaba años soñando con ella. Pero lo superaría.

Por desgracia, eso no sucedería pronto. Él deseaba que fuera su esposa y la madre de sus hijos. Pero Stacy no sería feliz en una casa de las afueras de la ciudad. Ni siquiera sabía si quería tener hijos. Pero Mick podía imaginar lo guapa que se pondría si se embarazara de él.

Con un suspiro, se enfrentó a la tarea de mover el sofá. Era una pieza pesada y él disfrutó del reto de moverlo solo y poco a poco, para no rayar el suelo de madera.

Cuando terminó, echó más leña al fuego, comprobó que todas las puertas estuvieran bien cerradas, sobre todo la del sótano, y apagó las luces. Era temprano, pero estaba tan cansado, que agarró una colcha de algodón y se dirigió al sofá.

Al día siguiente, Stacy regresaría a la ciudad en su coche. Mientras se quitaba las botas, se alegró de que ella estuviera en el piso de arriba. Así podría protegerla. Quizá pudiera convencerla de que pasara unos días en casa de Holly hasta que él revisara la seguridad de su apartamento, porque él tenía que quedarse allí con Cassandra para asegurarse de que nadie le estropeará las vacaciones. Quizá fuera un poco aburrido, pero se merecía estar aburrido por haber perdido el control con Stacy.

Cassandra quizá intentara consolarlo, pero eso a él ya no le preocupaba porque sabía que podía rechazar sus proposiciones sin que se ofendiera. Era una mujer más sensata de lo que él había pensado. Bebía demasiado, pero ésa no era su responsabilidad. Sin embargo, si lo era mantenerla protegida de su posible atacante.

Mick se quitó la pistola que llevaba en el tobillo y la escondió debajo de la almohada. No creía que Leonard apareciera por allí, pero Cassandra tendría que tomar algunas precauciones cuando regresara a la ciudad y él podía ayudarla a hacerlo.

Aunque estaba casi seguro de que Leonard no estaba por los alrededores, se quitó los pantalones vaqueros y los calcetines para tener más libertad de movimiento en caso de que fuera necesario. El sofá de piel estaba frío y Mick se cubrió con la colcha.

Al oír que no cesaban los pasos que oía en el piso de arriba, se sintió peor. Stacy estaba caminando de un lado a otro por culpa suya, y no había nada que él pudiera hacer.

Stacy paseaba de un lado a otro de su habitación mientras oía cómo Cassandra dormía profundamente en la habitación contigua. Necesitaba reflexionar acerca de lo que había sucedido antes de que llegara la mañana y Mick la enviara de regreso a casa. Sabía que eso sería lo que él haría.

El problema principal era que ella estaba enamorada de él, pero él no estaba enamorado de ella. Eso le dolía. ¿Y qué esperaba? Mick nunca se había fijado en ella y, sin embargo, ella llevaba fijándose en él desde que tenía cinco años.

Al cabo de una hora, después de caminar, pensar y mirar por la ventana, Stacy decidió que quizá no debía abandonar tan rápido. A lo mejor, si le daba una oportunidad a Mick, el deseo que él sentía se transformaría en amor. Era la única manera de que aquello pudiera salir bien. Sin embargo, si ponía fin a la relación, también pondría fin a su trabajo y perdería la posibilidad de casarse con su amor verdadero.

Tenía que luchar por ello. Entró en el baño de invitados, sacó dos preservativos del armario y los guardó en el bolsillo de su pijama. Aun así, no podía bajar todavía. Una cosa era seguir luchando y otra muy distinta enfrentarse a la batalla. Mick podía rechazarla.

Además no tenía un camisón sexy. Había llevado su pijama de franela porque pensaba que las noches serían frías y no esperaba seducir a su jefe. Y sus calcetines eran todavía menos sexys que el pijama.

Sentada en la cama, se quitó los calcetines. Así se le enfriarían los pies. Si su estrategia salía bien, volvería a tenerlos calientes enseguida. Después se desabrochó el pijama hasta los pechos. Al menos, no llevaba nada debajo.

Se cepilló el cabello, se puso un poco de colonia y apagó la luz del dormitorio. Respiró hondo y salió al pasillo.

Al pie de la escalera, se detuvo para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Tendría que trepar por el respaldo del sofá y, aunque no fuera muy delicado, no se le ocurría otra manera de hacerlo. Por suerte, había dejado de llover y el cielo se había despejado, de forma que la luz de la luna entraba por las ventanas del salón.

Al ver a Mick tumbado en el sofá, se le aceleró el corazón. Imaginó que hacían el amor en el sofá y respiró hondo.

De acuerdo, podía hacer lo que se había propuesto.

Comenzó a bajar los escalones en silencio. Su plan era despertar a Mick con un beso, aunque no estaba segura de cómo lo conseguiría porque, sin duda, al

trepar por el respaldo lo despertaría. Quizá lo mejor sería que se inclinara sobre él y susurrara su nombre. Sí, eso sería lo mejor. Treparía más tarde, cuando estuviera segura de que era bienvenida. A lo mejor, él la tomaba en brazos. Eso sería romántico.

De pronto, un movimiento cerca de la ventana llamó su atención. Se detuvo para concentrarse en la sombra que había visto en la habitación y vio que una persona caminaba despacio hacia el sofá. Pero ella había visto que Mick estaba allí tumbado.

Al darse cuenta de quién podía ser aquella persona, se estremeció. Al ver que levantaba un brazo, se quedó helada. El hombre tenía una pistola.

En cuanto se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder, bajó corriendo por las escaleras, dio el mejor grito de karate que conocía y saltó sobre el sofá con los pies por delante. El hombre gritó cuando ella cayó sobre él. Había tanto ruido, que no sabía si había disparado la pistola o no pero, desde luego, había estropeado su intención.

Stacy comenzó a golpear al hombre que estaba bajo su cuerpo. Si había matado a Mick, ella lo mataría con sus propias manos. El hombre no dejaba de gritar.

Al final, entre el barullo, oyó que Mick gritaba su nombre. Gracias a Dios, estaba vivo. Stacy continuó arañando al hombre para que Mick tuviera tiempo de quitarle la pistola.

—¡Está bien! —gritó Mick. Después, la retiró de encima del hombre y la puso en pie—. ¡Lo tengo cubierto!

El hombre permaneció acurrucado, gimiendo y blasfemando.

—No te muevas —dijo Mick—. Tengo una pistola apuntando a tu cabeza, y mi puntería es estupenda.

—Cassandra ha intentado matarme —dijo el hombre.

—No era Cassandra —Mick encendió una luz

Stacy miró al hombre que llevaba un traje negro. Su pistola estaba a poca distancia de él. Al parecer, ella se la había quitado de la mano al saltar sobre él.

Cassandra apareció en lo alto de la escalera, temblando y con cara de susto.

—He llamado a la policía —dijo ella—. Está en camino.

—Bien —dijo Mick—. ¿Este hombre es Leonard?

Cassandra se estremeció al mirar al hombre que estaba en el suelo.

—Sí, ése es el canalla con el que casi cometo el error de casarme.

Leonard permanecía con los ojos cerrados y en posición fetal.

—¡Yo te quería! —gritó él—. ¡Y tú has intentado matarme!

—No, la que ha intentado matarte ha sido mi ayudante, Stacy —dijo Mick y, sin dejar de mirar a Leonard, preguntó—. ¿Y tú qué diablos creías que estabas haciendo, Stacy?

—¡Salvarte! ¡Estaba apuntándote con una pistola y tú estabas durmiendo!

—Te equivocas. Échale un vistazo al sofá.

Stacy se fijó en que en el sofá había una silueta que no se había movido. Miró a Mick y vio que llevaba puesta la camisa de seda y poco más. Estaba muy sexy y parecía furioso.

—¿Dónde...? ¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—En aquella esquina —dijo él—. Lo he oído forzar la puerta del sótano, así que metí unas almohadas bajo la colcha y me escondí. Supuse que, si él pensaba que yo estaba en el sofá, podría pillarlo por sorpresa y golpearlo para que se quedara inconsciente. Al menos, ése era mi plan hasta que viniste gritando por las escaleras. ¿Te das cuenta de que podían haberte matado?

Ella comenzó a temblar.

—No lo pensé. Yo sólo...

—¡Tienes que pensar! ¡Maldita sea!

Así que no le había salvado la vida. Había vuelto a estropearlo todo.

—No le grites —dijo Cassandra—. Estaba dispuesta a dar su vida por ti. Ella...

—¡No quiero que dé su vida por mí! —gritó Mick—. ¿Y qué diablos es eso que hay en el suelo?.

Stacy miró al suelo y se fijó en dos paquetitos blancos que había cerca de Leonard. Debían de haberse caído de su bolsillo durante la refriega. Colorada, se agachó para recoger los preservativos.

—Stacy, ni se te ocurra acercarte a ese bastardo —dijo Mick—. Yo los recogeré.

—Pero yo...

—No te muevas. Ya has hecho bastantes locuras por esta noche —sin mover la pistola, Mick se agachó a recoger los preservativos. Después se levantó la camisa y los guardó en la cinturilla de sus calzoncillos.

Se oyeron sirenas en la distancia.

—La policía llegará en cualquier momento —dijo Mick—. Ve arriba y ponte algo de ropa, Stacy.

—De acuerdo —saltó de nuevo por encima del sofá y se dirigió arriba. En lugar de seducir a Mick, había conseguido poner más distancia entre ellos. Lo

más probable era que ya no la quisiera como ayudante, y mucho menos como esposa.

Cuando llegó arriba, Cassandra se acercó a ella y la abrazó.

—No he visto lo que ha pasado, pero estoy segura de que has sido muy valiente. No dejes que Mick te convenza de lo contrario.

—Ha sido muy estúpida —murmuró Mick.

—No —dijo Cassandra—. Ha sido muy valiente. Tú eres el que está siendo un estúpido. Vamos, cariño, vístete antes de que llegue la policía.

Una vez que la policía se hubo llevado a Leonard y que las dos mujeres habían regresado al piso de arriba, Mick se sentó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos. Al recordar que Stacy había bajado corriendo para enfrentarse a un hombre armado, empezó a temblar.

Leonard podía haberla matado. Podía haberle disparado con mucha facilidad. Posiblemente, el grito que había metido Stacy lo había sobresaltado tanto, que no había tenido tiempo ni de disparar.

Pero podía haber sido de otra manera. Mick se abrazó y trató de no temblar más. Él había llevado a Stacy allí. Si ella hubiera muerto tratando de protegerlo, él habría sido el culpable. Él habría provocado la muerte de la mujer a la que amaba.

De pronto, un rayo de luz penetró en la sombra de su sufrimiento. «Ella había estado a punto de morir por intentar protegerlo». ¿Era posible que él hubiera malinterpretado tanto sus sentimientos? Se conocían desde hacía mucho tiempo. ¿Era posible que ella hubiese estado interesada en él todos esos años, igual que él había estado interesada en ella?

Nada más podía explicar lo que ella había hecho. Stacy podía haber gritado al ver a Leonard pero, como había admitido, no se había detenido a pensar. Había reaccionado igual que él habría hecho si hubiera tenido que protegerla. Se había enfrentado al peligro. Por él.

Mientras la idea invadía su cerebro, Mick pensó en que debía hablar con ella, abrazarla, pedirle disculpas por haberle gritado y por haberle echado la culpa. Ni siquiera estaba entrenada. E incluso una persona entrenada podía perder la perspectiva cuando se trataba de salvar del peligro a alguien al que amaba. Y quizá, sólo quizá, ella lo amaba.

Cuando se puso en pie, miró sus piernas desnudas. Ni siquiera se había molestado en ponerse los pantalones después de que la policía arrestara a

Leonard. Ellos ya lo habían visto en ropa interior, así que pensó que no tenía mucho sentido fingir pudor a esas alturas.

Además, no necesitaba los pantalones para lo que pensaba hacer. Lo único que necesitaba eran los dos preservativos que se había guardado en la cinturilla de la ropa interior. Pensó en ellos mientras subía las escaleras. Se preguntaba si ella los habría llevado o si los habría encontrado allí. Si los había llevado, la cosa era diferente.

Al parecer, ella estaba dispuesta a seducirlo cuando cayó en la trampa que él había preparado para Leonard. Mick recordó cómo era el pijama que ella llevaba. De franela y con ositos. Pero se había dejado el escote desabrochado. No, no podía creer que ella hubiera llevado los preservativos. Si lo hubiera hecho, también habría llevado un camisón sexy. Los preservativos debían de ser de Cassandra.

Una vez arriba, se fijó en que tanto Stacy como Cassandra tenían la puerta de la habitación cerrada. Desde fuera, se podía oír que Cassandra estaba roncando. Bien. No quería público, y temía que Stacy y él iban a hacer algo de ruido. Con el corazón acelerado, se acercó a la puerta de la habitación de Stacy y giró el pomo.

Estaba cerrada con llave.

A Stacy le pareció oír pasos y, cuando vio que alguien trataba de girar el pomo de su puerta, supo que Mick, el hombre a quien no le había salvado la vida, estaba fuera. Se preguntaba por qué. Quizá aún le quedaban más sermones por echarle y no podía esperar hasta el día siguiente.

Se levantó de la cama, y se acercó a la puerta:

Él llamó despacio.

—Stacy —murmuró—. Déjame pasar.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quiero hablar contigo.

—Yo no.

Oyó un pequeño golpe y pensó que Mick habría apoyado la cabeza en la puerta. Sentía un poco de lástima por él, pero no mucha. Después de reflexionar acerca de lo que había sucedido, decidió que él había actuado como un estúpido al enfadarse con ella. Todavía lo amaba, pero eso no significaba que no pudiera darse cuenta de que había actuado como un estúpido.

—¿Stacy?

—Ése es mi nombre. No me lo gastes.

—He sido un idiota.

—Un completo idiota.

—Sí. Pero me diste un susto de muerte arriesgándote tanto. Cuando me asusto, a veces... me enfado.

—¿Te asustaste?

—Mucho.

—¿Por qué? —apoyó la mejilla en la puerta.

—Porque... creo que me estoy enamorando de ti.

Ella cerró los ojos. Sentía un nudo en la garganta.

—¿Sólo crees que lo estás? —abrió la puerta sin hacer ruido, pero no retiró la mano del pomo por si tenía que volver a cerrarla. Que sólo pensara que estaba enamorado de ella no era suficiente.

—No, sé que lo estoy. Estoy enamorado de ti, Stacy.

—Qué coincidencia. Yo también estoy enamorada de ti.

Cuando abrió la puerta, él estuvo a punto de caerse al suelo. Debía de estar apoyado en ella igual que Stacy.

Permanecieron mirándose, uno frente al otro.

—No era un truco ¿verdad? ¿No sería un truco para que abriera la puerta?

—No es un truco —dijo él con voz temblorosa. Despacio, se volvió y cerró la puerta—. Cásate conmigo —dijo él.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —se lanzó a sus brazos.

—Oh, cielos, Stacy —la tomó en brazos y, con ella, se tumbó en la cama—. Si te hubiera pasado algo...

—Bésame —dijo ella—. Luego, me lo explicas.

Pero en cuanto la besó, supo que no haría falta ninguna explicación.

Mick le sujetó el rostro con las manos y la besó con ternura. Ningún hombre la había besado de esa manera, como si fuera la criatura más preciada del mundo.

—Gracias por arriesgar tu vida por mí —murmuró él—. Necesitaré al menos cincuenta años para demostrar que me merezco lo que hiciste por mí —la besó de nuevo y provocó que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Eso está bien —dijo ella con un susurro—. Ahora, sigamos.

Él se rio, como si no tuviera control de sus emociones.

—De acuerdo —dijo él, y la besó en el cuello mientras le desabrochaba el pijama—. Te deseo, Stacy. Sabes lo mucho que te deseo. Pero yo... esta vez es un deseo diferente.

—Lo sé. Yo también —dijo ella, y le desabrochó la camisa—. Pero quiero tenerte desnudo.

—Yo también te quiero desnuda. Cuanto antes, mejor —le quitó los pantalones y los lanzó al suelo. Después, hizo una pausa—. Quizá, no del todo desnuda.

—¿Quieres hacerme el amor mientras llevo mi pijama de franela?

—Puede, pero en otro momento. Ahora quiero hacerte el amor con mi camisa de seda puesta.

—¿Tanto te gusta?

—Tanto me gusta —se quitó la camisa y después le quitó el pijama a Stacy—. Toma. Mete los brazos en las mangas.

—Mmm... —dijo ella, al sentir la suavidad de la seda mezclada con el aroma de Mick—. Esta camisa ha hecho que no me concentre en el amor. Me estoy inclinando más por el deseo.

—Eso está bien —dijo él, con la respiración acelerada—. Podemos poner

un poco de deseo en nuestro amor. Ahora cierra los ojos. Necesitamos luz — se estiró y encendió la lámpara de la mesilla—. Oh, sí.

Stacy abrió los ojos despacio y vio que Mick la miraba con ardor. Después, gozó al ver a Mick casi desnudo.

Cassandra tenía razón. Aquél era un hombre de los de para siempre. Incluso parecía uno de ellos, con la espalda lo bastante ancha como para soportar grandes problemas y un pecho poderoso donde albergar un gran corazón.

Colocó la mano sobre su pecho y sintió su rápido latido. Lo miró a los ojos.

—Así es como me pones —dijo él.

Ella lo miró por debajo de la cintura.

—No sólo te afecto de esa manera —le dijo, y volvió a mirarlo a los ojos.

—No, no sólo así —dijo él con una sonrisa.

—Todavía llevas...

—Sí, señora. Gracias a ti.

Stacy comprobó que los dos preservativos todavía estuvieran en la cinturilla de sus calzoncillos.

Él le agarró la mano.

—Enseguida. Primero déjame jugar.

Acarició uno de sus senos con la solapa de su camisa. Al sentir cómo se le endurecía el pezón, colocó la palma de la mano sobre él y se lo acarició hasta que comenzó a gemir.

—Esto es lo que pienso cada vez que me pongo una de estas camisas —dijo lleno de deseo—. Contigo desnuda bajo la camisa y yo acariciándote de esta manera —la acarició sobre la seda.

—Eso es maravilloso —susurró ella.

—Estupendo. Pero también necesito esto —retiró la tela y le lamió el pezón hasta que ella se retorció de placer.

Stacy no podía contenerse más y le suplicó que la poseyera.

Él continuó lamiéndole los senos mientras agarraba la parte baja de la camisa y le acariciaba la parte interna del muslo. Después, la acarició más arriba, rozándole el centro de su feminidad con la maravillosa tela.

Al ver que ella gemía con frustración, Mick retiró la tela e introdujo dos dedos en su cuerpo. Tras dos rápidos movimientos, ella alcanzó el éxtasis y arqueó el cuerpo.

Segundos más tarde, yacía jadeando sobre la cama mientras observaba cómo él se quitaba la ropa interior. Al ver su miembro erecto, el deseo se apoderó de ella una vez más.

—Date prisa —murmuró.

—Maldita sea —dijo él mientras trataba de abrir el preservativo—. Algún día...

—Sí. Pronto.

Él la miró.

—¿Hijos?

—Sí. Hijos.

Mick tragó saliva.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —le dijo ella con los ojos humedecidos, y para cuando él se cubrió con el preservativo, las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Lo siento. No quería llorar. Es sólo que soy tan feliz.

—No lo sientas —se agachó y le besó las mejillas—. Me encanta que llores de felicidad.

—No puedo evitarlo.

—Llora todo lo que quieras, pero no cierres los ojos. Sigue mirándome.

Stacy notó lo rápidamente que le latía el corazón y trató de contener las lágrimas.

—Te quiero —dijo él, y la penetró una pizca—. Tus ojos parecen estrellas —le dijo, y empujó un poco más.

Ella sonrió y dijo:

—Me siento como una supernova.

—Ya casi —murmuró él—. Enseguida no serás capaz de decir dónde termino yo y dónde empiezas tú.

—Eso es lo que quiero.

—Ahora —con un gemido, se adentró en su cuerpo por completo—. Oh, mi maravillosa Stacy —la miró—. Si mi vida terminara ahora, moriría siendo un hombre feliz.

—Yo también —dijo ella—. Excepto que yo moriría siendo una mujer feliz.

—Pero no vas a morir. Al menos no hasta dentro de mucho tiempo —se retiró y volvió a adentrarse.

—No mientras nos lo estemos pasando tan bien.

—Exacto —comenzó a aminorar el ritmo—. Vamos a vivir... y a tener hijos... y a disfrutar del sexo... durante al menos cincuenta o sesenta años —cerró los ojos y los volvió a abrir—. El deseo se está apoderando de mí, Stacy.

Ella apenas podía respirar y se movía deprisa.

—Adelante —le dijo mientras acompasaban el ritmo.

—En caso de que se me olvide decírtelo, te quiero —dijo él, moviéndose cada vez más deprisa.

—En caso de que me olvide yo, ¡también te quiero!

—Stacy, mi dulce Stacy... ahí... justo ahí... vamos, llega conmigo.

Entonces, tras un movimiento poderoso, alcanzaron el máximo placer. Y Stacy supo que sus vidas nunca volverían a ser igual.

Mick nunca había imaginado que podría sentirse tan feliz. La noche era joven y él ya había ido a buscar el resto de los preservativos por si acaso uno más no era suficiente.

Tal y como se sentía en aquellos momentos, con Stacy acurrucada junto a su cuerpo, no creía que uno más fuera suficiente. Y cuando le acarició uno de sus pechos, supo que necesitarían más.

Ella suspiró de satisfacción y Mick decidió que le gustaría oírle suspirar más veces antes de que terminara la noche. Se sentía como si tuviera dieciocho años.

—No puedo creer que seamos tan perfectos el uno para el otro —dijo Stacy.

—Sé lo que quieres decir. Por un lado, hacer el amor contigo es novedoso y excitante, pero por otro lado, parece que hayamos sido amantes durante años.

—Yo también me siento así —se acurrucó contra él un poco más—. Y nos interesan las mismas cosas.

Al sentir que se estaba excitando de nuevo, Mick le retiró el cabello y le besó la nuca.

—¿Te refieres a las camisas de seda?

—Bueno, sí, y también al karate.

—Ah. Cierto —estaba más decidido que nunca a presentarle a Joe, porque le había demostrado lo imprudente que podía ser si no recibía entrenamiento. Pero una vez que había experimentado lo que era tenerla en la línea de fuego, sabía que nunca más la llevaría a otro caso. No estaba seguro de cómo se lo tomaría ella, pero esperaba que lo comprendiera.

—Me pregunto si deberíamos llamar al negocio Farrell and Farrell Personal Bodyguard Service —dijo ella.

—Es una idea —no le gustaba el giro que había tomado la conversación. Decidió probar una táctica poco correcta. Metió la mano entre sus piernas.

Ella se rio.

—Creo que estás pensando en otras cosas —le dijo.

—Creo que tú también —contestó él al ver lo húmeda que estaba.

—Mm —se movió para dejarle mejor acceso—. Tenemos un problema.

Él le acarició despacio para excitarla.

—No veo ningún problema.

—Quiero decir, cuando vayamos juntos a otro caso. No podemos permitir que el sexo... nos... distraiga... Uh, eso me gusta, Mick —dijo con la respiración acelerada.

—Me alegro —la deseaba con locura. Retiró las sábanas, agarró una almohada, se deslizó hasta los pies de la cama y se colocó entre sus piernas.

—Mick, qué estás...

—No puedo evitarlo. Eres deliciosa —colocó la almohada bajo el trasero de Stacy y sopló suavemente sobre su vello rizado—. A menos que te importe.

Aquello era estupendo. Una cama cómoda, el ángulo perfecto, y una mujer tan excitada, que su aroma y su sabor lo hacían delirar. Permaneció allí, disfrutando del festín hasta que ella empezó a temblar.

Después, se colocó a su lado y la abrazó para tranquilizarla.

Por fin, Stacy se relajó y lo miró.

—Eso es lo que quería decir —dijo ella, y respiró hondo—. No podemos permitir que pasen estas cosas cuando trabajemos en un caso. Sería poco profesional.

—No permitiremos que pasen —la besó en la mejilla y en la nariz—. Es demasiado peligroso que tú participes en los casos. Estoy seguro de que estás de acuerdo. Quiero decir, pronto te quedarás embarazada y...

—Espera un momento —le sujetó el rostro con ambas manos y lo miró a los ojos—. ¿Qué quieres decir con demasiado peligroso?

—Stacy, vamos a tener una familia. No puedo permitir que la madre de mis hijos arriesgue su vida.

—¿Eso es lo que me parecía que estabas diciendo! Bueno, ¿y por qué voy a permitir que el padre de mis hijos arriesgue la suya?

—No es lo mismo —aquello no iba nada bien.

—Es exactamente lo mismo —se retiró de su lado—. Y si crees que porque te cases conmigo vas a tener derecho a mandarme en este asunto, te equivocas —se sentó y se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

Dando un suspiro, Mick se sentó y la miró.

—Stacy, escucha. Empecé con esta profesión porque tengo años de experiencia. Además del karate, tengo muchos meses de entrenamiento extra

para poder manejar una pistola. Puedo ocuparme de mí mismo en situaciones peligrosas. Tú no.

—Quizá todavía no —le temblaba el labio inferior—. Pero soy muy trabajadora y dijiste que era una promesa.

—Como estudiante de karate, sí. Pero esta noche, cuando me di cuenta de lo cerca que habías estado de que te dispararán, me pareció un infierno. Por el amor de Dios, ¡te quiero! Si te pasara algo... No quiero ni imaginarme esa terrible posibilidad. ¿Cómo puedes esperar que te lleve conmigo a los casos conociendo el riesgo que corres?

—Porque me quieres.

—¡Eso es una locura!

—Entonces, ¿ya no me quieres como ayudante?

—En el despacho, me encantará tenerte de ayudante.

—Ah. Así que voy a ser tu secretaria, ¿nada más?

—No, no es eso. Quiero que seas mi esposa, mi amante, la madre de mis hijos, mi mejor amiga, mi compañera, mi media naranja. No me importa si eres secretaria o no. Lo demás me importa mucho más.

—Pero no quieres que sea tu ayudante.

—No, ¡maldita sea! Y no creo que esto sea razonable.

—Bueno, por desgracia, yo sí.

—¿Comprendes lo que sentí cuando te vi saltar en la dirección de la pistola de aquel hombre?

—Sí.

—Entonces, comprenderás por qué no puedo...

—Yo me sentí de la misma manera cuando pensé que estaba a punto de dispararte mientras dormías en el sofá.

—¡Exacto! Eso es. Yo no estaba en el sofá, porque me había colocado en un lugar menos vulnerable. Sin embargo, tú te colocaste en un lugar más vulnerable. ¿Ves de qué estoy hablando?

—Veo que necesito aprender más. Esperaba que Joe y tú me enseñarais. Al parecer, tendré que delegar exclusivamente en Joe. Y después tendré que buscarme otro guardaespaldas para que me contrate, puesto que tú no vas a hacerlo.

—Stacy, ¡por el amor de Dios! No lo dirás en serio.

—Sabes muy bien que sí. Supongo que creías que las campanas de boda y los hijos serían suficientes para mí, Mick. Me temo que tengo que rechazar tu propuesta de matrimonio, después de todo. Tiene demasiadas condiciones, y

yo valoro mucho mi libertad personal.

—No lo hagas. Me quieres. Sé que me quieres.

—Te quiero. Y probablemente siempre te querré —dijo ella con voz temblorosa—. Pero si vas a ser tan machista, tendré que prescindir del placer de casarme contigo —apretó los labios y se secó los ojos.

Mick sintió como si le clavaran un cuchillo en el corazón.

—Stacy, por favor —se dispuso a acariciarla.

Ella se retiró para que no lo hiciera.

—No, Mick. Necesito que te vayas. No me lo pongas más difícil.

—¡No podría ser más difícil! Me estás matando. Hace un momento pensaba que había encontrado al amor de mi vida, y ahora dices que se ha terminado. ¿Cómo puede ser?

—No soy el amor de tu vida. El verdadero amor de tu vida estará encantado de quedarse en casa cuidando del fuego mientras tú vas a cazar dragones. Yo quiero salir a cazar contigo, así que no puedo ser el amor de tu vida. Ahora, vete.

Él la miró, confiando en que sucediera un milagro.

—¡Vete! —agarró la almohada y se la lanzó.

Él podía haberla esquivado, pero permitió que lo golpeará. Si hubiese sido algo más duro, también lo habría permitido. Quizá, el dolor externo lo ayudara a olvidar el profundo dolor que sentía por dentro.

Mick se puso los calzoncillos, agarró la camisa y se dirigió a la puerta.

—Piénsalo un poco más, Stacy —le dijo—. Creo que aprender karate es una gran idea. Hay campeonatos en los que podrías participar. Haremos esas demostraciones que tanta ilusión te hacían. Nosotros...

—Si no vas a llevarme contigo a los casos, no hay nada de qué hablar.

Él no estaba dispuesto a llevarla consigo. No quería que lo que pudiera pasar pesara sobre su conciencia. Y estaba casi seguro de que Stacy no podría encontrar trabajo con otro guardaespaldas. Si tenía que renunciar a ella para salvarla del peligro, lo haría. Aunque se muriera de pena.

Sin decir nada más, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Al día siguiente, Stacy trató de mantener la compostura mientras Mick y ella se despedían de Cassandra y se marchaban de la cabaña. Pero no creía que hubieran conseguido engañar a Cassandra. Ella les pidió varias veces que se quedaran un par de días más, como si pensara que así podrían arreglar los problemas que habían surgido entre ellos.

Pero Mick era el único que podía arreglarlo, y Stacy no veía que estuviera dispuesto a cambiar de opinión. Él tenía mal aspecto, como si no hubiese dormido en toda la noche.

Cuando llegaron a la autopista, Mick le dijo:

—Sigo queriendo casarme contigo. Eso no ha cambiado.

—Pero no me vas a ayudar a convertirme en guardaespaldas, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces, no tenemos nada más de qué hablar —había decidido varias cosas durante la noche. Aceptaría cualquier trabajo que le ofrecieran, y, si a su madre no le gustaba, mala suerte. Le sugeriría a sus padres que abrieran un Bed and Breakfast para solucionar sus problemas económicos. No sabía de dónde había sacado la idea, pero le parecía una buena opción.

No le diría nada a Holly acerca de lo que había sucedido con Mick. Eso significaba que no podría contarle a nadie que le habían destrozado el corazón, pero guardar el secreto sería el último regalo que le haría a Mick. Era un machista, pero lo amaba y no quería causarle más daño.

El viaje de regreso hasta el apartamento de Mick le pareció el más largo que había hecho en su vida. A su lado estaba el hombre más atractivo que había conocido nunca, y quería casarse con ella. Lo único que tenía que hacer era olvidar la idea de triunfar en la nueva profesión que había elegido y podría disfrutar de él.

Durante un instante, en la cocina de Cassandra, después de que él le hubiera proporcionado el mejor orgasmo de su vida, había pensado que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por quedarse al lado de Mick para siempre. Al parecer, no estaba dispuesta a sacrificar su libertad personal.

Entonces, tendría que buscar un trabajo para poder vivir. «Podría convertirme en una bailarina de danzas exóticas», pensó ella. Sería una

venganza, y Mick se enteraría a través de Holly. Pero a su madre le daría un ataque. Una cosa era trabajar en un establecimiento de comida rápida y otra moverse en un escenario medio desnuda.

Finalmente, Mick detuvo el coche junto al de Stacy, en el aparcamiento de su edificio.

—Supongo que esto ha sido todo —dijo ella, preparándose para salir.

—Sube a mi casa —dijo él—. Tenemos que hablar.

Stacy no creía que él estuviera pensando en hablar. Quería estar a solas con ella y permitir que la química que había entre ellos hiciera el resto. Pensaba que podría convencerla con una buena sesión de sexo.

Y quizá lo consiguiera. Después de lo que había experimentado en la cocina, ella le había propuesto matrimonio pasando por alto todos sus temores. Unas horas en el dormitorio de Mick podrían conseguir que también abandonara su sueño profesional.

—A menos que hayas cambiado de opinión acerca de mi función en Farrell's Personal Bodyguard Service, han terminado las negociaciones —le dijo, y salió del coche.

Mick se bajó también y la ayudó a cambiar la maleta de coche.

—¿Necesitas una carta de dimisión? —preguntó ella. Se alegraba de que ambos llevaran puestas las gafas de sol—. ¿O puedo dimitir aquí y ahora?

—No lo hagas —dijo él con voz temblorosa—. Estoy seguro de que encontraremos una solución si analizamos todas las opciones.

Ella cerró el maletero.

—Mick, creo que no tienes la más ligera intención de ayudarme a convertirme en guardaespaldas. Creo que quieres emplear el sexo para convencerme y que cambie de opinión.

—De acuerdo. Olvida lo de subir a mi apartamento —parecía desesperado—. Podemos ir a tomar un café. Vamos, Stacy. Esperabas pasar tres días en White Mountains, así que no puedes decirme que tienes otras cosas que hacer.

—Pero tengo otras cosas que hacer. Tengo que buscar un trabajo.

—No es cierto.

—Sí lo es. Tengo que mantenerme mientras aprendo lo que necesito para convertirme en guardaespaldas.

—Vamos, Stacy. Ambos sabemos que no es por dinero.

—De hecho, el dinero sí me preocupa —le dijo—. Esto es algo que no quería que supieras, pero mis padres están teniendo serios problemas económicos.

Mick se quedó boquiabierto.

—Ése es uno de los motivos por los que he regresado a casa.

—¿Por qué diablos no me lo habías contado?

—Porque te conozco. Quería que me contrataras por mi trabajo, no porque sintieras lástima de mí.

—Stacy, no puedo creer que no me lo hayas dicho. No puedo creerlo. Y Holly ¿lo sabe?

—Sí. Es la única persona que lo sabe.

—¡Cielos, todavía no te he dado nada de dinero! ¿Puedes pagar el alquiler? Necesitas...

—Estoy bien, por ahora —eso era exactamente lo que temía. No quería que sintiera lástima por ella—. Estaré mejor cuando tenga otro trabajo.

—Puedes seguir en este trabajo, ¡maldita sea!

—No. No lo quiero. Encontraré otra cosa.

—¿Como qué?

Hablaba como si no fuera a ser capaz de conseguir otra cosa. Así que Stacy no pudo evitar sugerirle algo que sabía que nunca llegaría a hacer.

—He oído que necesitan bailarinas en The Body Boutique.

—Cielos, dime que no lo harás.

—Hasta luego, Mick —sonrió empleando toda la técnica teatral que había aprendido y se dispuso a subir al coche.

—Stacy, ¡no puedes trabajar allí!

Ella se encogió de hombros.

—Tengo que ganar dinero. Adiós —arrancó y bajó las ventanas.

—¡Stacy!

Ella lo ignoró y metió la marcha atrás. Sacó el coche del aparcamiento, miró a Mick y, tras despedirse con la mano, se marchó de allí.

Hacía mucho calor. Tenía que buscar un trabajo, pero decidió ir a darse un baño a la piscina de su edificio antes de empezar a mirar anuncios. Lo más importante era no llamar a Holly. Si conseguía que pasaran un par de días, quizá pudiera abstenerse de contarle lo sucedido.

Pero se preguntaba cómo sobreviviría esos dos días con el corazón roto. No quería regresar a su apartamento. Regresar a casa después de un viaje siempre era poco agradable, pero aquella vez era peor que nunca. Si Mick no pensara lo que pensaba...

Stacy no tardó mucho en llegar a su casa. Antes de aparcar, decidió bajar el techo descapotable por si por la noche decidía salir a dar una vuelta bajo las

estrellas.

Sacó la maleta del maletero y bajó los escalones que llevaban hasta la puerta de su apartamento. Estaba deprimida y no sabía qué hacer al respecto. Normalmente, habría llamado a Holly, pero ésa no era una opción.

Nada más abrir la puerta, sintió algo distinto en el ambiente. Sobre la encimera había una taza de café y ella no recordaba haberla dejado allí. Sobre una silla había una revista abierta, y le pareció extraño. Solía recogerlo todo antes de marcharse de viaje.

Se preguntaba si sus padres habrían descubierto dónde vivía y le habrían pedido al dueño que les abriera la puerta. Pero no creía que ellos hubieran dejado las cosas por medio.

Quizá se había despistado de tanto pensar en Mick. Decidió llevar la maleta hasta su dormitorio y, en el camino, notó cómo se le erizaba el vello del cuerpo. Había un aroma diferente. Muy diferente.

Y había algo más. Antes de marcharse, había apagado el aire acondicionado para ahorrar dinero. Debería hacer calor en el apartamento y no era así. Quizá, se había estropeado el termostato.

Entonces, entró en su habitación y dio un grito. Un hombre con mal aspecto estaba tumbado en su cama. Y no era un hombre cualquiera. Era Gerald.

Él se puso en pie y sonrió.

—Me preguntaba cuándo llegarías a casa, Stacy. Te he echado de menos.

Mick no estaba dispuesto a que las cosas terminaran así. Si él tenía algo que decir al respecto, Stacy no trabajaría bailando en The Body Boutique. Desde luego que no. Le daba igual lo arruinada que estuviera, pero no iba a permitir que bailara medio desnuda en un escenario. Iría a su apartamento y la convencería.

Pero, por desgracia, no sabía dónde estaba. Ni siquiera tenía su número de teléfono. Por algún motivo, nunca le había pedido la dirección. Aunque quizá Stacy no se la habría dado para ocultarle su situación económica. Sin embargo, Holly sabría dónde vivía.

Entró en casa y encendió el aire acondicionado. Descolgó el teléfono y llamó a Holly. Confiaba en que estuviera en casa.

Sí estaba pero, evidentemente, se sorprendió al oír su voz. Mick le había dicho que iba a estar tres días fuera. Entonces, oyó que una voz masculina le preguntaba a su hermana quién había llamado.

Mick conocía esa voz.

—¿Está Craig ahí? —le preguntó.

—Sí, aquí está —dijo ella—. ¿Quieres hablar con él?

—No, sólo me preguntaba qué está haciendo en tu casa a estas horas del día. O a cualquier hora, quiero decir. Del día o de la noche.

—Lo sabía —dijo Holly—. Sabía que te pondrías así.

—¿Estás saliendo con Craig?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con más o menos? ¡O estás saliendo o no! ¿Cuál de las dos cosas?

—¡Sí estoy saliendo con él! Y si nos das la lata acerca de ello, te...

—Me parece bien —cualquier otro día, Mick le habría hecho más preguntas. Quizá incluso le habría pedido a Craig que le contara cuáles eran sus intenciones con su hermana pequeña. Pero en aquellos momentos, no tenía tiempo.

—¿Te parece bien? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Escucha, Holly, necesito el teléfono y la dirección de Stacy.

—¿No lo tienes? ¿No se suponía que ibais a estar juntos tres días? ¿Qué ha pasado?

Mick se masajeó el tabique de la nariz. Le dolía la cabeza.

—Hemos tenido un... desacuerdo. Probablemente te lo contará ella.

—No creo.

—¿Por qué no? Tengo entendido que te contó que sus padres tenían problemas de dinero.

—¿Te lo ha dicho? —Holly parecía encantada—. ¡Eso es estupendo!

—Podía habérmelo dicho mucho antes.

—Tenía otros asuntos.

—Estoy seguro que también sabes todo acerca de ellos. Lo más seguro es que sepas todo lo que ha sucedido entre nosotros.

—No sé nada. Ella no me ha contado ni una palabra.

Mick sintió que se le encogía el corazón. Así que Stacy no le había contado nada a Holly. Eso significaba que no tenía a nadie con quien hablar, excepto a él. Tenía que ir a su apartamento.

—De acuerdo, dame su dirección.

—Está bien. De todos modos la necesitarás para rellenar el papeleo del trabajo.

—Lo ha dejado.

—¿Por qué?

—Yo... Le dije que no la ayudaría a convertirse en guardaespaldas.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado peligroso.

—Oh, cielos. Esta vez sí que la has hecho buena, hermanito. Se convertirá en guardaespaldas de todos modos. Me ha contado lo emocionada que está con la idea, y no es de las que abandona.

—Dijo que buscaría trabajo en The Body Boutique para pagarse las clases de karate. ¿Crees que podría hacer algo tan estúpido?

—A mí no me parece estúpido —dijo Holly—. Si tú no la ayudas, hará todo lo necesario para conseguir su objetivo. Esas bailarinas ganan bastante dinero.

—Ése no es el problema. El problema es...

—El problema es que te estás interponiendo en el camino de su sueño. Puedes ayudarla o hacer que te esquive para conseguir lo que se propone. Puesto que soy su mejor amiga, te pido que la ayudes.

—¿Pero no te preocupa su seguridad?

—¡Por supuesto! ¡Y también me preocupa la tuya! Pero cuando se quiere a alguien hay que apoyarlo en lo que desea, si es que es algo razonable.

—¡Pero esto no es razonable! No lo es.

—Ella te importa, ¿no es así?

—Sí —dijo Mick, y tragó saliva.

—Entonces, ayúdala, Mick. Eres la persona que mejor puede hacerlo. No permitas que la ayude un extraño.

—Lo pensaré. Dame su dirección.

Holly se la dio y se despidió de él. Cuando solucionara las cosas con Stacy, Mick se encargaría de Craig. De hecho, cuánto más lo pensaba, más le gustaba la idea de que Craig y su hermana estuvieran juntos. Pero quería darle algunas instrucciones a su amigo acerca de cómo tratar a su hermana. Y más le valía que nunca le rompiera el corazón.

Salió de casa y se subió al coche para ir al apartamento de Stacy. No vivía muy lejos pero, aun así, tuvo tiempo de pensar en lo que Holly le había dicho. Él era el más adecuado para supervisar los entrenamientos de Stacy y asegurarse de que no corría más riesgo del necesario. Pero sólo podría hacerlo si permitía que ella trabajara para él.

Encontró el apartamento sin problema y bajó los escalones que llevaban hasta la puerta principal. En algún lugar cercano, alguien estaba manteniendo una fuerte discusión.

Cuando llamó al timbre, decidió que la discusión tenía lugar en el apartamento contiguo, y parecía lo bastante grave como para que Stacy hubiera llamado a la policía. De hecho, quizá debería interferir él. Al ver que Stacy no le abría la puerta, golpeó varias veces.

Estaba a punto de decidir que no estaba en casa cuando, al oír un grito, se sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría. Era el grito de karate de Stacy.

Giró el pomo de la puerta y se preparó para darle un fuerte empujón. Sin embargo, la puerta se abrió con facilidad. La pelea transcurría al final del pasillo, probablemente en la habitación. Mick pensó en el chico de Nueva York y sintió un nudo en el estómago.

Sacó la pistola y se contuvo para no disparar. Se acercó despacio hasta el dormitorio.

Stacy gritó de nuevo y Mick oyó que uno de los dos golpeaba al otro. Esperaba que el golpe no lo hubiera recibido Stacy.

—¡Ya basta! —gritó una voz masculina—. ¡Para y me marcharé!

Mick apareció en la puerta de la habitación. Vio que un hombre estaba tirado en el suelo agarrándose la entrepierna. Una lámpara rota estaba tirada a su lado, y él estaba sangrando por la cabeza. Pero había sido la patada en los testículos lo que lo había hecho rendirse.

Stacy estaba de pie y tenía otra lámpara en la mano. Estaba jadeando, tenía un arañazo en la cara y la blusa por fuera. Por lo demás, parecía que estaba bien.

Mick deseaba matar a aquel hombre y tuvo que contenerse para no perder el control.

—Estoy aquí —le dijo a Stacy.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Cómo diablos has...?

—Estaba en el vecindario. ¿Quieres que me ocupe de ese pedazo de basura? Despacio, Stacy bajó la lámpara.

—Lo tengo controlado.

Mick hinchó el pecho. Era tan guapa. Y tan valiente.

—Veo que lo tienes controlado. Pero quizá te apetezca lavarte un poco mientras acompaño a tu amigo a la calle. Está apestando el ambiente.

—Supongo que sí.

Mick se acercó y apuntó al hombre con la pistola.

—En pie.

—¡No sé si puedo andar! —gritó él.
—Entonces, sal arrastrándote. Me da igual cómo te vayas —Mick miró a Stacy—. Te agradecería si llamaras a la policía.
—Claro.
—Ah, y respecto al trabajo de guardaespaldas, si todavía lo quieres, es tuyo. Ella se quedó boquiabierta.
—Pero viene con un anillo de compromiso.
Stacy comenzó a temblar.
—Oh, Mick, yo...
Él sonrió.
—Vamos a deshacernos de éste canalla y después hablaremos.

Una hora más tarde, estaban en el apartamento de Mick, pero sin hablar. Estaban inmersos en otro tipo de comunicación.

—Oh, sí —dijo Stacy con un gemido—. Sí, así.
Mick la besó mientras se adentraba otra vez en su cuerpo.
—Podría hacer esto todo el día.
—Quizá no —Stacy rotó las caderas manteniendo el ritmo.
—Mm. O quizá no. Ese movimiento era muy sexy.
Ella lo hizo de nuevo y dijo:
—Lo aprendí en danza.
—Me encanta.
—Un movimiento así sería muy útil en The Body Boutique.
—Pero no vas a trabajar ahí. Tienes un trabajo.
—Contigo —acompañó el ritmo y le clavó los dedos en el trasero—. Como guardaespaldas.
—Por lo menos sabré dónde estarás.
—Aquí —comenzó a moverse con fuerza.
—Aquí, conmigo —la miró a los ojos—. Para siempre.
—Para siempre —dijo ella, y cabalgó junto al hombre que amaba.

Epílogo

Dos años más tarde

Aunque le tocaba a Stacy, Mick iba conduciendo de regreso a casa después de salir del dojo. Ella le había dejado conducir porque no podía dejar de admirar el cinturón negro que le habían entregado aquella noche. No podía dejar de mirarlo y Mick no podía dejar de mirarla a ella. Habría sido mejor que hubiesen pedido un taxi.

Alternarse a la hora de conducir era una de las cosas que a Stacy le gustaba mantener para controlar lo que ella llamaba las costumbres machistas de Mick.

No era que él quisiera dominarla, pero sí protegerla. Dos años antes, había aprendido que la mejor manera de proteger a una mujer independiente como Stacy, era enseñándole a protegerse a sí misma.

Joe había dicho que nunca había tenido una alumna mejor y, en dos años, Stacy había conseguido el cinturón negro.

Sus padres habían ido a la ceremonia. A Mick le pareció todo un detalle por su parte, teniendo en cuenta lo nerviosos que se habían puesto cuando Stacy les había dicho que iba a aprender karate para trabajar con Mick.

A él le caían bien los padres de Stacy. No estaba seguro de si le hubieran caído bien siendo ricos, pero una vez que se habían convertido en gente de clase media y que tenían un Bed and Breakfast, la cosa había cambiado.

Holly y Craig también habían ido a la ceremonia. Como Stacy estaba tan interesada en el karate, Holly también había empezado a ir a clases. Eso complacía a Mick.

Todavía no se había acostumbrado a ver a su hermana casada con su mejor amigo. Y más le valía que se acostumbrara pronto, porque pronto sería el tío Mick para el hijo que ambos estaban a punto de tener. Él no podía esperar a ser padre, y tenía que esforzarse por ocultar los celos que sentía. Siempre había pensado que sería el primero en darles un nieto a sus padres.

Miró a Stacy por centésima vez y se preguntó si recordaría la promesa que le había hecho dos años atrás, poco después de celebrar su matrimonio. Después de lo que se había esforzado para conseguir el cinturón negro, no creía que tuviera derecho a pedirle que la cumpliera. Al menos, no esa misma

noche.

—Me pregunto si cuando me despierte descubriré que es el día de la prueba y que todavía no la he pasado —dijo Stacy.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Mick, y pensó que cada día estaba más guapa.

Holly insistía en que Stacy estaba igual que siempre y que era él quien estaba más enamorado de ella cada día.

—Podía haber suspendido. Es lo más difícil que he tenido que aprender en mi vida.

—Ya te he dicho varias veces lo que Joe piensa de ti. Dice que has nacido para ser karateca.

—No sólo piensa que he nacido para eso —dijo ella con una sonrisa—. Me dijo que debería pensar en asegurar que mi talento pasara a otras personas.

—¿Enseñando? —Mick estaba sorprendido. Joe siempre ofrecía a sus mejores alumnos a que lo ayudaran con las clases.

—No, enseñando no.

—Entonces, no lo comprendo.

Stacy colocó la mano sobre el muslo de Mick.

—Cree que tú y yo deberíamos tener un hijo.

Mick estuvo a punto de salirse de la carretera.

Riéndose, Stacy retiró la mano.

—A lo mejor podemos hablar del tema cuando lleguemos a casa.

—¿Hay algo que hablar?

—Bueno, sí. Quizá no sientas lo mismo que hace dos años. Quiero decir, el negocio va bien y, a lo mejor, no quieres interrumpir...

—Stacy, ¿estás diciendo que no quieres quedarte embarazada?

—Te prometí que lo intentaríamos cuando obtuviera el cinturón negro.

—Lo sé, pero...

—¿Por qué crees que me he esforzado tanto para conseguirlo?

Mick comenzó a temblar.

—Nunca hemos hecho el amor sin preservativo.

—Pues esta es la noche, amigo.

Era una incógnita cómo consiguió meter el coche en el garaje de su casa nueva. Nada más abrir la puerta que daba a la cocina, comenzaron a desnudarse.

Él la poseyó en el suelo de la cocina, y era lo correcto, puesto que su relación sexual había comenzado en la cocina de la casa de Cassandra.

Después de desnudarla del todo, ella estaba tan preparada que a Mick no le costó ningún esfuerzo penetrarla.

—Oh, Mick —gimió ella—. Esto es increíble. Piensa lo que nos estábamos perdiendo.

—No puedo pensar. Sólo puedo sentir —la luz de los fogones estaba encendida y él pudo ver el brillo de su rostro.

Estaba radiante.

—¿Quieres un niño o una niña? —dijo ella con la respiración entrecortada.

—Sólo quiero un bebé —notó que le quedaba poco para llegar al clímax y pensó que sería la primera vez que eyacularía dentro de ella. Se le humedecieron los ojos y pestañeó—. Nuestro bebé.

Ella le acarició la cara.

—Estás llorando.

—No.

—Sí —dijo ella—. Oh, Mick, te quiero tanto. Gracias por esperar.

—Se acabó la espera —se movió una pizca. Después de dos años, sabía perfectamente cómo moverse para provocarle un orgasmo.

—Se acabó la espera —repitió ella—. Dame un hijo.

—Sí, amor mío, sí —se movió deprisa y ella comenzó a gemir con fuerza. Con un movimiento más, la llevó al paraíso.

Stacy pronunció su nombre y arqueó la espalda.

—Te quiero —dijo él con los ojos llenos de lágrimas.

Después, empujó y derramó su semilla en su interior.